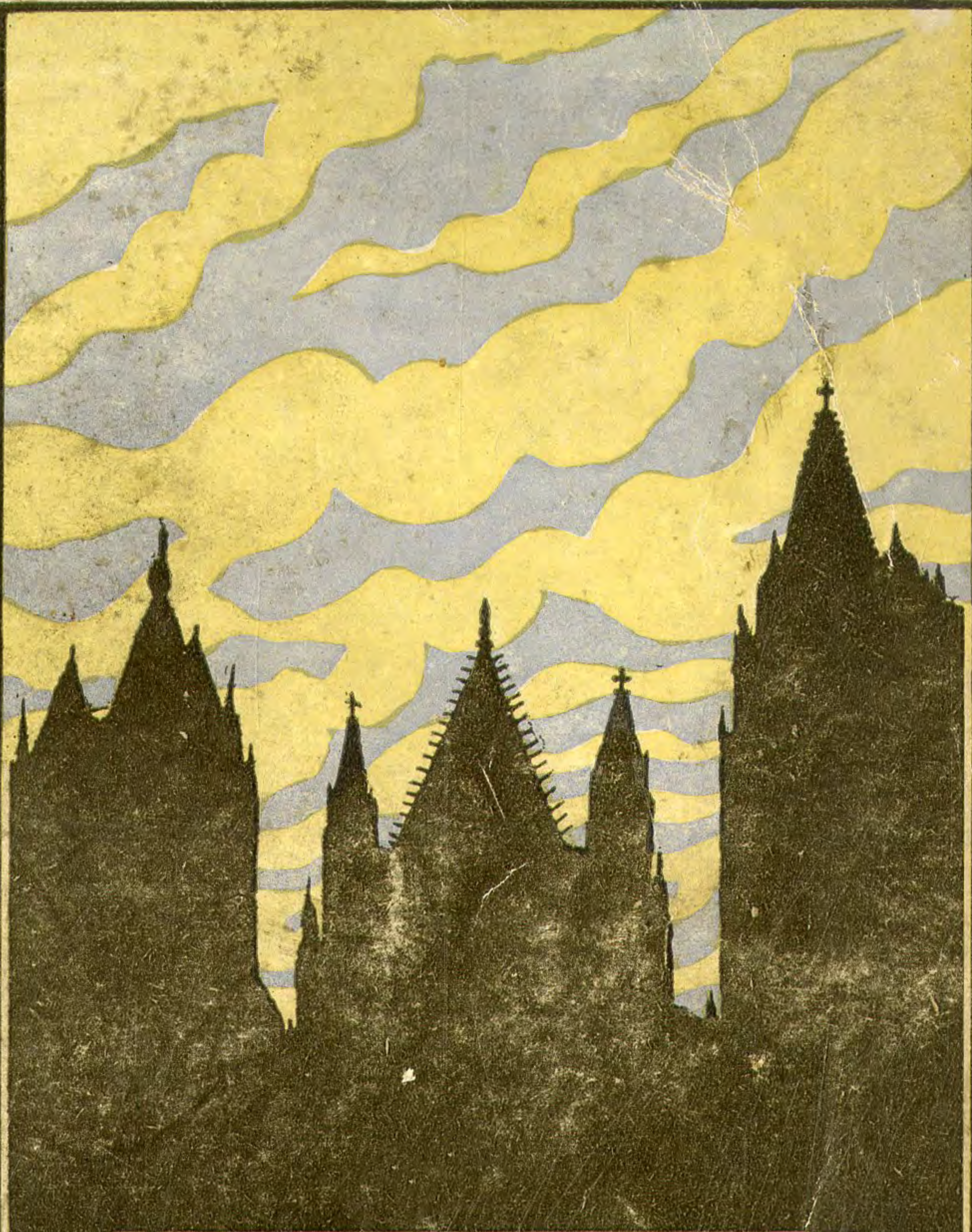


TOMÁS CARRASQVILLA



EL PADRE
CASAFV'S
NOVELA

R

EL PADRE CASAFÚS



TOMÁS CARRASQUILLA



EL PADRE CASAFÚS

NOVELA



MEDELLIN (COLOMBIA)

LIBRERÍA DE
CARLOS E. RODRÍGUEZ E.

1914

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

I

La causa de todo fué la atrabilis, esa maldita atrabilis del padre Casafús que, sobre sacarlo de quicio y ennegrecerle el ánimo, lo arrastraba a la paradoja imprudente y al espíritu de oposición. A tener bien repartidos y equilibrados los humores e igual el genio, hubiera sido el tal padre, si no el número uno, el dos por los menos de nuestra clerecía. Bien podría haber pasado en sus buenos tiempos por un sabio, no sólo en lo eclesiástico, sino también, y acaso más, en lo médico y leguleyo. Sin ser un Bossuet, precisamente, hacía el gran efecto en el púlpito con su voz sonora, su lenguaje figurado y pomposo, las frecuentes citas del Apóstol, ya que no tanto con la claridad y exposición. Para nada ni en nada dió gusto y ajonjeo a su cuerpo amojamado y flacuchento. Su caridad, en lo que toca a socorrer, rayaba en vicio, toda vez que lo fomentaba dando limosnas a cuantos perdidos y logreros se la implorasen; y, si por esta parte se excedía, fallaba un poquillo por la lengua, pues, sin ser levantatestimonios ni inventor de ajenas faltas, le cantaba la tabla al prójimo, clarito clarito, lo mismo por detrás que por delante; y, si a mano venía una frase preñadita de hieles y corrosivos, se la espetaba al más pintado, con un guiño de ojos y una risita que se iban hasta las mismas entrañas. Odiaba de muerte cuanto oliese a bajeza, a lisonja y a deseos de granjearse honores y conveniencias, y a quien le notase conatos de ello le ponía de servil, de lambón y tirabeque

que daba asco. En sus genialidades periódicas, cuando el humor aquel se le subía al padrecito Casafús, era de rezar el trisagio y de quemar ramo bendito.

Con tales mañas y tal temperamento no era para conseguir muchos ascensos y prebendas. Así fué que siempre tuvo curatos paupérrimos, muchos cambios, andanzas y trashumancias, varios disgustos con feligreses y tal cual pelotera con sus superiores, el Obispo inclusive. De todo lo cual resultó que el bendito sacerdote vino a quedar a la postre de clérigo suelto y en situación hartamente precaria y lastimosa.

Con él vivían y de él dependían dos bienaventuradas hermanas suyas, solteronas y achacosas y un sobrino huérfano, entre orate y bellacón, que respondía al mote de Maleta.

Acaso por las muchas novenas y oncenarios de sus hermanas; acaso por las recomendaciones de D.^a Milagros Lobo logró Casafús, no que lo tolerase el cura de San Juan de Piedra Gorda, que era la misma mansedumbre, sino aguantarse él mismo, hasta asentar allí esos penates suyos tan mal traídos y zarandeados. Con unas miajas que le cedía el párroco por desempeñar en el confesonario, con las misas que le caían y con alguno que otro sermón en los pueblos vecinos, vivían los cuatro, por allá tras un callejón, en una casita vieja y remota, y en un pie de ahorro y parsimonia, por parte de las señoras, que aquello parecía cosa de milagro. Y digo de parte de ellas, porque lo que fué el padre, siguió siempre entregado a los horrores de la caridad, dando con frecuencia el peso de la misa y llegando hasta el extremo de entregarle íntegra a una vieja pedigüeña y urdechaques la paga de un sermón, peseta sobre peseta.

De todos estos desmanes y calaveradas se querellaban las dos hermanas ante su amparo y egida, la misía Milagros ya nombrada, señora tan pobre como ellas, pero de mucho fuste y gran representación en el pueblo y fuera de él, por su piedad honda y bien humorada, su trato y don de gentes, y, más que por todo esto, por su labia y sus argucias de mujer criada en las intrigas y campañas de la vida. También era solterona, último vástago de una familia, y sostenía a su padre octogenario y paralítico.

Misiá Milagros tenía sus malquerientes — que a ninguna grandeza han de faltarle — y la ponían siempre en solfa, motejándola de curera, bachillerona y entremetida, lo cual no le quitaba a ella el sueño ni las ganas de comer. Y cuando, con el chismorreo e infidencias lugareñas, le salía alguno con que Mengano dijo ésto y Zutano agregó aquéllo, decía siempre en tonito filosófico: «¡Bah! ¡bah! enemigos como éstos me dé Dios.....» y tan amiga como antes, o más acaso, que si daba con ellos se les metía por el ojo de una aguja con amables chanzonetas y con las donasuras y sales de su cosecha. Y los deslenguados, sabedores de que ella estaba al cabo de todo, aumentado y corregido por los chismosos, se quedaban tamañitos, no sabiendo si eso era humildad o picardía, de veras o de mentiras.

Mal podrían, pues, atajarla las hablillas en su empeño de meterse hasta el gollete con la familia Casafús, máxime cuando ella olió, no bien les hizo la primera visita, que allí podía gestionar y emplear dignamente su iniciativa, celo por el prójimo y su don especialísimo de consejo. Y tú que lo pensaste: dirigió e industrió a las pusilámines viejecitas, influyó en el párroco en favor del curita forastero, y creóle atmósfera en todo el pueblo a aquella gente justa y evangélica. Lenguas e idiomas se volvía la señora al hacer el panegírico casafusense: hasta el infeliz Maleta entró en colas.

A la sombra generosa de la Milagritos, que la llamaban sus dos protegidas, entre economías y oraciones, entre las rabetas y arrechuchos del descurado sacerdote, las chochees y lloriqueos de las señoras y la mantecatez del sobrino, fué arreando, arreando la vida esa familia. Si tasado, no faltó el pan; si viejos y zurcidos, trapos aseados cubrieron aquellos cuerpos. ¿Y qué más? Que D.^a Milagros descubrió que Maletica, tartajoso y todo, tenía buen oído y mejor voz, y que, mediante diligencias, recomendaciones y elocuencias, consiguió que la gente de coro, consistorio supremo de la parroquia, lo admitiese en su seno, y que el bárbaro se sometiera al aprendizaje. Mucho se rió la gente con las invenciones de Milagros; pero un jueves, el de los treinta y tres credo por más señas, trepó coro arriba el gran Maleta, y al son constipado y carraspiendo del melodio

que teclaba el negro Nicolás, entonó un trisagio que partía el alma.

«¡Es mucha gente esta Milagros! (decía el párroco, encantado). Miren que encontrarle la merijunjuña a este avistrujo de Maleta!»

Sí, señor: el vozarrón del papanatas fué de ahí adelante en esa iglesia cosa de ángel que transmitiese al cielo las preces, los fervores, el alma colectiva de la parroquia. Eso al menos sentía la Milagros. Y al oírle un Kyrie o un Sanctus de aquellos, se le figuraban esas notas bandadas de pajaritos de plata y de cristal que se escapaban por las ventanas y que subían derechito al trono del Padre Eterno. Y toda ella se sobrecogía de unción y se transportaba con los pájaros, «hecha un puro arroz por todo el pellejo». Y cuando en algún pueblo vecino celebraban cuarenta horas o santo titular, a la vez que por el padre Casafús, para el púlpito, mandaban por Maleta para el coro. Tras de Bossuet y Gayarre se iban las gentes, y se iba la Milagros, y por las mejillas de las viejecitas Casafuses corrían lágrimas de reconocimiento. Esas perlas todas, para la corona de su protectora.

¡Qué auge, qué grandeza!

Pero..... «Las torres más altas se ven por tierra», canta la guabina de nuestras breñas, y un día la fábrica estupenda se cuarteó, y otro día se vino abajo.

Ello fué que una mañana arrimó una penitente a la reja de Casafús. Oyóla él por espacio de hora y media, y cuando ella declaró haber terminado, díjole el padre: «Hágame el favor de volver a principiar, porque no le he entendido: hasta ahora no ha hecho sino contarme enredos y acusarse de virtudes, y yo no he encontrado faltas ni materia para darle la absolución.» Sobrecogida ella, principió de nuevo, y, cuando hubo acabado, díjole el sacerdote: «No sabe confesarse, mi señora: no trae espíritu de penitencia, no sabe apreciar sus faltas ni acusarse de ellas. Si no recorta y precisa, si no se acusa con sencillez, pierde su tiempo y me lo hace perder a mí.» No le oyó más razones la señora: levantóse disparada, anegada en llanto.

¡Qué escándalo! Aquella penitente era D.^a Quiteria Rebo-

lledo de Quintana, la dama más piadosa, más rica e influyente del pueblo, llegada dos días antes de la ciudad de Marinilla, donde había pasado una larga temporada.

Y fué ésta la cuarteada de la torre. Escrito estaba que su caída fuese a empuje del cataclismo.

El cataclismo.....

II

Cometa no hubo por los cielos que le anunciase; goterones de sangre no llovieron sobre la tierra; ni a monja ni a santo alguno le fué revelado de un modo perentorio. Aquello, empero, no pudo acaecer inopinada y repentinamente: «Densas brumas entenebrecen el horizonte», dijo un papel de la época, en siniestros, sugestivos caracteres. Un club político estalló en bombas periódicas con este lema: «Si queréis la paz, preparaos para la guerra.» «Esta paz — grita un moderno Eusebio — es la paz del eunuco en el serrallo.»

¡Abajo la infame oligarquía, abajo el sapismo impío, abajo las escuelas sin Dios! Antioquía la soberana, la agreste soberana, cifra en su fe su orgullo, en su fe su tesoro, su vida. ¿Y pretenden arrancársela los malvados? ¡Qué vengan! — brama el pueblo. ¡Atrás los pérfidos! — grita el Gobierno. — ¡A ellos!

Y fuego bélico inflama los corazones; la fe les exalta y les sublima. Truena el club y la tribuna. Viento de epopeya silba en las breñas, vibra en las sierras, se desata en los ámbitos. Cada hogar es una fragua, un Sinaí cada púlpito. Surgen los apóstoles, aparecen los evangelistas. Al infinito tiende la mujer bíblica de estas montañas: si es preciso su sangre, también la ofrendará, que vírgenes y mártires la derramaron siempre por su Dios. ¡A la lid las milicias todas del Señor! No es soldado únicamente quien combate en el fragor de la pelea: gloriosas e incruentas se libran con otros héroes y otras armas. ¡Al

templo, niños inocentes, desvalidos ancianos, mujeres inermes, al templo!

Y se colma la casa del Señor. Nuestra Señora de las Victorias es paseada por la capital. Santos milagrosos, Vírgenes doloridas, sangrientos Nazarenos son sacados de sus nichos y llevados a hombros por calles y por plazas. Tócase a rogativa en todas las aldeas; las romerías acuden a todos los santuarios. El clamoreo sube unísono al Dios de los Ejércitos. No le basta a la piedad las fórmulas imprecatorias de la madre Iglesia; algo más concreto ha menester, y una dama ilustre vierte su corazón y su cerebro en rezo inmortal a Santa Elena. Cunde y se propaga; el ritornelo de los gozos, coreado, declamatorio, óyese en ciudades, aldeas y cortijos;

«Dadnos el triunfo completo
De la Cruz del Redentor.»

No para en esto la antioqueña: bórdanse banderas y escapolarios para los héroes cristianos; ensártanse rosarios a millares. Crece el fervor, crece el entusiasmo. Un apóstol levanta estandarte; apellida al pueblo; el pueblo le sigue, y, entre plegarias y clamores, peregrina hasta allende el Chinchiná. Un hombre misterioso, de blancas talares vestiduras, tez de alabastro, y luenga cabellera de oro diluído, surge de improviso. Su aire iconógrafo, su acento, sus preces públicas y autoritarias de supremo oficiante, sugieren al punto el sentimiento de lo maravilloso. Quién le teme y le huye con recelo; quién le venera de rodillas; para unos es profeta del Altísimo, Anticristo para otros, para muchos Jesús de Nazareth. *Mi Dios* le llaman y como a Dios le siguen.....

Ayer como quien dice pasó aquéllo: veintitrés años há.

Obra magna para aquella fusión de fe y patria era el pueblo de San Juan de Piedragorda. Cuajó allí refinada, en concentro admirable, mucho antes que otros pueblos de Antioquia se percatasen del asunto. Villorrio montañés, sencillo si no aislado, vió invadido su terruño y extinguidas sus creencias.

Lago apacible que no conocía tempestades era el alma del párroco de Piedragorda; pero he aquí que los pasos de Jesús,

al revés de lo de Tiberiades, fueron el cordonazo de San Francisco.

Bentham y Tracy; Ezequiel Rojas el hediondo a azufre; Rojas Garrido, el vocero de Satanás; *El Diario de Cundinamarca*, ese papel escrito en los infiernos; esa escuela laica, donde se enseñaba a medirle puño a los santos y a escupir a la Virgen; y ese matrimonio civil y ese amor libre y la ley de tuición y los oligarcas y los sapos y todo el rojismo impío, en montón y por separado, tuvieron su merecido. El horror que les daba a las señoras: como no fueran a degollar a los curas esos sapos.....

El párroco, presbítero Ramón María Vera, curita de misa y olla, de una simplicidad enteramente evangélica, aficionado en exceso — por pasatiempo e higiene solamente — a las faenas y asuntos pecuarios, sabía más de terneros y muleros que de embelecios filosóficos, literarios y canónicos.

¿Pero qué Numa no tuvo su Egeria? Era la del párroco D. Efrencito Encinales, paño de lágrimas de todo el vecindario y el ser más útil, ocupado e improductivo de la creación. Sin tener industria ni profesión alguna, las ejercía todas, fuesen serviles o científicas, rurales o urbanas, artísticas o mecánicas. Era universalista en remiendos, componendas, remontas y soldaduras: lo mismo se las había con máquinas de coser que con totumas desportilladas, lo mismo con lozas rotas que con latas carcomidas. Le cortaba al cura el pelo y las sotanas; le hacía la barba y la corona; retocaba los santos; arreglaba la iglesia en los grandes días y labraba la pólvora para las fiestas, con todo y girándulas y castillo. Recetaba por Bouchán, lo consultaba a cada paso, y, mediante una antonomasia admirativa de su cosecha, le llamaba siempre *El Autor*. En eso de pólizas, memoriales y escribanías era el número uno de Piedra Gorda. Rayaba muy alto por lo artístico e inventivo: esculpía en raíces de guayabo unos crucifijos estenuados, de llagas azules y anatomía sarmentosa y antihumana, y hacía estupendas creaciones en todo asunto suntuario o decorativo.

Era lector incansable de *La Caridad*, Augusto Nicolás y Frayssinous; se sabía al dedillo al Padre Jaén, *Cartas de un sacerdote católico* y *Las sirenas*, libros y autores que citaba con frecuencia. Con decir que fué él quien leyó varias veces

las siete palabras en el púlpito, está dicha su religiosidad.

Increíble era la duración de sus ropas y prendas de vestir y ejemplares su pulcritud en traje, palabras y acciones. Nunca se supo a ciencia cierta su estado: las malas lenguas aseguraban que era descasado y que su cara mitad andaba muy campante por esos mundos del Cauca. Lo cierto es que un día apareció en el pueblo, procedente, según él, de la Vega de Supía; que resultó ser tío segundo de las señoritas Encinales, y que de tiempo atrás vivía con ellas en el santo temor y amor de Dios, sin que él hubiera precisado nunca qué clase de vínculos dejara en Supía.

Sólo el padre Vera estaría en el secreto, por ser el tío un su hijo de confesión. Y ello no debía ser cosa mala ni pecaminosa, por parte de Efrencito, porque su confesor le quería como a las niñas de sus ojos, lo admiraba por sus muchas industrias y sapiencias y le habría hecho, luego luego, su consejero y factótum, creyéndole a ojo cerrado cuanto dijese y opinase.

A tal sombra, con tal cultivador y en terreno tan propicio como era el corazón del párroco, fué creciendo y lozaneando, cual cedro del paraíso, el santo odio al liberalismo. Y como el cura no fuese para digerir y asimilarse directamente los inflamados conceptos, las hipérboles candentes y la algarabía retórica de los papelorios políticos de la época, D. Efrén, merced a muchos descartes, y a un poder raro de selección, le hacía tragar al curita la miga, la substancia y el meollo del asunto. Una vez la luz en el indisciplinado cerebro del sacerdote, el maestro le desprendía los corolarios y le señalaba el derrotero. Mediante la repetición y machaqueo de frases gordas, de epítetos retumbantes, de esos que en fuerza de su crasitud y efectismo se incrustan en las mentes sin cultivo, le diseñaba los sermones, se los formulaba casi, sin que el curita mismo se diese cuenta clara de tales sugerencias y aprendizajes. Para refuerzos de tales homilias estaba el cura a qué quieres boca, pues D. Efrén le historiaba a toda hora las horripilancias ejecutadas por los liberales, haciéndole cada biografía de corifeo rojo, que el cura los veía a todos haciendo borbollones en la paila mocha.

En honor de la verdad, cúmpenos decir que D. Efrén se sentía llamado por la Providencia a iluminar a aquel oscuro sacerdote, y que obraba, por ende, con el celo de una madrina que enseñase el catecismo a algún su ahijado huérfano.

Auxiliar poderoso de D. Efrén, alma tal vez de tan laudable empresa, era la Sra. Rebolledo de Quintana; pues si él se iba a la cabeza del discípulo, ella, a fuer de hembra, le asestaba derecho al corazón, y se lo henchía de fervores, y lo hacía hervir en entusiasmo.

Todo se reunía en Quiterita para el caso: una amistad santa con el cura, que día por día se acendrababa más; una de esas piedades ostentosas, que necesitan ruido y aparato; una susceptibilidad, siempre enconada, por los intereses de la Iglesia; unas ansias de apostolado que la devoraban; la comenzón de figurar, de ser la dueña de todas las situaciones altas y piadosas; un espíritu inquieto, ávido de novedades; su instinto de dominio y protección, desarrollado por el caciquismo lugareño, ese instinto suyo que la ponía en pugna abierta con cuanto se apartase de sus gustos y opiniones o no estuviese bajo su influencia y jurisdicción, que la hacía amar, con adhesión insana, todo lo que llevase su sello y la marca de su fábrica; y, por remate de tal castillo, el trueno gordo: su firmeza y su desprendimiento políticos, célebres en todo el orbe desde los tiempos del viejo *Mascachochas*. Tampoco era ninguna ignorante la señora de Quintana: sabía mucho, pero mucho Telémaco, había leído *El Evangelio en Triunfo* y todo el *Año Cristiano*, y entendía en liturgia bastante más que el padre Vera. Era viuda muy rica y sin hijos; y si en la guerra de Mosquera había gastado trescientos pesos en postas y pertrechos y en comprarles chopos a los soldados enemigos, ¿iba ahora a reparar en unos ridículos miles? ¡Mentarle rojos a misiá Quiteria! En cuanto se le ponía que había rojos en la costa, ya estaba la señora brotada de ojos, inflada de carrillos y gaga, gaga perdida, de la pura incomodidad.

Así fué que cuando oyó el *pun pun* de la tambora y la voz del Alcalde que declamaba el decreto guerrero desde los balcones de la Casa Consistorial, voló la viuda transfigurada a la Alcaldía. Ofreció doscientos pesos en empréstito para los gastos

preliminares, hizo alistar varios sobrinos y allegados, y, con pasmo del párroco y de la autoridad, declaró que, a tener diez años menos, estaría pronta a ceñirse las bragas, el chafarote y demás arreos bélicos y a arremeter contra la canalla impía, cual otra D.^a Marucha Martínez.

Con el decreto había venido la orden de levantar en el pueblo un batallón. Ni el Alcalde, ni el Cura, ni misiá Quiteria trepidaron un instante. Investido el primero de la doble dignidad de Jefe Civil y Militar de aquella plaza, corre a casa de su cuñada y saca de entre una alacena el espadín dos veces glorioso de su suegro; un espadín esgrimido en los sangrientos campos de Playas y de Carolina. Con estregones de polvo de loza por lo metálico, con unción de gordana por las correas, sacóle al arma aquellos intensos resplandores y aire indudable de reciente desempaque. Y como no era él para llevarla así a la diabla, se hizo cortar al rape la ya ondeante greña, afeitóse a dos repasos las balcarrotas, y, a fuerza de sobijos y torceduras, logró sacarle al bigote unas puntas de lo más imponente y marcial. Calzado que se hubo los magnos botines de vaqueta, herrados con *carramplones*; cambiados que fueron el pantalón semanero y la ruana habitual por el flux de paño negro de las grandes festividades, ciñóse al cinto la ilustre espada, y, con estruendo horrisono de cobre y de herraduras, tiró por media plaza hasta la Comandancia, transformado, desconocido, entre la admiración de todo el pueblo.

El padre Vera, tan escaso enantes de la divina palabra, se desbordaba ahora en la misa, en la visita al Santísimo, en el rosario vespertino, en las salves de los sábados y en el trisagio de los domingos. Cada cristiano de catorce a sesenta y cuatro años estaba en la obligación de ir a defender la religión. Y a cada prédica se enrolaban diez o doce voluntarios, cuatro o cinco tibios y algún *oliscado* de rojismo, sacado de por ahí de alguna madriguera. D. Efrén se gloriaba en su discípulo.

Misiá Quiteria, entretanto, sudaba las mantecas en mil andanzas y ajetreos. Apenas le llegó de Medellín el valioso encargo de rasos y tafetanes, de sedas, hilo de oro y lentejuelas, reclutó todas las señoras más hábiles en el arte de Penélope, armó en su casa un bastidor..... y a bordar, a bordar.

¡Qué delicia! Ella influyendo de ese modo. Su trascendencia política y religiosa puesta en evidencia. Su piedad, en triunfo. ¡Qué éxtasis! Una emoción de tiernos escalofríos le pasaba a misiá Quiteria para entrarle un raptó de elocuencia. El séquito bordante, tan pronto prorrumplía en jubilosas interjecciones, tan pronto callaba subyugado. La señora tomaba resuello por momentos. Oíase entonces el trabajo. Y aquel crujir unísono de agujas, al pasar por el templado trapo, era para misiá Quiteria el himno augusto del civismo femenino.

El tiempo se angustiaba: trabajaban día y noche; el «chocolate de canela» con almojábanas y las cocadas con ajonjolí — timbres privativos de la repostería de Quiterita — iban y venían apetitosos y fragantes. Una vez entre pecho y espalda el agasajo, seguían las obreras inclinadas sobre el bastidor. La patriótica fatiga fué recompensada: la antevíspera de partir el batallón diéronse las últimas puntadas. Aquel monumento de trapo no podía dedicarse así de cualquier modo; y la arquitecta que le construyó, molida y todo como había quedado, abrió nueva campaña. Regó sus gentes por esos contornos para que acaparasen cuanta leche hallaran, a fin de hacer la natillada monstruo para los soldados; encargó para los mismos a las tres chicheras más insignes del lugar la cantidad inaudita de trescientas puchas; hizo reclutar de casa en casa vajilla, mantelería, aves y demás ingredientes del caso; y ayudada de varias señoras, prendió el horno y dióse a preparar el comistrajo para los jefes y oficiales.

En su propia sala tuvo lugar el banquete. En él aparecieron las riquezas y excelencias de la cocina parroquiana: allí la densa sopa de pan, oleosa, azafranada, con tronchos de chorizo y menudencias de ave; allí las *gallinas enjalmadas*, crecidas como pavos por las costras superpuestas de bizcocho pulverizado; allí el *pastel de bodas*, servido en la enorme cazuela de barro, cubiertas con papeles de seda y pétalos de caracucho las fealdades y negruras de la inevitable vasija; allí el pernil de marrano entre espesores de tomate y frondas de perejil, el *bocado de la reina*, la *sopa borracha*, el manjar blanco, y el huevo hilado y cuanto masacote fino inventó la gula hispano-

antioqueña; que, en acometiéndole el pujo político-religioso, no se paraba en gollerías la anfitriona.

Ella misma, con sus propias manos y medio embargada por la emoción, presentó el obsequio, terminados los postres. Ella y otra dama desdoblaron la bandera: a un golpe relumbraron letras y emblemas, flecos y lentejuelas, en relampagueo de gloria.

La combinación de los colores nacionales había sido rechazada desde luego, que mal podía aceptar misiá Quiteria el rojo infame junto al azul divino de los cielos. Eligió un blanco acalostrado para el fondo, y para la guarda — que eso era guarnecido — un colorcillo indefinible.

Pasado el deslumbramiento, pudo admirarse aquello: arriba una cruz áurea y dos espadones de seda, amarrados lo mismo que un tres de bastos. Era el moño de felpa celeste, y sus puntas se iban culebreando, culebreando, hasta formarle cerco protector al escudo nacional que, allá en el medio, se sospechaba con el águila muy agallinizada, la pobre, las banderas más que confusas, los cuernos vacíos, y la granada muy patente y encendida. Abajo en letronas de oro y de azul iba el busilis:

Las matronas piedragordeñas al batallón Pio IX

Y en la bordadura de aquel *matronas* había una corrección de ternura, una valentía de patriotismo, un grito de protesta. Al contemplar misiá Quiteria esas ocho letras y el simbólico moño, ideado por Efrencito, toda se estremecía de fruiciones, veía la religión triunfante, rematada la rojería y a Parra aplastado entre los escombros del Capitolio. D. Efrén iba traduciendo el lenguaje del bordado. Oído lo cual por jefes y oficiales, declararon: 1.º que esa bandera era lo más hermoso y expresivo; 2.º que las matronas piedragordeñas eran las más decentes del mundo; y 3.º que misiá Quiteria era la matrona de las matronas. D. Efrén agregó por su cuenta y riesgo y con énfasis profético, que los emblemas y dibujos eran la intuición de la piedad, la «prenda segura de la gloria» — como decían las letanías del Santísimo Sacramento — ; y que antes de un mes la religión católica envolvería toda la república, ni más ni menos

que el moño alegórico al bordado escudo. Cura, damas y milicianos quedaron persuadidos; y el banquete terminó entre efusiones y discreteos dulcísimos, algunas frases de Telémaco, vapores de oporto en más de una cabeza, y más chisporroteante aún la llamarada religiosa.

III

— ¡Te luciste, Quiterita! — díjole el párroco no bien la dama, Efrencito y él quedaron solos, — con tres Quiterias me comprometía a acabar con los malvados.

— No diga eso, padre. Yo no soy más que una pobre vieja inútil, que sólo trato de servir a Dios. Ojalá pudiera hacer algo por mi partido. ¡Qué feliz sería yo!

— ¿Poco te parece lo que has hecho?

— Mi sangre diera, padre..... y la daré por mi religión y por mi patria, en caso que Dios quiera castigarnos con el triunfo de los rojos. ¡Si ellos llegaran a triunfar (aire sublime de martirio) ni usted ni yo quedábamos con vida en este pueblo! Ni el cojo Pino, ni las Valderramas me perdonaban mi patriotismo. Pero no le hace, todo lo soporto por Dios, todo: hasta la calumnia. Ya ve, padre, cómo me desguazan. ¿No sabe que me llaman *La mula conservera* y *El Sargento Pipa*? Y el cojo diz que habla de mí cosas tan horribles que no me atrevo a contárselas; y las Valderramas han tenido el cinismo de decir que apenas triunfen, nos pican a usted y a mí y nos componen en mote, para que coman los jefes conservadores; y que el mondongo diz que se lo van a echar a los perros.

— ¡Qué infamia! — interrumpe don Efrén.

— ¿Pero qué se puede esperar de esa gente — repone la dama en tono filosófico —, unas mujeres sin religión; que siempre han dado tanto escándalo con sus bailes y sus paseos con

toda la guacherna; que casi no van a misa; y que ni en la cuaresma se confiesan? El año pasado, ninguna de ellas cumplió con la Iglesia y se quedaron lo más orondas. Aquí está el padre que no me dejará mentir.

— Sí, hija: así fué. Son muy oliscadas.

— ¡Ay, señor, y la lengüita de esas mujeres! — exclama don Efrencito, santiguándose. A mis sobrinas como las llaman es *Las carangas del Señor*, por lo virtuositas e iglesieras, y como son tan monitas.....

— ¡Eso ya no se puede tolerar, padre Vera! — prorrumpe Quiterita, disparada. ¡Eso es una blasfemia! ¿Decir que Dios tiene carangas? ¡Y van al templo! ¡Podían ir a adorar sus dioses falsos!..... ¡Herejes, oligarcas! ¡Si no hay nada tan horrible como gente sin religión! Dios puede mandarnos un castigo, por esas mujeres.

— Esas son cosas que les enseña el cojo, que es uña y carne con ella — dijo don Efrén. — Figúrense ese hombre que fué el discípulo amado de Rojas Garrido, y el Tantasguascas del Colegio del Rosario. Apenas cumple con su deber.

— Por eso tiene el pelo que tiene — vocifera la señora. — Esa llaga que le pudrió la pata fué castigo de Dios, por sus blasfemias. ¡Qué tal, si no le cortan media! Si así, mocho, es tan insoportable y tan perverso, ¿cómo sería bueno y sano?

— Pero ¿qué están pensando las autoridades — replica Efrencito, — que no destierran a ese hombre, o le ponen una mordaza? Es el peor enemigo del Gobierno.

— ¡Mordaza! — exclama la señora con desprecio irónico. — ¡Las cosas que se le ocurren a Efrencito! ¡Si le dieron la ciudad por cárcel; si van a premiarle su rojismo!

— ¡Ah, Quiterita esta, pa tremenda! — dice el cura.

— No, padre Vera — replica ella, pasando de lo burlesco a lo patético. — Mientras los jefes de esta plaza anden con ese mimo y esas consideraciones; mientras haya sacerdotes que se callen y lo autoricen todo con su silencio, tendrá enemigos la Iglesia en este pueblo y los tendrá el Gobierno. Vea, padre, los oligarcas están como gusanos de cosecha. (Aquí se puso la señora en pie, hizo la lista e incluyó en ella a doña Milagros y al padre Casafús.) Todos son rojos solapados, toditos. No

se destapan en público de miedo al destierro y a los compartos; pero son los peores enemigos que tenemos.

— Así es — apoya don Efrén muy convencido.

— A usted, padre — prosigue ella — lo tienen embotellado la Milagros y el padre Casafús. Usted no ha querido creer en el rojismo de ellos; pero me dejo cortar la cabeza, si no son sapos declarados. ¡Figúrese Milagros que fué mosquerista de las tres efes! Y no aflojó ni con la persecución del clero, ni con la echada de las monjas, ni con el destierro del Arzobispo. Ahora se ha metido a beata, eso sí, pero ¿por qué?..... ¡No le supiera yo las cosas a Milagros! Es más supuesta y más hipócrita que los fariseos. ¡Yo no sé tatarle a nadie, cuando me tocan estas cosas! ¡A nadie! Si es malo decir la verdad, soy casi tan mala como Aquileo Parra.

— Es que vos no querés harto a la Milagros — le dijo el párroco con socarronería.

— No debiera quererla, padre; pero a mí la sangre me tira, y ella es mi prima segunda. Pero amor no quita conocimiento. Yo la conozco y le sé todas sus mañas: ella es la que tiene así al padre Casafús. Estoy persuadida, está persuadido Efrencito, y todo el pueblo, aunque usted no lo crea. Vea, padre: Milagros es una zorra, y con su hipocresía y su mielejeja, y echándole gracias y ocurrencias a las viejitas Casafuses, que ya están chochas, se ha metido al padre en el bolsillo, y los dos se han entendido en el rojismo, y se burlan escondido de nosotros los conservadores, y se han pactado para no decir esta boca es mía en cosas de nuestra política, nada más que por mostrarnos el desprecio con que nos miran. En ella no lo extraño: es por darme en qué morder a mí. ¡Si viera el modo como ha visto la cosa de la bandera! Ni siquiera vino a verla acabada, con lo curiosa que es. Y lo mismo fué con el banquete. He averiguado que dobla la hoja, apenas le mientan estos asuntos. Ella es así: ¡Envidiosa como ella sola! Le parece que es la única que puede llevar la voz en el pueblo y supeditar en todo, y cree que yo le hago sombra; pero se equivoca tristemente: mal puede una vieja, como yo, hacerle sombra a una sabia, como ella.

Efrencito y el cura enmudecían como avasallados por las

potencias de esta alma recalentada, y la matrona piedragordeña prosiguió luego:

— Lo que yo no me explico es que el padre Casafús, que se las echa de muy independiente, se haya dejado sonsacar de esa manera. Porque el que no vea, en la conducta del padre, las tramas de Milagros, es porque no quiere ver. Y no es que yo me admire mucho de que haya curas rojos: el diablo sabe mucho y es enemigo del alma....

— Ahí están, interrumpe don Efrén, el padre Lutero, el padre Calvino, el padre Jacinto.....

— ¡Y el padre Casafús! — dijo la dama, con acento triunfante de calderón final.

Y la última sílaba de aquel apellido, ese *fus* agudo y sutil, que parecía silbo de viento a media noche, vibró en el alma del párroco como el soplo medroso de un anatema. Dióle un salto el corazón, quedóse en su silla sobrecogido, y reinó el silencio. Rompiólo al cabo el párroco, quien, después de toser para disimular la *tragadera*, preguntó con tono inseguro:

— De veras, Quiterita: ¿Usted sí cree que el padre Casafús sea rojo? ¿O es por verme?

— ¿Por verlo? ¡Válgame Dios, señor! Sólo usted puede ponerlo en duda.

— Expóngale sus razones, Quiterita — saltó don Efrén, con aire retador de quien ha pasado por una prueba y no la ha resistido. — ¡Expónselas, para que opine!

— Si el padre quiere — repuso ella haciéndose la ingenua — no tengo inconveniente.

— Sí quiero — dijo el cura — y ella, acercándosele más y con tono de profesor que inicia clase, hablóle así:

— Permítame que le diga, primero que todo, que Efrencito, y yo, y otras personas, creemos que usted se está haciendo de la oreja gorda con el liberalismo del padre Casafús. Será por prudencia, probablemente, porque ninguno puede conocer mejor que usted las ideas del padre.....

— ¡Pero Quiterita! — interrumpe Vera muy quereloso y suplicante — cómo voy a saber qué piensa él de estas cosas, si él no me ha dicho, si ni siquiera se confiesa conmigo, hace añisimos.

— ¡Precisamente por eso! No se confiesa con usted desde que anda en ésas. Se va a buscar hasta Mercedes al padre Malta, que ya está so ombático, y lo envuelve bien envuelto, con su palabrería.

— ¡No se meta tan hondo, Quiterita, que eso es malo! Usted tiene ese viciquito.

— Así será, padre, cuando usted me lo dice (con voz en que ya estalla el berrinche). Yo siempre le he parecido a usted muy mala y muy perversa. Pero no soy la sola: Efrencito también es un malvado, porque él también cree en el rojismo del padre Casafús. Pregúnteselo, que no me dejará mentir.

Calló porque el llanto la ahogaba.

— Pero, Quiterita, por eso no vas a prender el mundo — dijo el párroco pasado un momento. — ¡El rojismo del padre tampoco es artículo de fel!.... Y, si es de rabia que llorás, pecás!

— ¡Ay, señor!, si tengo mucho sentimiento con usted, para qué voy a negárselo: usted me cree muy temeraria, muy imprudente. Pero ojalá fuera por esto que lloro: eso sólo sería una falta en esta pecadora (serie de sollozos). Es que me ofusca y me aflige el escándalo..... ¡Ver a un Ministro del Señor apoyando a los herejes con su silencio y con sus relaciones, porque apenas principió la guerra, no se aparta de ellos: es uña y carne con el cojo Pino y con las Valderramas; ver que persiguen la Iglesia, y él..... como si no le importara, como el perro mudo, de que hablan los libros! Y así quiere usted que no creamos y que yo no me aflija.

(Aumento de lloriqueos, pausa y silencio de los tres.)

— Hablá vos, Efrén — dijo al fin el cura, — no seáis vos tampoco el perro mudo, y explicáme bien claro todo este enredo, sin poner ni quitar, que entre vos y Quiterita me están poniendo orejón.

¡Aquí de Efrencito Encinales! Botó el tabaco, asumió de pronto el aire sublime que él gastaba en tales casos, y, como si se escuchase a sí mismo, moduló así:

— Señor Cura: Yo no soy el llamado, bajo ningún pretexto, a juzgar la conducta de un sacerdote tan ilustrado como el padre Casafús; pero considero este asunto como caso de conciencia, y creo de mi deber darle a usted un alerta y exponerle

mi parecer, con toda la sinceridad e hidalguía de un hombre honrado y de un hijo muy adicto de la Iglesia. Ahora bien, padre: le suplico me preste atención. (Tos, pausa y crecimiento de sublimidad.) La Iglesia católica, una e indivisible, es como la hostia consagrada ¡de una sola pieza! Quien pretenda quitarle un pedacito, niega el todo y deja de ser católico. En esto no hay término medio. O todo o nada, porque Jesucristo ha dicho: «El que no está conmigo está contra mí.»

— ¡No, no, hombre! — interrumpe el cura con brusquedad nerviosa. ¡Déjate de arengas y retajilas, y decí pan pan, vino vino y ligero!

— Para ser claro, señor, hay que ser lógico y principiar por el principio (sin inmutarse un ápice). Déjeme hablar con calma, y exponerle la doctrina evangélica, que después se la aplicaremos al asunto.

— ¡No! No acabás en toda la noche y me ponés la cabeza grande con tanta cosa. Decí de una vez por qué es rojo Casafús, o me voy.

— Hay argumentos muy poderosos — dice el otro renunciando a prólogos e introítos — para probar el liberalismo del padre Casafús:

1.º No ha predicado una palabra contra los liberales, cuando todo el clero.....

— Esa no es razón, hombre — replicó el cura reventándole a Efrencito una nueva sarta que al fin iba a acomodar. — Casafús no ha predicado contra los rojos ni contra nadie, porque yo no le he dado tiempo y aquí no hay sino una mera iglesia y un mero púlpito. ¿Pero no has visto, hombre, que desde antes de turbarse el orden público, estoy dale que dale a las prédicas a tarde y a mañana, hasta ponerme ronco? ¿No has visto que todo lo que vos y yo hemos hablado sobre los impíos, lo he echado en mis sermones? Y si yo me lo he hablado todito ¿cómo querés que le alcance a Casafús? Y, pa decirte mi verdá, yo no he pensado, tampoco, en que él predique sobre estas cosas, porque se encumbra con finuritas y palabras trabajosas, como vos, y estas cosas hay que decírselas a la gente bien claro y bien patente, pa que las entienda bien entendidas: macho, macho, así como yo. Decí otro argumento.

— No solamente con la palabra divina y en el púlpito, se predica, señor cura — dice doña Quiteria, ya consolada, — también se predica con el ejemplo y con las conversaciones; y el padre Casafús, he sabido yo, no habla ni permite que le hablen de política conservadora, y ha cortado relaciones con los conservadores.

— Decí otro argumento, Efrén.

— El padre Casafús se sometió cuando Mosquera; y.....

— ¡Piss, hombre! — exclama Vera. — Eso fué cuando Mosquera. Yo también en un tris me someto. Si no me amparan y me mantienen en casa de mi compadre Jaramillo, la necesidad me habría acosado. ¡Y ya me ves ahora!

— Señor — replica don Efrén, apasionado, — no crea, si no quiere; pero es rojo, rojo del cacho largo: dice que *La Caridad* es un periódico fanático e intolerante; lee *El Diario de Cundinamarca* y todos los papeles prohibidos que le venían al cojo Pino; tiene en su biblioteca obras de Bentham y de Víctor Hugo, y desea el triunfo de nuestros enemigos.

— ¡Muy cierto! — confirma Quiterita. — Y tampoco cree en el trecenario de San Francisco, y se ha burlado de la novena de Santa Elena. Pero no le diga más, Efrencito: no hay peor sordo que el que no quiere oír.

Y don Efrén obedeció. Rascóse el cura la cabeza, y dijo:

— Yo tampoco alego más: tal vez será cabecidurez mía. Si ustedes no me están embotellando, si eso de esos libros malos es cierto, siempre será liberal mi compadre Casafús.

— No, señor. ¡No hay tal! — dice la matrona con sarcasmo. — Son mentiras de Efrencito y mías, son calumnias que le levantamos a un pobre sacerdote. Mañana debe levantarnos del confesonario: somos indignos de la absolución. Pero puede ir donde su Milagros, la santica, que ella nos desmiente y le da consuelos.

Y volviéndose a don Efrén, agrega:

— Y usted hágame el favor de no volver a mentarle al señor cura una palabra del asunto. Los embusteros no tenemos derecho para hablar.

— No te calentés, Quiteria — dice el párroco en tono de paternal reproche — ni seás tan satírica, que no hay motivo.

Si Casafús es rojo, hay que ver como arreglamos eso, y pedirle a Nuestro Señor le quite la venda de los ojos..... Es que a mí se me vuelve cuesta arriba convencerme que ese demontres de cabecipelao, que sabe tanto y que es tan virtuoso, aunque tan volao como esta Quiteria, vaya a resultar a estas horas con esa indecencia. ¡Pero en el mundo estamos! Yo voy a ver cómo le saco la cosa, y si es cierto, ¡que se forre! No faltaba más. ¡Mucho lo quiero, mucha es la falta que me hace; pero que se largue! No me conviene tenerlo más en mi curato.

— ¿Que no le conviene, padre? — repone Quiterita en el colmo de su triunfo. — Vaya oiga al doctor Juan Pino, a las señoras Valderramas y a su santa. Llenan la boca con el padre Casafús: ese sí es el modelo del sacerdote, diz que es mejor, mucho mejor que Jesucristo. ¡Sí! El Cielo diz que se los va a abrir de par en par a todos los sapos y oligarcas, y a todos nosotros nos va a empuntar a las llamas del negro Averno y del Cocito (erudición telemaquística). Conque, si no se hace al lado de su padrecito y de los rojos, se amoló, mi padre.

Tiróse éste una carcajada con las ocurrencias de Quiterita, y le dijo a don Efrén:

— Caminá, hombre, vamonós, que ésta hasta a mí me va a enrojar.

Con lo cual hubo de levantarse la sesión. Cuando los dos iban por la calle, camino de sus casas, díjole el cura a su Mentor:

— Hombre, Efrén: ¡ésta sí es la vieja más caloria y más refinada que yo he visto! Si hubiera sido macho, ¡qué general o qué sacerdote tan macuenco habíamos tenido! ¡Y tan matronaza y virtuosa! ¡Porque barajo si es buena persona esta Quiteria!

— ¡Calle la boca, señor: eso es un encanto! ¡La fe de esa mujer y ese interés por la religión!..... Lo único que la saca de quicio son los impíos. Pero vea, señor: es la cólera de los santos. La tiene tristísima y ofuscada el padre Casafús, porque teme que esa alma tan querida se vaya a perder y a ser la causa de la perdición de muchas otras; porque ¡figúrese usted! si él llegara a destaparse y a declarar su liberalismo, con esa palabra que tiene ¿cómo se cargaría de mesas la impiedad? ¡Cómo sería el estrago!

— ¡Nos mataba, mataos!

— Vea, señor: cuando yo pienso en estas cosas y veo el liberalismo en un sacerdote, me aterro: me parece que ya se acerca el fin del mundo. ¿Qué sabemos si es el Anticristo que ya viene?

— ¡Eso sí no, hombre! El mundo apenas está mudando mamones. Mañana mismo voy a ver cómo se arregla esto, pa que se acabe el escándalo y se le quite a Quiterita el entripado.

Despedido Efrén, entróse el párroco a su casa, trancó las puertas, y, a la vez que mascullaba sus oraciones, entre bostezo y bostezo, cambió los trapos que luciera en el banquete por el balandrán de zaraza con que dormía, echóse la triple santiguada de costumbre..... y a su camita. ¡Pero quién te dijo!

IV

Aquel sueño suyo que le acudía siempre, no bien acomodaba su individuo, se lo había espantado en toda regla el demontres de Casafús. ¡Valiérale la Virgen con la churumbela esta! Por esto sí no pasaba él.

Contó hasta doscientos..... y nada; sin haber leído al *Buen Ricardo*, coincidió con él en el remedio del desbarate..... y tampoco. Vera, que cifraba en el sueño la dicha suprema de la vida, no podía conformarse. Descolgó la camándula, se puso en la presencia de Dios, por ver si un rosario le valía. ¡A buen recurso apeló!: a cada cuenta corrida se le encarnizaba más y más el demonio de la obsesión, y, cuando iba en la mitad, tuvo por irreverencia el continuar aquéllo. La cabeza se le iba con esa devanadera incansable. Y que sí y que no, y que ésto y aquéllo, y aquí ato un cabo y allá lo suelto, y ahora me explico un hecho o una frase, y caigo luego en mil contradicciones y desempates, hasta que, fatigado, sudoroso y en pleno estado de encalabrinamiento, tiróse de la cama, y así en camión pelado y a obscuras, vino a sentarse en su poltrona. Aquí fué lo negro: de pronto, sin que él pudiera determinar cuáles y cuántas razones le asistían, sintióse de acuerdo, enteramente de acuerdo con Quiterita y don Efrén.

Levantóse de la silla, prendió luz y echó a pasearse, atontado y nervioso, del aposento a la sala. Una tristeza, una aridez, que no creyera posibles un día antes, le ennegrecieron el espí-

ritu. En su angustia, se le figuraba que el corazón le dolía con dolores materiales. ¿Casafús rojo, Casafús contra la Iglesia? ¡Imposible! ¡Imposible! Casafús, un sacerdote que él había admirado tanto por sus virtudes y sabiduría; un hombre que con su sola palabra hubiera levantado ejércitos a la causa de Dios, ¿convertido ahora en su enemigo? ¿Si sería esto una pesadilla? No: quería cerrarse a la verdad, y la verdad lo inundaba. Qué vergüenza para la Iglesia, para el clero antioqueño, para él, que tanto le había querido y considerado. Satanás se valía siempre de los sabios, de los inteligentes para hacer de las suyas. Ya no le parecieron disparates los temores de don Efrén: tales abominaciones eran para acabarse el mundo. Tan enorme le pareció el pecado, que se declaró ante sí mismo incapaz de apreciarlo; y en aquel corazón sencillo, henchido de amor por sus semejantes, de tierno cariño por su amigo y compañero en Dios, hirvió de pronto odio contra el traidor, contra el apóstata. Reventó en sollozos. Recostado boca abajo, contra el borde de la cama, lloró largo espacio como un niño.

Calmado un tanto con el estallido, trató aún de darse a sí mismo algún consuelo. Acaso fuera todo engañosas del demonio para turbarlo a él, a Quiterita y a don Efrén; acaso fueran designios del Altísimo para probarlos a los tres. Mas al cabo hubo de rechazar el lenitivo, por parecerle sofistería de un alma que no quiso torturarse. Cierto era todo: su corazón se lo gritaba; Quiterita y don Efrén no podían engañarse hasta ese extremo; Quiterita y don Efrén eran incapaces de mentir. La cuestión estaba ahora en que el impío tornase a Dios y expiase de algún modo su apostasía. ¿Cómo obrar? ¿Cómo avistarse con Casafús y hacer que confesara la falta? Le tenía tanto miedo, era tan acerbo y exaltado. Imploró los auxilios del Espíritu Santo, pidiéndole que le alumbrase, especialmente con los dones de paz y sabiduría. Después de fervorosa oración, ocurriósele el medio. Al día siguiente suplicaría a Casafús que arengase a la tropa, con motivo de la bendición de bandera y la partida de la tropa. Así sabría definitivamente lo que había en el asunto: mentira todo, si el padre accedía; verdad, si se denegaba. Tal ocurrencia túvola desde luego por inspiración de lo alto; mas la misma proximidad de la prueba, que a él

se le antojaba algo como una ordalía, fué poderosa a que pasara la noche de claro en claro.

Aun no había sonado la diana por esos cuarteles, y ya él, azorado y nervioso, golpeaba en casa del sacristán. No bien abrió éste, pidióle las llaves, y sin esperarle, fuese a la Iglesia y tocó a Misa precipitada y largamente, con no poco irrespeto a las reglas del campanero. Esta misma anomalía, lo inusitado de la hora y la circunstancia de hallarse todo el vecindario en expectativa con la marcha del batallón, atrajeron al punto a la iglesia mucho mujerío, algunos devotos, y por último al padre Casafús; quien, después de cortísima oración, fuese derecho a su confesonario, ya invadido a tales horas.

El padre Vera, entre tanto, discurría por sacristías y corredores, sin asomar las narices por parte alguna.

Quiterita, a quien le eran familiares los íntimos parajes de la casa del Señor, traspasó, con raudes andares y huracanada faldamenta, presbiterio arriba, y, previa y rendida genuflexión ante el Santísimo Sacramento, colóse sacristía adentro en busca del padre Vera. En cuanto le echó los ojos encima, le suplicó muy humilde:

— Padrecito: camine, hágame el bien de reconciliarme, que no puedo comulgar con la soberbia de anoche.

— ¡Válgame! — dijo el párroco con aire que quería ser risueño y resultaba atediado y displicente — ¿y al Alcalde quién lo ronda? Más rabia que la que yo tengo..... con la noche de perros que he pasado. ¡Barajo, hija, que esta churumbela!.....

— ¡No me diga, señor! Yo no he dormido un rayo. Y recordando que iba a confesarse, rectificó: Tanto así no, pero sí muy poco; tal vez menos que de costumbre.

Sacerdote y dama bajaron luego y, al pasar por junto al confesonario de Casafús, vieron en él una penitente toda recatada bajo el pañolón que extendía a dos manos contra la tabla sebosa de la reja. A pesar de la penumbra y del tapujo, ambos a dos adivinaron que no era otra que la Milagros, y ambos a dos alzaron a mirarse, y dijo Quiterita a media voz:

— Me parece que están encabados desde que él entró, porque ella es la primera que coge reja: tiene privilegio.

Larga, por demás, fué la reconciliación de la señora, pasada

la cual, tornó Vera a recoletarse, dejando a Efrencito y a un grupo de mujeres que asediaban el confesonario, ansiosas de lavar sus almas. No había cómo echarle a mala parte ese abandono: el pobre no podía.

A la noche toledana, a la marcha de la tropa, se le unía ahora la proximidad de la entrevista casafusesca y un conflicto de conciencia que de pronto le había asaltado, y para el cual no le valieron los dones de paz y sabiduría que ya creía alcanzados.

Y no era un grano de anís el tal escrúpulo. En sus adentros lo formulaba así: «Si este demontres de Casafús, no resulta rojo nada, le he levantado un falso testimonio en materia grave; demás de grave, le aborrecí un rato como a hereje, y me parece que hasta mal le deseé. Entonces he cometido tres pecados mortales de un pipo; y en este estado no puedo salir a decir misa, sin haberme confesado. Pero si va y si es rojo de veras, ¿cómo voy a confesarme con un cura hereje y cismático y oligarca, con un cura que ya no es cura? ¡Ay, Dios mío! ¿Para qué me contarían estas churumbelas? Me amolaron, bien amolado. Tal vez este juicio no será temerario enteramente; tal vez sí tengan razón para creerlo algo rojo y oliscado. Si fuera Efrencito solo, tal vez lo dudaba, porque, aunque sabe mucho, es algo idiático a ratos; ¡pero esa Quiteria!..... Todo le sale como si fuera *zaurí*. ¿Cómo demontres lo averiguo? Tiene que ser pronto, porque tengo que decir la misa primera: no aguanto a la otra. Y a Casafús que no le vale salecita. ¡Esa es otra! ¡Si le pregunto con maña, me coge en la trampa, me jarta a pipos, si bien me va, y en las mismas me quedo; si se lo pregunto así, claro claro y sin recovecos, entonces sí que es verdad que no larga prenda! Con tal que yo le sacara algo, aunque me pusiera «que ni puerco para matar». No hay remedio: tengo que tantear y tiene que ser ahora mismo.

Y volviendo de aquí para allá la distraída mirada, topó entre la penumbra con el buen Ladrón, un muñeco recortado en tabla, muy braciabierto y tristón, que junto a su compañero de suplicio, colgaba, con todo y cruz, por allá sobre un ventanillo. Con él se encaró el padre Vera y le dijo con el alma: «Hombre, Dimas: vos que fuites tan guapo, quitáme este recelo que le tengo a Casafús.»

Debió de oírle el santo, de chiripa, porque de allí a poco salió Vera de la sacristía, bajó hasta el confesonario de Casafús y con tal cara y tales afanes le llama, que el penitenciario de la parroquia, cortando de un tajo el haz de paja con que lo enredaba una beata, acude al llamamiento.

— ¿Qué es, padre Vera? — pregunta Casafús, muy sorprendido, no bien entran a la sacristía. ¿Le ha dado alguna cosa? ¿Se siente mal?

— No, no es que esté mal (con aire no muy seguro), pero me pasa una churumbela muy maluca.

— Explíquese pronto, que tengo cuñado el confesonario.

— Hombre Casafús — murmuró el párroco quemando las naves.

— ¡No te vas a calentar!..... pero por ai andan diciendo que diz que vos sos rojo y apoyás a los herejes.

La cara que le puso Casafús fué tan acerba, tan ácida, tan hosca, que Vera cortó el discurso y se cortó él.

— ¿Y qué? — preguntó el acusado con aire de acusador.

— Pues hombre..... no era nadá; pero yo quería preguntártelo, porque..... tal vez será verdá.

— Será verdad para unos, será mentira para otros — contestó Casafús con hastío profundo. — Los actos y las intenciones humanas sólo Dios puede juzgarlos.

— Pero contestá claro, hombre, y no te ofusqués.

— Lo que yo diga de mí mismo nada vale, ni tengo derecho a que me crean. Sólo los dogmas se imponen como creencias, y son indiscutibles; lo demás es potestativo.

— ¡Pero, hombre Casafús, eso es salirse por la tangente!

— ¡Será o no será! Pero ni usted ni nadie puede obligarme a que yo conteste a una pregunta tan impertinente y tan capciosa. Ninguna ley divina ni humana me obliga a ello. Califíqueme usted como quiera: su calificación no cambia en nada la esencia de las cosas. Si soy impío, ni dejaré de serlo, aunque usted me tenga por un San Alfonso de Ligorio; si soy católico y ministro fiel de Jesucristo, siempre lo soy y lo seré, aunque me crea heresiarca y apóstata.

— Pero mirá, hombre: no basta ser bueno, también se necesita parecerlo; y aquí aseguran.....

— ¡Que aseguren cuanto quieran! — exclama Casafús, en completo estado de exaltación. — ¡Ay, padre Vera! ¡Qué bajo, qué poco alumbrado del espíritu Divino está el hombre que da ascenso a las insinuaciones del vulgo!

— Pero si yo no creo, hombre. Si por eso te lo pregunto.

— Y yo no contesto. Mi dignidad de sacerdote y de hombre me impiden defenderme. Hay defensas que deshonran más que la misma acusación. No contesto. Si usted ya no necesita mis servicios, si mi presencia en su curato le perjudica, me iré: soy clérigo suelto. El mundo no es la aldea de San Juan de Piedragorda, y si en otra parte me faltare el pan, cumplo el voto de pobreza que hice al ordenarme.

— ¡Hombre Casafús, por María Santísima, no pongás las cosas en el último punto ni seás tan canónigo y ardiloso! ¡Un mal pensamiento lo tiene todo el mundo, y yo no quiero que te vas, porque te necesito!

— Sólo Dios es necesario, padre Vera. Y le advierto a usted de una vez que rompemos para siempre, si vuelve a mencionarme el asunto.

— Bueno, hombre, dejá la rabia, que eso te hace daño y echémole tierra a todo.....

Iba a decirle lo otro; pero al temor que siempre le inspiraba se unían ahora el de irritarle más de lo que estaba y el sobresalto del momento supremo, de esa ordalía terrible.

¡Y qué sudadera le entró! Mas, viendo que el otro iba a retirarse, hizo el cura de tripas corazón, y, con vocecilla temblona y medio trabado de lengua, se atrevió a decirle, y eso en tercera persona:

«Espérese, compadrito: Yo quería que usted..... me hiciera un favor muy grande. (Tos y atrancada.) Ahora..... a la bendición de la bandera, hay que decirle algo a la tropa, pa no dejar así..... como regañaos a esos pobres. Como usted sabe, compadrito, yo no se hablar sino mis bobadas; y he pensado que usted me les diga cuatro palabras de las suyas y me los exhorte bien bonito.»

Midiólo Casafús de los pies a la cabeza con mirada de centella; hizo una mueca como de calavera que se sonriese; cruzó

los brazos, e irguiéndose en actitud espectral, escupióle luego estas palabras:

—¡Padre Vera..... usted es un imbécil!

E impetuoso, desencajado, bailándole las cajas de los dientes y la cumbamba, salió de la sacristía dando cada zancajo que se rajaban los ladrillos.

V

Como habíamos dicho, la reconciliación de misiá Quiteria fué cosa larga. El tema así lo exigía. La noche antes, apenas habían salido el párroco y don Efrén de casa de la señora, compareció en ella, hecha un mar de lágrimas y un incendio de cólera, Lalita Encinales, sobrina de aquél, la criatura más piadosa y entusiasta del partido. El caso no era para menos; que las Valderramas y el cojo Pino estaban en sus glorias, porque diz que habían ganado en el Cauca; que el padre Casafús llevaba tres visitas en la tarde a casa de las tales; que se hallaban en concilio; que era mucha la chacota que hacían de la bandera y del banquete; que ese padre les aconsejó salieran al día siguiente a los balcones hechas unas mugres y en alpargatas, para mostrarle al batallón con cuánto desprecio lo miraban; que las autoridades no tenían calzones si no confinaban a esas mujeres; que el padre Vera no merecía la sotana, si no tomaba alguna medida contra el padre Casafús; que todos estos horrores los sabía Lala por Petrona, la pulpera de su esquina, quien en son de buscar unas gallinas, se había colado al solar de las oligarcas, y oídoles todas sus tramas e indecencias.

Todas estas enormidades más el llanto de Lala y la intervención de don Efrén — que había vuelto esa misma noche sobre a casa de misiá Quiteria, — las réplicas y discursos de ésta el particular, salieron a girar en la reconciliación, diluídas, real-

zadas con la casuística y las retóricas de tan ilustre penitenta.

Tal relato primero, y luego la cruel negativa de Casafús, probáronle al padre Vera que no había ni juicios temerarios ni falsos testimonios, y que, por ende, podía misar en perfecto estado de gracia, ya que no con su calma y serenidad habituales.

Quitados el peso y la revoltura de conciencia, surgió honda y definitiva la pena del justo ante la abominación del réprobo. Y por ver de disipar eso tan amargo y tan horrendo tuvo por conveniente dar de mano al confesonario, tirar iglesia abajo y echar a pasearse en el atrio, desaforado de cuerpo y obseso de alma. Tanto, que ni cuenta se daba del movimiento, ajetreo y embolismo que reinaba por esas calles y plazas, ni siquiera de las maniobras que ejecutaban el negro Nicolás, el sacristán y otros cristianos, armando una tolda para el altar en que debía celebrarse la misa de tropa.

Aurora, la blonda, la radiante, no topó nunca en aquel lugarón tanto olor de comestible, tanto hálito caliente de sancochones y ajiacos, ni aquel matalotaje de cosas, ni gentío tan embelecado y ansioso, como en esa memorable efemérides.

De los tres cuarteles salían por pares, por grupos, por pelotones, soldados, Jefes, Oficiales; a la plaza, a las esquinas, a los andenes acudían las vivanderas, con ollas, cajones, coya-bras y bateas. Abríanse los ventorrillos, los fonduchos, el estanco. Por caminos y atajos llegaban las gentes de los campos; salían las brigadas de mangas y corrales, y sobre el concierto de voces, de exclamaciones, de golpes y pisadas, de compras y ventas, de puertas que se abren, de herraduras que se clavan, de pilluelos que enredan, de Oficiales que mandan, de viejas que comadorean, destacóse estridente, clamoroso, el primer toque de marcha. Entrañas de madre se conmueven, corazones de novia se oprimen; acude la chiquillería entusiasmada y se ingiere entre cornetas y tambores; revuélvese azogada la soldadesca: alármanse las venteras por los reales y pesetas aun no cobrados; siente Efrencito angustia en el estómago; el alma de doña Quiteria se dilata, se escapa y vuela serena por las regiones del *Telémaco* y de *Matilde* o *Las Cruzadas*, libre de las estorbosas, fermentidas faldas mujeriles; en tanto que Lala,

fija en los balcones de las Valderramas, no acaba de enfurecerse al ver que ellas cumplen la consigna.

Tras la corneta, lento, vago, indefinido, ahora cercano, luego distante, preludia el himno herrado de la caballería. Cómo no; si antes de la marcha, si antes de la misa, la flamante oficialidad ha de lucir, sobre mulas y trotones, los kepis refulgentes, los botones que relumbran sobre el fondo sangriento, épico de la bayeta; si ha de ostentar, sobre el caucho mugriento de los zamarros, las espadas, si no flamígeras como las de guerreros celestiales, limpias sí y deslumbrantes y vírgenes. ¡Cuán bizarros y gallardos! Pasa éste y repasa por junto a los balcones de su amada; despídese aquél de la suya, entre ternezas y juramentos; dánles ellas, ya el escapulario bordado por sus manos, ora el relicario de que se despojan, cuándo la flor o la sortija del cabello; mientras las madres y esposas, doloridas si cobardes, serenas si espartanas, se asoman a las puertas, trasiegan por las esquinas, andarean por las tiendas, en atisba de hijos y maridos. Término de tales escarceos y expansiones fué el toque segundo de marcha y el primero de misa, que sonaron a un tiempo, cual si providencial coincidencia probase al orbe que guerra y religión eran una misma cosa. Así, al menos, creyólo don Efrén, y en ello, más que en los emblemas de la bandera aquella, vió el triunfo y la glorificación de la santa causa.

De las caballerías fuéronse apeando los jinetes, de la abigarrada turbamulta fué desapareciendo la nota roja, y la muchedumbre toda fuese concentrando hacia el atrio. Oyese el redoble acompasado de tambores, y por dos esquinas, por la puerta del Cabildo, uniformes, unísonas, surgen las tres compañías, como otras tantas enormes cientopies. Alineadas en doble fila cubren los tres lados de la plaza.

Pagado de la tropa estaba el instructor; aquellos labriegos que sólo habían sentido el humo de sus quemas y el disparo de sus cacerías, asumieron por milagro acaso, aire arrogante de militaría al ceñirse la blusa colorada, el emborlado gorro y la cartuchera; al agarrar aquellos carramplones que no pasaron de dígitas, esos fusiles de piedra que no alcanzaron a centena, las escopetas guagüeras de todo calibre y edad, las lanzas

que, como las águilas de Núñez, «eran más de doscientas.....»

Si Quiterita y las émulos de Phenelope tuvieran cien ojos, esos serían pocos para clavarlos en aquella cosa alta, larga, que ondeaba entre cuatro sargentos, entre cuatro bayonetas emboladas, emboladas con corchos para no rozar tanta riqueza y esplendor tanto. Destácase la escolta, avanza hacia el atrio, redoblan los tambores y estallan las cornetas; presentan el arma los soldados. Aparece en la puerta de la iglesia el padre Vera; brilla al sol el alba de calado; resaltan más agudas las puntas del bonete, y la gran capa pluvial, ancha, rígida, acampanada, se le antoja a Quiterita el áureo manto de Nuestra Señora de Atocha. Acerca el Sacristán la caldereta, toma Vera el hisopo, y..... en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, llueven sobre las bordaduras y tafetanes, sobre el asta, sobre el feliz abanderado los salobres goterones de agua bendita.

Enternecido, inspirado por la solemnidad de la ocasión, acaso por la angustia que hinche su alma, se desata el padrecito. Dejó que hablaran sus sentimientos y estuvo elocuente, conmovedor; y tanto mejor se produjo aquel corazón sencillo cuanto ni gramáticas ni retóricas le entraban.

Terminada la misa, y ya acuerteladas las compañías, oyóse el toque postrimero. Corren los Oficiales, acuden las ordenanzas, resuenan herraduras, estribos y arneses, y los soldados, con sus morrales de tategón morcilliforme, con sus gorros sobre los sombreros de caña, con sus chácaras mugrientas y repeladas, de cuyas orejas penden y se agitan las totumitas de *tarralí*, aparecen en formación. Alzase en el centro la bandera; agólpase el gentío: corre anhelante a la calle de la salida; suena la marcha, y el *Batallón Pío IX*, entre un *¡Viva Antioquia!* que resuena por los montes, va desfilando, desfilando. El son de las cornetas y los tambores se va extinguiendo, extinguiendo; corre por el pueblo aire de soledad y de tristeza; óyese el silencio y se siente una nostalgia extraña, la nostalgia de lo masculino, de lo guerrero. Suspiran las vivanderas; van regresando las campesinas a sus lares; siéntase Quiterita en la ventana, con la mirada en el vacío; sale Vera a desayunarse, y Casafús, ajeno, extraño al grande acontecimiento, sale a decir su misa como de ordinario.....

VI

Aunque hambreado, vacío de estómago, se le volvía aquel chocolate al padrecito Vera. ¿Cómo dudarle ya?

¡Casafús era rojo, lo que se llama rojo: un malvado, un hereje!

El párroco, esa alma limpia, olorosa a espliego y a romero, siempre había visto en Casafús un concentró de pureza y santidad, alumbrado por el temor de Dios; y he aquí que de improviso aquel vaso de nardo y cinamomo se le convierte en podredumbre, en negrura del Averno los divinos resplandores. Y el hálito pestífero y envenenado llega hasta él y lo malea, y, en su angustia, teme contaminarse, verse envuelto en las tinieblas. ¿Por qué no? ¿Quién era él para que Satanás no lo tentase? Si era ignorante y simple, si en su cabeza no cabían honduras teológicas, si cualquier lego se lo llevaba en cánones ¿podría por ello cantar victoria? Lucifer lo mismo enredaba a sabios que a ignorantes, y en el infierno bien podía haber tontos y carboneros. Acórdose, entonces, de un ejemplo del padre Jaén, y se le figuró el alma de Casafús algo como costal henchido de sierpes, de sapos y bichejas asquerosas que le ahogaban. ¡Ah, si hombre tan sabio volviera al buen camino, si Dios lo tocara con su gracia! Y aquí se arrodilló el padre Vera, y con la fe que atesoraban sus entrañas, pidió el regreso de aquel hijo pródigo. Con las preces vínole la calma y con la calma la persuasión: sí, eso era una prueba, solamente, una prueba para

él y para Casafús, una operación de la Providencia que él no podía ni intentaba comprender. Dios permitía a veces la caída de muchas almas, para alzarlas luego a las cumbres de la santidad: San Pablo, por ejemplo. Era eso a modo de resurrección y un sacerdote como aquél no podía malograrse: Dios lo quería para su gloria.

No volver, pues, a pensar más en eso, sino para pedirle a Dios la pronta resurrección de esa alma; no pensar en tomarle asco ni fastidio a Casafús, y preocuparse sólo del triunfo de la Iglesia.

Tal su propósito. Para cumplirlo no tenía que violentarse demasiado aquel corazón tan dulce. Salió, breviario en mano, a rezar el oficio, paseándose por los corredores, como tenía de costumbre; mas, después de persignarse, fué a prepararse con la jaculatoria *Domine labia mea aperies*, y, a tiempo de articular el «purifica mi corazón de todo vano, perverso y ajeno pensamiento» (digámoslo en castellano), se le coló muy adentro el diablillo del escrúpulo, y le dijo: «Pero, estando metido en las porquerías rojas ¿cómo ese hombre va a celebrar y a administrar sacramentos?» ¡Adiós rezo y paz de su alma! Tornó a su cuarto a desatar aquel nudo. ¡Demontres de churumbela! Otra como esa no le había caído ni le caería en su vida. ¿Echaría a Casafús de su cuarto? ¿Lo dejaría? Pero si no mandaba en él ¿cómo obrar? ¿Consultaría el caso con el Obispo? ¡Con buena churumbela iba a salirle a su Señoría! ¡Valiérale la Virgen con el enredo! Lo peor era que ni a Efrén ni a Quiterita podía mentarles ni una palabra del asunto, porque, él no sabía bien; pero los dos, de puro buenos y entusiastas por la religión, eran medio *sobaos* a ratos, y ponían las cosas en el último punto.

Por la tarde tenía fiebre. Mandó llamar a don Efrén, que era su médico. Voló éste, y detrasito, atraída por la novedad, misiá Quiteria, en persona, quien, asesorada por la señá Cobos, ama del cura, y por las sobrinas de Efrencito, se apresuró a conseguir, preparar y aplicar cuanto la ciencia había prescrito: plantillas, friega de aguardiente, tisana de cebada y el terrible remedio de la cigüeña.

Entre idas y venidas, afanes y carreras, repetía la señora, con aire de misterio:

«Lo va a matar el bendito padre Casafús.»

— A mí, que no me importa tanto, me tiene enferma.

— ¡Esto es espantoso!

— ¡Cállese la boca, Quiterita! — confirmaba don Efrén a cada nota.

Y por allá, junto a la forja, cuando ella y la pudibunda Lala verificaban la delicada operación de verter en el clásico guargüero la mixtura revolucionaria de aguamiel, sal y manteca, dijo la señora:

— Pueda ser que esto le valga, porque, si no, ¡se nos va el Señor Cura! Tiene delirio; dice Efrencito que es calentura inflamatoria ¡pero terrible! ¡Dios le perdone al padrecito Casafús!

— ¿Está, pues, muy malo, mi señá Quiteria? — pregunta la señá Cobos, sumamente asustada.

— Siempre está malo, porque la enfermedad es muy peligrosa.—Y volviéndose a Lala, agrega: —¿No le vió la cara esta mañana, cuando le habló a la tropa? Parecía un cadáver. ¡Ay, mijita! Es que esa ofensa a Dios en un sacerdote y ese apoyo a los enemigos de la religión!..... Esta pena va a matar al Señor Cura. Nicolás diz que les oyó la discusión en la sacristía: eso diz que fué horrible. Y él, como todo se lo traga.....

—¡No me diga nada, misiá Quiteria, que me dentra el temblor de la muerte! — dice Lala, con el pico fruncido y los ojos en blanco.

Inflamatoria o no la calentura, grave o leve el achaque, ello fué que el padre Vera amaneció peor al día siguiente. La noticia, transmitida por mil bocas, corrió por la parroquia y su jurisdicción con los caracteres de una calamidad pública.

Las mujeres que, en nuestros pueblos de la montaña, más que en cualquiera otra parte, juntan la caridad a la novelería, invadieron la casa del párroco, ansiosas de prestar sus servicios y de figurar como heroínas en aquella catástrofe. Pero misiá Quiteria tomó la palabra y la batuta, y a nadie se la largó. Desde luego que Casafús acudió de los primeros; y fué recibido por la señora y don Efrén con un silencio y una sequedad que

hubieran turbado y cohibido a otro. Pero él, no dándosele mucho ni poco de tales manifestaciones, examinó al enfermo, conversóle de todo como si tal cosa, y delante del médico y enfermera, con la frescura del mundo, declaró que todo ello era una simpleza, un derrame de bilis que se curaba con carbonatos, y que estaban alarmando al padre y al pueblo todo, con tantas alharacas y ganas de hacer el gran papel. Por fortuna que a Quiterita se le embargó la mano y se le pasmó la lengua con la rabia que le entró, que si no, hay allí quién sabe qué atropello contra el cuerpo sagrado de un sacerdote rojo.

Quien pagó el pato fué doña Milagros. Ido apenas Casafús, se le ocurrió apoyarle la declaratoria, en un discurso que dirigió en el corredor a diez o doce señoras. Quiterita, que desde adentro alcanza a oirla, sale, y, con plebeya grosería y arrogancia de magnate, le grita:

— ¡Quitá de aquí, leguleya, conservirroja! No necesitamos de tus instrucciones. ¡Andá donde tu padre Casafús a que te lea su *Diario de Cundinamarca* y sus libros de Bentham!

— No pretendo instruir a nadie — replica la apostrofada, con aire vehemente de seguridad — ni el padre Casafús lee obras de Bentham, ni periódicos liberales. ¡Quien haya dicho eso, lo calumnial!

— ¡Qué sabés vos si lee o no lee!

— Lo sé, me consta, lo puedo jurar ante Dios y ante los hombres. Conozco su biblioteca, libro por libro, y sé que no tiene obras de Bentham, ni de ningún autor prohibido.

— ¡Cómo no has de conocerla si te mantenés allá metida, soperiando!

— Por lo mismo, hablo con conocimiento de causa. Quisiera ir a su casa, Quiteria, para que habláramos de ciertos asuntos, y vería cuánto cambiaba de ideas sobre el padre Casafús.

— ¿Cambiar yo de ideas? ¿yo?..... ¿Y por enredos y mentiras tuyas?..... ¡Risa me da! No quiero que me instruyás, ni que pongás los pies en casa. Y ojalá no volvieras nunca a dirigirme la palabra.

— ¡Me excomulgás? ¿Me vomitás de tu boca? — exclama la Milagros, dejando ver sus dos hileras de dientes postizos. — ¡Gracias, Dios mío!

Y se arrodilla en medio corredor y, con voz y ademanes cómicos, de irónica unción entona el *Tedéum*. Sin terminarlo toma el portante murmurando versículos. Por lo pronto no comprende Quiterita; pero, no bien se hace cargo de la injuria, se dispara hasta la calle, en pos de la agresora. Mas ya Milagros ha doblado la esquina. Lo que le sale al paso es un brelán de ases: las cuatro Valderramonas, que van de baño, con los peines en el pelo, sendos atados bajo el brazo y unas vestimentas que parecían cumplir el mandato de Casafús.

Eran las representantes de la herejía piedragordeña sumamente zafias, ladinas y malcriadas; y tenían hebra cortada con misiá Quiteria desde mucho antes de la exaltación política. Así fué que, en cuanto la vieron, principiaron a guiñarse los ojos y a reirse a carcajadas. Una de ellas exclama:

— ¡Fo! ¡Sí que siento un hedor a conserva quemada!

— No, ole — agrega otra — es a religión rechinada. ¡Fo! ¡Fo! (Y se tapaban las narices con muchos ascos y aspavientos.)

— ¡Ah zambas!..... les grita Quiteria hecha un serpentón. ¡Diz que están muy triunfantes estas rojas sinvergüenzas! ¡Ah creídas! ¡Se han de quedar con las piernas juagadas!

— ¡Hoy sí, pues! — chilla la Valderrama número segundo, sin mirar a Quiterita. — Como que ameneció irritado el sargento Pipa, con toda la rellena que jincheron en el banquete.

— No la hurgués, ole Eucaris — replica otra — porque te ajusta una coz la mulita conservera.

— ¡Ah canalla! — aúlla Quiterita — yo les haré tapar la boca del Alcalde a estas sapas insoportables.

Y las señoritas Valderramas tiraron calle abajo, reventándose de risa, chancletín chancleteando.

No estalló Quiterita, porque en la tarde de ese día tan agitado y reñido tuvo su premio: llegó un expreso del Gobieron, con la nueva de haber triunfado en *Los Chancos* y no haber quedado guardia colombiana ni para semilla.

El Alcalde, que con la partida de la tropa había recobrado su prístino esplendor y la dignidad de Jefe civil y militar de aquella plaza, tuvo la gloria de leer, desde los balcones del Cabildo, el primer parte oficial y dar el primer viva; y, aunque

sólo había quedado una guarnición de «diez patojos, armados con palos de tabaco» (usurpándole la expresión a las Valderramas), esos diez valieron por ciento para victorear y echar cada *¡viva Antioquia!* que se fatigaban los ecos.

A los bramidos largó Quiterita el mando en casa del cura, y se descolgó hasta la plaza; y por más que el triunfo de su causa no fuera para ella ni sospechoso, embriagóse con tan hermosa realidad, y..... ¿dineros para qué os quiero? Se la hizo de cohetes: tres docenas mandó a comprar y que se los tirasen arreo, frente a la casa de las Valderramas, en las propias narices de esas zambas; se la hizo de pólvora para que dispararan los dos carramplones que en el parque habían quedado; y si no dió el aguardiente libre, fué por inadvertencia probablemente.

Mas no hay dicha cumplida en este indigno mundo: la de Quiterita tuvo su punto negro. Era el pensar que *El Batallón Pío IX*, iba a caso a devolverse sin haber entrado en lid; sin que aquella bandera esplendorosa se orease con los vapores de la sangre, ni con la humareda de la gloria; sin que fuera para el soldado de Cristo la tutelar enseña que le guiara en el combate! Y en esta hora y punto de su vida se estremeció el corazón de la matrona piedragordeña con ventolina de poesía y sentimentalismo, recargadita con los perfumes de «*El Evangelio en triunfos*».

Tornó a su enfermería, y, contra el deseo y la opinión del enfermo, designó a varias señoras de toda su confianza para que velasen por turno; y, en vista de tales aparatos e insistencia, hízole el párroco la propia pregunta que la señá Cobos. Contestóle ella negativamente, pero que, como necesitaba alimentos, o algún remedio, se quedarían las señoras, y con ellas Efrencito, para estar a la vela por si algo ocurriese; y que, de no hacerse así, ella no dormiría ni una pestañada con la intranquilidad. «Pues siempre tengo que estar muy malo», dijo como conclusión el padrecito.

Si lo estuvo o no, ni él lo supo. Casafús y la Milagros estuvieron siempre por la negativa; don Efrén, Quiterita y comparsa — que representaban la mayoría — se sostuvieron en sus trece.

Entre si me levanto o guardo cama, ajonjeado con las finezas de la señora, alegre a ratos con los comentarios del triunfo, a ratos triste por el asunto aquél, con buen sueño y regular apetito, pasó encamado obra de quince días, y como la iglesia y cura de almas, quedara en ese tiempo a cargo de Casafús, la piadosa dama vióse por esos días privada no solamente del cotidiano pan eucarístico, si que también del sacrificio incruento.

¿Cómo iba ella a recibir la gracia sacramental por ministerio de un sacerdote contrario a Jesucristo? ¿Cómo oírle sus misas? Si para los fieles fueron nulas las celebradas en otros tiempos por curas sometidos ¿cuánto y más no lo serían ahora esas misas sacrílegas en que oficiaba un hereje?

Tan lindo, así como lo decimos, no lo formulaba Quiterita, valga la verdad; pero esa era su idea, y, conforme lo pensaba lo sentía, o al revés, sin que le entrase el más leve escrupulillo, al llevarse por calle el primer mandamiento de su santa madre Iglesia.

Nostalgias de lo divino no podían faltarle en ese tiempo; mas no sintió arideces la señora: para las almas de Dios enamoradas y de El poseídas, no puede haber ausencia. Y Quiterita mediante la jaculatoria consagrada, poníase cada instante en presencia de su Amado; y, mediante esa otra que formuló el corazón ardiente de Agustín, recibía en el suyo el espíritu de Dios, ya que no también el cuerpo y la sangre, vedados ahora por su conciencia. Cuanto a su «misa espiritual», cóstanos de buena fuente que fué invención de Quiterita. Si está informado del espíritu teológico el tal invento, si puede autorizarse con ejemplos, no se nos alcanza. Cúmplenos sólo explicar cómo era esa misa.

A las seis, hora en que según sus cálculos debían celebrarse la mar de misas en el orbe católico, poníase en presencia de Dios, abría el devocionario, y, suponiéndose en cualquier iglesia conocida o imaginada, iba siguiendo el ordinario..... parejo con el Cura.

En la iglesia de Jesús de Marinilla pasaba la cosa con frecuencia, y en aquel lugar en que se siente el silencio, y en ese silencio en que Quiterita sentía a Dios, recogíase su espíritu

cual la llama mística del santuario en vaso de alabastro. Y decía la inventora que estas misas suyas le inspiraban más unción, le traían más hálitos del Cielo que las misas de verdad.

Al fin pudo decirla el padre Vera, al fin pudo trabajar en el confesonario; y aquella corza sedienta de los divinos manantiales corrió a saciarse; pero no se sació, porque al Cura, a quien el achaque que había dejado quebrantadillo y flojón, le produjeron tales mareos y sudadera las retahilas penitenciales de la dama, que tuvo que cortarlas precisamente cuando ella principiaba su paréntesis más sentido, fraseado y patético, su canto a Teresa como si dijéramos.

VII

Lo que fué para prédicas sí no estuvo Vera en mucho tiempo, por más que su fuego hélico-religioso ardiera y chisporroteara día por día. Tanta fué su inhabilidad oratoria en esas emergencias, que hasta San Miguel Arcangel, el santo de su nombre, y a quien él celebraba siempre con todo y exposición del Santísimo Sacramento, iba a quedarse sin que el tocayo le hiciera desde el púlpito ninguna carantoña, sin que le pidiera nuevo triunfo sobre el dragón infernal, armado, ahora más que siempre, contra la Iglesia. Se pasaría en silencio día tan propicio, como se había pasado el de las Mercedes, porque ni él suplicaría a Casafús que predicase, ni Casafús, en lo referente a petición, haría la cosa al derecho, máxime cuando iba a celebrar en misa cantada y enormemente larga.

Pero cátrate que a Casafús, sugestionado acaso por el introito de Maleta, que se alzó broncíneo y tremente coro arriba, éntrale de improviso, al terminar el Evangelio, ansia insólita de púlpito, y vase a él derecho, con ríspidos andares, ácido y avinagrado de rostro. Siéntese un rumor especial entre los fieles; angustias y recelosas se encuentran las miradas de Quiterita y la Milagros: cada cual vacila: teme ésta oír la nota sospechosa; teme aquélla no oirla. ¿Quién vencerá a quién? ¡Qué expectativa!

Murmura el padre los latines, tradúcelos en voz alta, y misiá Quiteria se yergue: «La paz os doy, la paz os dejo.» «Toda

autoridad viene de Dios.» «Debemos obedecer la autoridad, aunque sea díscola y mala.» Y principia.....

Fué como chorro de agua comprimida: ni una mención siquiera merecióle San Miguel; puso arriba, muy arriba el olivo de la paz; en las nubes, la obediencia a los Gobiernos y declaró la guerra como el triunfo supremo de Satanás. ¡Qué horror! Misiá Quiteria, congestionada por santo regocijo, ebria con la copa deliciosa del escándalo, salióse con Lala a los primeros envites. Si en don Efrén cupiera duda, hasta de Dios mismo hubiera dudado, al ver como aquel templo no se venía abajo; a la Milagros un trasudor le iba y otro le venía; al padre Vera le dió hipo, y las viejecitas Casafuses, sin entender bien lo que su hermano predicaba, acabaron llorando a moco y baba. Al salir de misa, se desbordaron las Valderramas en pleno atrio. ¡Qué sermón y qué ministro de Cristo: a éste sí le soplabá el Espíritu Santo!

Tal panegírico y tales panegiristas acabaron de convencer al pueblo, por si algo le faltaba; nadie dudó ya del liberalismo de Casafús.

Hora y media después reuníase en Sanhedrín misiá Quiteria, el señor Alcalde, el padre Vera y Efrencito. Resistíase el pobre párroco al corte de aquel nudo que los tres rabinos restantes proclamaban a una, como remedio único y salvador: la queja al Obispo.

Buscaba y rebuscaba en su magín algo menos violento y extremado, y más y más se confundía y ofuscaba, pues a cada recurso que pretendía exponer le dejaban aplastado. Efrencito ya agotaba su elocuencia, cuando misiá Quiteria, hecha un Cicerón y un Demóstenes, álzase de su banquetta y exclama:

— ¡Ni una palabra más, Efrencito! Ya hemos cumplido un deber de conciencia; pero, si el padre no quiere atendernos, no lo fastidíemos más. Medios podemos darle; pero voluntad no. Ya se lo hemos advertido: él sabrá. De los males que resulten, de las ofensas a Dios, ni usted ni yo, ni el señor Alcalde somos responsables. Camine, vámonos.

— ¡Pero, Quiterita, por los clavos de Cristo!....., ¡si yo no tengo cabeza! — exclama el párroco rascándose la, estregándose la, en el colmo de la angustia. ¡Si yo no le topo la comba

a esta churumbela! Y si me dejan solo me embedoyo más de lo que estoy. ¡Qué campaña esta!..... ¡Hijuepucha!

Y dejándose caer en la poltrona dió un resuello gordo, silbado, de cansancio y rendimiento..... y se rindió al cabo con armas y bagajes. Bajo precepto de santa obediencia, resignó en los tres todo el asunto. Por obedecer, por obedecer solamente terciaba Quiterita, que si no, ¿cuándo y cómo iba ella a meterse en tales incumbencias? Declarado esto por la dama, tomaron soleta puerta afuera, dejando al párroco amargo de boca y corazón, la cabeza como avispero alborotado.

Antes que el Alcalde y Efrencito partiesen a las perentorias diligencias del caso, brindólos la gran señora con media de Oporto que destapó al efecto y con dulces y pastas, remanentes del banquete. Y tal actividad y celo desplegaron estos dos cristianos, que veinticuatro horas después corría un expreso, camino de la capital, con pliegos para su Ilustrísima. Contenían ellos: una información sumaria, ante el Jefe municipal, por memorial del párroco, de la cual constaba, por la declaración unánime, idénticamente extendida en lo substancial, de cinco testigos presenciales y de lo más granado de la parroquia, que el Presbítero Pedro Nolasco Casafús «vertió en un sermón incendiario expresiones contra el Gobierno y contra nuestra sacrosanta religión». Item más: una nota remisoria firmada por Párroco y Alcalde, en la que Efrencito regó las dalias de su retórica y la perfumería toda de su saber teológico.

Cuatro días después le vino al acusado su merecido: una suspensión como una torre. ¡Esta si era la churumbela monstruo! Y Vera entró en torturas y en cuentas consigo mismo. Pues, señor: era un animal de cuatro patas. ¿Cómo no midió él las consecuencias de la queja? ¿Cómo se le pudo ocurrir que la cosa no pasaría de una raspa bien dura? Si él no debió ordenarse; si aun le olía, no dijera él la crisma de las órdenes, sino la que le pusieron en el bautismo; si era una bedoya y un alma de cántaro, si con él jugaban todos como si fuera un muñeco..... ¡Efrencito y Quiterita!..... ¡Sí eran muy buenos, efectivamente, y muy refinados en su partido; pero también eran muy canónigos e ideaban tanto! y lo habían vuelto taramba con tanta andrómína como sacaban de la cabeza. ¡Una suspen-

sión! ¡Y por su causa! Y el demontres de la prédica que él no pudo oír bien, por lo zombático que había quedado, y que tal vez no había entendido tampoco, aunque lo hubiera oído todo, y en su cabal juicio. Y la tal prédica ¿quién sabía bien en el pueblo si era cosa roja o impía? Esas cosas altas de religión no eran así no más para que las fuera entendiendo, así de pronto, y *máis más* el primero que las oyera. ¡Y ese malvado vicio que tenía Casafús de predicar esas cosas tan confusas! Pues, señor: si para predicar el Evangelio no se necesitaba tanto enredo. Y aquí entró el párroco a analizar los cinco testigos de la información, a quienes conocía de pe a pa; y, al fin y al cabo, juzgó que ninguno de ellos era capaz, ni con mucho, de sacarle la substancia ni el sentido al sermoncito aquél. Desde luego le chocaba eso de que Efrencito, único en el pueblo que alcanzara a tanto, no hubiera declarado. ¿Qué contendría eso? Si estaría sacando la brasa con la mano del gato. ¡María Santísima con el *laborinto*! Había hecho suspender un sacerdote sin comerlo ni beberlo; y, sin comerlo ni beberlo, se había echado a cuestras toda la responsabilidad: luego estaba en pecado mortal. Y esta sí no era con él.

Al momento mandó al negro Nicolás que le ensillara la mula y dijo que se iba a una confesión muy distante; en lo cual no mentía, pues iba a Mercedes, pueblo limítrofe, a cinco leguas de Piedragorda, en busca del Cura, para confesarse y consultarle el caso.

El cabalgar, que era su gran pasatiempo, el aire libre y la soledad de los campos que transitaba, los puntos de vista que disfrutó, serenaronle un algo los espíritus.

Entretanto en el pueblo corría el espanto. ¡Un sacerdote suspenso! La sola idea era para santiguarse; y aquel vecindario sencillo y rústico, vió en esto un hecho extraordinario precursor de castigos espantosos; vió en el padre Casafús algo como un réprobo; y todos, cual más, cual menos, sintieron por él una mezcla indecible de lástima y de horror. A la memoria de muchos viejos vinieron, entonces, las espeluznantes consejas de sacerdotes encerradosa pan y agua, por el Obispo Gómez Plata, en aquella torre de la Catedral de Antioquia. Engendradas acaso por estas leyendas del pasado, fuéronse esbozándose otras del

presente, por no decir del futuro, en torno de Casafús. Quiénes suponían que, después de excomulgarle y azotarle públicamente, le encerrarían en la torre aquella, aherrojado contra un poste, con cadena de presidario; quiénes aseguraban que pararía en la reclusión el pobre sacerdote; pero la versión más socorrida, la que tuvo más caracteres de actualidad y más sabor local, fué la urdida en la tenducha de Petrona, por un congreso de comadres. La trama esa tenía sus puntos romancescos:

Por allá, en la región selvática de Patiburrú, entre las espesuras abruptas de una cañada, corre, cubierto por la virgen espesura un arroyo de linfas cristalinas, donde se bañan las culebras y aplacan su sed los tigres y leones. *Guardasol* llámase el arroyo. Un peñón se le opuso, e «hizo valentía con su brazo»: rompiólo por el centro, formó en el interior mil bóvedas y laberintos, para resurgir luego violento y espumoso. Pues bien: a esas cavernas misteriosas, pobladas de murciélagos y bichos venenosos, iba a ser deportado por siempre jamás el pobre sacerdote.

Quiterita trinaba con tales invenciones. ¡Era mucha ignorancia y muy poca caridad! Ni torres, ni presidios, ni cavernas. ¿Estaba, acaso, el suspenso separado de la Iglesia? Bastaba que él se retractase, que abjurase de sus errores, por medio de una hoja volante, para tornar al pleno ejercicio de sus funciones.

Y, como el padre debía tener, después de suspendido, una cara muy extraña y peregrina, todos querían verle esa cara..... pero de lejitos; deseo que lograron muy pocos, porque él se retrajo en su casa en el mayor apartamiento, iba a misa muy de mañana, oíala en el rincón más escondido y volvía a casa cuando pudiera rescatarse de todas las miradas.

Muy otro regresó el padre Vera de su excursión a Mercedes. El Cura de esa parroquia, un viejecito achacoso, claro de cerebro y la bondad misma, le quitó los brincos de conciencia, y, poniéndole de manifiesto los inconvenientes de influencias y sugerencias de los amigos que obligan y de los sabios que convencen, exhortóle, bajo reato de conciencia, a que obrase en lo sucesivo por los dictados de la suya, en absoluta libertad.

Apenas desmontado de la mula, corre a casa de Casafús, y en cuanto le ve se le pone de rodillas y le dice:

— Vengo a que me perdonés, porque yo fui el que te acusé.

— ¡Levántese, padre Vera! La cosa no vale la pena — dice Casafús, con aire de ingenua sinceridad y mansedumbre, asiendo al párroco por un brazo. — Levántese que, en caso de haber culpa suya, yo no se la imputo, ni me doy por ofendido. Por lo tanto, nada tengo que perdonarle.

Vera, enternecido hasta las entrañas, se levanta; va a decir algo y las lágrimas se lo impiden. Repuesto al cabo, y después de encender su tabaco, dice:

— Hombre, Casafús: pa decite mi verdá, me ha pesado mucho. ¡Pero mucho! Yo sí creo que sos algo rojo y que tal vez saldrías con alguna pendejada en tu sermón; pero yo no tenía por qué irle con el cuento al señor Obispo, ni meterte en mal con él. Yo tampoco creí que él se calentara hasta el punto de suspenderte. Esto fué una churumbela que me resultó: ¡no faltó quien me hiciera ver que tenía que acusarte, y te acusé!

— Así lo he comprendido, padre. No necesita de hacerme ninguna protesta, ni disculparse conmigo: lo sé todo, sin que nadie me lo haya contado. Ya me suponía, de antemano, que mi silencio en el púlpito, sobre la guerra actual, iba a calificarse como hostilidad al Gobierno y como prueba de liberalismo. Desde mucho antes de mi sermón sobre la paz, vi las consecuencias, y siempre lo prediqué. Lo prediqué porque es el dictado de mi conciencia: siento que la paz es Dios y no la guerra, bajo ningún pretexto. Si esto ha de tomarse a liberalismo, si por eso me suspenden, que sea en buena hora: la conciencia no se puede cambiar como se cambia la sotana.

— Eso es muy verdá, hombre; pero tal vez fué imprudencia haber salido a estas horas con tus cuentos de obediencia a toda laya de Gobierno.

— Bien lo veo, padre: fué imprudencia ante los hombres; falta saber si es imprudencia ante Dios.

— ¿De modo — replica Vera, inundada de súbita alegría — que no sos rojo nada?

— Si por rojismo se entiende no predicar la guerra actual, soy rojo, y lo seré siempre, porque nunca predicaré ninguna guerra.

— Bueno, hombre. ¿Pero no es porque tengás ideas rojas, ni las apoyés?

— ¿Yo ideas rojas? ¿Yo apoyarlas? — prorrumpe con fuego el sacerdote. — ¡Ah, padre Vera, qué distante se halla usted de la verdad! Sé que los liberales filosóficos están contra la Iglesia católica; yo soy ministro de esta Iglesia y, por lo mismo, no puedo apoyarlos. Pero esto no obliga ni me autoriza siquiera a azuzar los católicos contra ellos. Los gólgotas — como lo dice la palabra — han proclamado siempre la ley de Jesucristo. Si la entienden mal, si disienten de los católicos, allá se las hayan con el Supremo Juez; pero de ninguna manera debo considerarlos como paganos.

Guerras de religión ha habido muchas, padre Vera; pero la sangre derramada en esas guerras, lejos de extinguir la herejía y el terror, los han exaltado más y más con el odio de secta: por diez herejes exterminados, ciento heredan la herejía y con la herejía el rencor. Es que las ideas no se acaban a cañonazos ni se propagan a bayoneta calada: los misioneros cristianos no usan más arma que su palabra: oponen la idea a la idea.

La Biblia registra infinidad de guerras mandadas por Jehová directamente; pero ya no estamos en los tiempos bíblicos, ni podemos regirnos por las leyes civiles de Moisés, ni tampoco ajustar nuestros hechos a los sucesos extraordinarios de un pueblo elegido por Dios. Siendo el pueblo escogido para propagar la ley divina y para que el Mesías naciera de su raza, Dios no podía dejarlo inerme, a merced de naciones guerreras y conquistadoras, porque entonces no se habría extendido la revelación, y la estirpe y nacionalidad de Cristo habrían quedado en duda, y no se habrían cumplido las profecías. Por esto en las guerras de los hebreos intervenía Dios.

Pero llegó la época de la gran revelación, vino Cristo, predicó a todo el mundo, murió por toda la humanidad, estableció la ley de gracia, y la guerra quedó abolida. De ahí en adelante Dios no quiere sino la paz, para que el mundo disfrute y se aproveche de la Redención. Todas las otras guerras de carácter religioso que ha habido en nuestra era, con excepción de Las Cruzadas, no las considero inspiradas por Dios, sino por ambiciones humanas o por espíritu nacional.

Ahora bien, padre Vera: la Iglesia de Cristo siempre ha tenido enemigos, porque así lo quiso El; pero no tengo noticia que ella se haya armado como beligerante, para defenderse, ni aun en tiempos de las mayores persecuciones. Y si ese fuera el espíritu de la Iglesia, el Santo Padre sería un Napoleón; los obispos, generales; los Seminarios, escuelas militares; cada curato, un batallón; cuarteles los templos y la vida una guerra hasta el día del juicio, porque lo que es nuestra religión, nunca se acabará.

(Todo este despo ríque era de pie, con mucho fuego y a toda oratoria.)

Y habiendo Casafús cesado un punto, para tomar aliento, metió baza el padre Vera, de este modo:

— Mirá, hombre Casafús: esas cosas me quedan a mí muy fundillonas. Pero así será, cuando vos lo decís. El consuelo que me queda es que no soy el único clérigo que se ha metido en estas calenturas de guerra: ¡todos se han metido hasta el pescuezo! Me he quitado un peso de encima, porque, aunque quede mal con el Obispo y en vergüenza pública, ya sé que no sos rojo ni apoyás a los impíos. Lo malo del cuento es que no lo hubieras dicho a tiempo. Pero vos ¡cuándo! con ese maldito vicio tuyo de callarte la boca, o de decir las cosas bien confusas y de meterle misterio y palabras bonitas a cualquier pendejada. Mirá: si desde el otro día, que te toqué el punto, me hubieras contestado sí o no como Cristo nos enseña, en lugar de calentarte; si en vez de aquel sermón tan entreverado de latines y tan trabajoso de entender, nos explicás que «la paz es don de Dios», como dice en *La Citolegia* ¡no haiga miedo que yo te hubiera acusado! ¿Pero qué? Te largaste como una tripa rota a echar enredos, y me enredates a mí, y enredates a todo el sitio: porque de rojo cachilargo no te rebajó nadie. Pero ¡todo tiene remedio en este mundo, menos la muerte! Hoy mismo le pongo un piñón al señor Obispo con una carta, contándole que me engañé, que no hay tal rojismo tuyo; y esta noche, en el rosario, se lo explico todo al pueblo.

— ¡No, padre Vera! — exclama Casafús todo alarmado. — Por lo que le debe a Dios no intente semejante cosa.

— Sí lo intento, porque te he quitado el crédito y tengo obligación de devolvértelo.

— No, mi padre: mi crédito, si es que me lo ha quitado con su acusación, tiene tiempo para devolvérmelo. Espérese unos días: su retractación, cuando apenas acaba de acusarme, es agregar un escándalo a otro escándalo, un conflicto a otro conflicto. Tenga en cuenta, padre, que hay de por medio cinco testigos jurados que abonan la acusación, cinco hombres de buena fe que van a resultar perjuros, y un sacerdote, incapaz de mentir, que va a pasar por iluso o por embustero.

— ¡Pues siempre dije mentira, aunque no pensé decirla!

— No, señor: no la dijo, porque eso era la verdad en el entendimiento suyo, y en el de los cinco testigos, aunque no lo es en la cosa entendida.

¡La cosa entendida!.... ¡Juú! Dejá tus bobadas: yo digo que me equivoqué.... ¡y san se acabó! Yo no soy mi Dios pa entenderlo todo por dentro y por fuera. ¡Barajo, hombre, que vos ni hacés las cosas al derecho ni las dejás hacer!

— No, señor: la suspensión de un sacerdote indigno nada vale ante males tan graves como los que usted va a ocasionar. Yo la recibo en penitencia de mis culpas y como castigo a mi vanidad de orador y de hombre ilustrado. Y esto ha estado muy bien, padre: quiere decir, que descanso unos días, que me doy asuetos.

— ¡Pero, hombre, por Dios! — le dice Vera, metiéndole los dedos en los ojos. — ¡Si estás pasando por un Lutero y por un Calvino!

— ¿Y eso qué importa, padre? «No eres mejor porque te alaben; ni peor porque te denigren: sólo eres lo que eres ante Dios», ha dicho Kempis.

— ¡Kempis! — dice Vera remedándolo. — Esos Kempis tuyos son los que te tienen relatando de memoria. Dejá tanto enredo y dejáme enmendar la plana.

— ¡Padre,—repone Casafús con aire reposado de imponente solemnidad. — ¿Usted me cree su amigo?

— ¡Cómo no he de creerte, hombre!

— Aunque suspenso e indigno, ¿me considera ministro de Jesucristo?

— Tengo que considerarte, aunque sos tan idiático.

— Pues bien, padre: no se desdiga ante el Obispo ni ante nadie. Como amigo se lo suplico, como sacerdote se lo ordeno.

— Bueno, hombre: si así me la ponés..... ¡adelante con la cruz que el muerto jiede! Y seguí vos tu rezo que yo me dentro a saludar a las niñas Casafuses.

Y colándose patio adentro llegó hasta la cocina, donde halló a las pobres viejas enperradas a moco tendido, por la centésima vez.

— ¡Ea, pues, mis hijitas! — les dice por vía de saludo. — Pongan la cazuela bien puesta que la cosa está pa eso. Yo también la pusiera parejo con ustedes, si no fuera tan feo un hombre llorando. Y pa que lo sepan de una, si acaso no lo saben, yo fuí el que acusé a Casafusito. Pero estoy muy arrepentido y muy contento, al mismo tiempo porque ya sé que no hay tal rojismo ni tal enredo.

— ¿No será nada rojo, padrecito? — exclama doña Estefa, que impuesta de todo y timorata como ella sola, ya veía para siempre perdida el alma de su hermano. — Como lo suspendieron..... yo pensé; ¡Bendito sea mi Dios! ¿Y si volverá ejercer?

— ¿Qué si volverá? ¡Puú! Apenas quiera él. Como es tan estrafalario en ocasiones, dice que es mejor esperar unos díftas; pero, como resultó inocente, la suspensión no vale. No se ofusquen más, que esto lo arreglamos muy prontico.

Y sacando una mochila que al efecto llevaba, díjole a doña Estefa con aire de misterio:

— Esto es unos realitos de mi compadre Casafús. Cuando se le acaben bien podés pedirme, que todavía le resto. Y cuidado con decirle nada, porque los coge y te los chirrea de un bolión.

— ¡No te lo decía, Eulalia! — exclama la anciana transportada, al recibir aquel dinero caído del Cielo. — ¡No te lo decía! Si Santa Ana no podía dejarnos en esta necesidad.

Y no se engañaba: limosna que así se vela y se ofrece, de lo alto viene.

No le oyó el párroco las efusiones a la viejecita, porque, sin más despedida ni ribete, tornó al cuarto del suspenso, quien le dijo:

— Bueno, mi padre: también le prohibo, como sacerdote, hablar con nadie una palabra de esta entrevista. No le hace que me crean impío y apóstata.

— ¡Prohibíme cuanto querás! Me ganátes con gabela y me tenés por debajo: mientras vos resultaste más blanco y más limpio que un corporal, yo resulté un puerco encenegao. Echáme, pues, cuchillo, que harto lo merezco. No chistaré, aunque me reviente. Y avisáme cuándo le carteo al señor Obispo.

Y salió muy persuadido de su pequeñez y suciedad, al par que satisfecho de este su primer paso en la vía del desagravio.

Las viejas, en el ínterin, contaban la mochila. ¡Caramba con Santa Ana para cachaca: cuarenta pesos! ¡Qué deslumbramiento aquél! ¿Cuándo soñaron ellas riqueza tanta? ¿Qué harían, qué acontecerían con ese dineral inagotable? Ante todo, reponerle los pantalones al hermano, esos pantalones que ya no resistían más remiendo; luego la mudita para las camas, que la pedían a gritos; y después..... después ¿por qué no realizarle a Maletica su sueño dorado? El pobre que les llevaba íntegro lo poco que le daban por el canto. Cuatro pesos más o menos, nada significaban en caudal tan enorme. Pues sí: le comprarían el acordeón.

Por ahí andaba la Petrona en la *manga* husmeando, por entre los palos de la talanquera que resguardaba aquel corral vacío.

VIII

Solo, recostado en su poltrona, rumiando las últimas complicaciones de su vida, hallábase el padre Vera, cuando oyó el ruido, tan familiar para él, de las alpargatas de Efrencito, y la figura langaruta del grande hombre se destacó en la puerta.

Qué de efusiones y de cariños: venía a saber qué era esa pérdida tan larga, y cómo le había ido en esa confesión de dos días. Pronto sacó el tema palpitante de la suspensión, y, aunque no era ningún adivino, bien comprendió desde el principio que el curita no estaba para comentarios ni explicaciones; por lo cual tuvo por conveniente volver la hoja y disertar sobre el pronto y definitivo triunfo de la religión. Y, a propósito de un artículo del último número de *El Repertorio Eclesiástico*, entraba en peliaguda disquisición, cuando las opulentas faldas de Quiterita se hicieron sentir, más rumorosas que de ordinario.

Esta sí que estaba alarmada con la tardanza. Y sin tanteos ni preámbulos, se fué despotricando, despotricando sobre la cuestión Casafús. ¡Había llorado tanto! Era tan triste ver a un sacerdote en ese estado. Le pedía a Dios con tanto empeño ablandase el corazón del impío, que, indudablemente, vendría una pública retractación: esa hoja suelta que caería por todas partes y apagaría el escándalo, como lluvia milagrosa. Casafús, de suyo tan terco, estaría ahora más que obcecado; pero Lala y ella y otras señoras tenían altos a San Agustín y San Pablo, y el camino de Damasco sería pronto emprendido, y Casafús,

golpeado por la gracia, vendría a tierra desde los lomos del caballo. (No hubo nada de *Telémaco*, a qué mentir.) ¡Pero, mientras tanto, qué ignominia y qué tribulación! Ignominia, ver cómo se congregaba en casa del suspenso, y cómo se hacía solidario con él todo el rojismo vil de la parroquia: las Valde-ramas, esas mujeronas disipadas; Milagros, esa dios Jano que con una cara miraba a Dios y con otra a Mosquera; aquel cojo Pino, que llevaba en la negrura de su entraña todo el Colegio del Rosario. Tribulación, ver en la miseria, tal vez con hambre a un sacerdote, a dos viejas achacosas y a un infeliz idiota, y no poder valerles; pues, mientras el impío no se retractase, incurría en grave falta quienquiera que le socorriese, porque con el socorro daba pábulo y galardón a la impiedad. No mediara esa incursión y con cuánto gusto remediaría ella las necesidades de esa familia. ¡Pero cómo? Ella no incurría.

Aquí iba la señora, cuando Vera le interrumpió con este exabrupto:

«¡Callá la boca, ala, que ya me tenés borracho con tanta pendejada!»

Efrencito, que le estudiaba rato hacía, no extrañó esta salida; mas la dama, que pensaba estar diciendo mil honduras y sabidurías, quedóse suspensa y corrida; mas luego se rehizo y murmuró con voz temblona y quejosa:

— Permítame, padre, que le diga que extraño mucho esas palabras en usted: ¿está tratando con una señora!

— ¡Y vos me permitís — repuso Vera con entereza y acritud inusitadas — que te diga que te entiendo todos tus enredos, y que estoy resuelto a no dejarme cabestriar más ni por vos, ni por Efrén ni por nadie!

¡Ya te conozco, pava!: todas esas cismas tuyas es que ya te pusieron en pico que le di un socorro a mi compadre Casafús, y venís a encargarme la conciencia. ¡Eso es todo! ¡Pero te pelaste! Sabé y entendé que pienso darle a mi compadre lo que me den ganas, y que estoy resuelto a no dejarme poner más cartilla de nadie. ¡De hoy en adelante haré lo que me parezca.... y nójese el que se nojare!

— ¡Yo no vine aquí a oír insultos! — dijo la matrona ace-sando y poniéndose en pie. — ¡Camine, Efrencito, vámonos!

— Me parece muy bueno — dijo el cura — que me dejen en paz, y que no vuelvan a perturbarme más con tantas calenturas y churumbelas.

Pero Quiterita no pudo, porque cayó en la tarima con el patatús. Voló Efrén a su casa y tornó con Lala y con botella de agua de Florida para fregar a la atacada. El párroco se paseaba por los corredores como si tal cosa. Recobrada la señora con tan buenos servicios, se levantó lloriqueando y, entre sollozo y gimoteo, exclamaba:

«Éstas son cosas de Milagros..... No tiene vida si no me hace algún mal.»

— Esta loca — dice el cura con aire entre enojado y amargo, siguiéndolos hasta el zaguán — nos va a enloquecer a todos. Ya se ve: ¿cómo no ha de creer que esto es obra de Milagros, si a mí me trae y me lleva y me zamarrea cualquier avistrujo, aunque sea un espantajo de vieja? ¡Pero ya se les acabó su muñeco! ¡Si quieren cabestriar, compren su burra!

Y misiá Quiteria, sostenida por tío y sobrina, salió echa una Magdalena.

Como en las aldeas se sabe donde pone la garza y como las Valderramas eran muy capaces de descubrir lo que pasara en Londres, si allí vivieran, la anterior escena, adornada de circunstancias descomunales, como la de azotaina, por ejemplo, les dió tema a las tales y al cojo Pino, para un famoso trisagio, en loor de Quiterita, Lala y don Efrén, cuyos gozos principiaban así:

El chirrión del padre Vera,
Con que amansa sus potrancas,
Se oyó crujir en las ancas
De «la mula conservera».
Para que de esta manera
Los rojos tengan su encanto.

*Juan Pino y las Valderramas
Gozan tanto, tanto.*

Para que Quiterita conociera obra tan inspirada, no tuvieron sus autores más que tirarla por la ventana de Lala, a quien

le faltó tiempo para llevarla a su destino, hecha un mar de lágrimas.

Ni a don Efrén ni a la gran señora se les hizo extraña la ocurrencia. Este y muchos mayores sacrilegios aun tenían que resultar en ese pueblo donde se apoyaba la impiedad y eran rechazados los servidores de la religión. Hoy era con el trisagio, mañana sería con la misa, pasado con el Santísimo Sacramento, y todo a cargo de los conservirrojos, más dañinos a Dios y al Gobierno, que los sapos mismos. ¡Santa Milagros Lobo y San Ramón María Vera debían estar qué contentos de sus servicios a Dios!

A misiá Quiteria le acometió tal nostalgia de conservatismo puro, que a Marinilla fué a dar al día siguiente.

Allí recibió oxígeno durante una semana.

IX

A todo esto el padre Vera se sentía muy mal: con frecuencia le sobrevenían palpitaciones y fatigas, desvanecimientos y opresiones. Achacábalo todo al mucho trabajo del confesonario, que siempre le había fatigado demasiado.

Un día, a tiempo de revestirse para la misa, le acometió un vértigo, y no cayó redondo porque el negro Nicolás acertó a sostenerlo y a sentarlo en una silla. Llevado a la casa inmediatamente, acudió el pueblo, y en esta vez sí declararon Casafús y la Milagros que la cosa iba de veras. Don Efrén y Quiterita, reacios al principio, acudieron por la noche un tanto cohibidos y cautelosos; y es tal la fuerza de las circunstancias, que, al fin y al cabo, entraron en concilio con Lutero y la conser-virroja.

Y no en vano: la gran dama lanzó la idea de pedir al punto médico a Medellín, idea que fué aprobada por aclamación y puesta en práctica desde esa misma noche. Dióse con esto la señora por rehabilitada ante sí misma, ante don Efrén y ante el mundo entero, y principió a obrar. Estaba pletórica. Privada en esos días del ruido y aparatos que le eran necesarios a su vanidad y a sus actividades de mujer vehemente apasionada, sintió tal gusto y reblandecimiento de corazón, al recuperar la privanza en el curato y su prestigio en el pueblo, que se excedió a sí misma. Aun ignoraba el mundo las represalias de un alma grande; pues ahora lo sabría. Y el padre Vera ¿qué

hizo el pobrecito? Pues enternecerse hasta las entrañas y pedirle perdón, entre lágrimas y suspiros. Cuando llegó el médico, todo corría por cuenta de la gran señora.

¡Y qué malo le pareció el enfermo! Era una hidropesía de pecho que se lo alzaba en vilo. Si por milagro escapaba del ataque, era preciso tierra caliente, muy caliente, para mejorar y prolongar la vida nada más, porque curar de eso era imposible. ¿Milagro dijiste? Y principiaron los memoriales de Quiterita ante la corte celestial. A falta de cura que pidiese, estableció en el Templo un coro diurno, alternativo y permanente de mujeres que, postradas ante San Roque, Nuestra Señora de la Cueva y San Blas, pedían y pedían, entre los incendios de velas, costeadas por la señora. Consigna sine qua non era pedir, al par que la mejora del curita, le reemplazase uno muy virtuoso y muy amoldado a los tiempos calamitosos que corrían.

Todo se lo oyeron los santos a misiá Quiteria: a la semana siguiente llegó al pueblo, en calidad de interino, el padre Abad, un pico de oro, un alma inmensa, inflamada por el fuego sacro del conservatismo y del odio a la impiedad. Y veinte días después, bajo muy buenos auspicios y entre los rigores del invierno, partía Vera para la ciudad de Antioquia, en compañía de la señá Cobos, el negro Nicolás y la sobrina más vieja de don Efrén, quien la ofreció como asistenta y señora de honor. Quedó éste encargado de los haberes del párroco, y de suministrar a las viejecitas Casafuses lo que le pidiesen.

Cura nuevo y era nueva, una misma cosa son en las aldeas. La era de Abad se iniciaba solemne e imponente, con notas y perfiles nunca sospechados en el pueblo.

Todos los arcanos, el engranaje entero del poblachón los supo al instante, cual si leyera en los corazones. Era un sacerdote, imponente, de efectos admirables, de audacias casi regias. A la primera homilía apostrofa a los fríos y *oliscados*, y a cuatro señorones, tachados de tales máculas, les interroga en plena misa, les enreda, y allí mismo les hace confesar que el liberalismo está contra la Iglesia, y que no se puede ser liberal y católico a un mismo tiempo. Otra vez, a la entrada de las Valderramas, sale al presbiterio y dice que si en el templo hay alguna «sacerdotisa del error», alguna «parodiadora sacrí-

lega de oraciones», se salga al punto. El cojo Pino no vuelve a reirse de las beatas; las viejitas Casafuses entran temblorosas a la iglesia; le acometen recelos a la propia doña Milagros; sólo el suspenso permanece inmutable en el rincón elegido. Quiterita cree soñar. Se le figura el padre Abad un producto de su cerebro y de su corazón.

Pasa esto a fines de Octubre. El ardor político, lejos de amenguar, se encona más y más. *Los Chancos*, ya indiscutibles, son el ultraje que piden el pronto castigo. Todos lo esperan de un momento a otro. Sólo Lala, que no pierde ripio de las intimidaciones valderramescas, vacila por momentos.

X

Doña Milagros, a todo esto, suda y se enflaquece y se le pronuncian las orejas. No es que tema triunfos ni derrotas, es que está presenciando, sin poderlo remediar, el proceso del hambre. Maleta ha sido destituido del coro: se ha declarado rojo, deschabetadamente rojo, y la Iglesia no admite liberales en su seno. La señora, enterada de las disposiciones del Padre Vera, ha ocurrido a Efrencito en demanda del socorro para los Casafuses; pero Efrencito le ha declarado no haber recibido orden sobre el particular. Ha escrito a Vera y no ha obtenido respuesta. Ella misma se ve y se desea para sostener a su anciano padre, tullido hace trece años. El cojo Pino está para que le socorran; para que las socorran están las Valderramas. Ha implorado con tres o cuatro conservadores tibios, con más de un oliscado y..... todos incurren. La situación no cesa ni cesar puede, porque Casafús — lo ha declarado terminantemente — no se retracta, porque no tiene de qué, no se explica, porque no quieren entenderlo; no pide nada al superior, porque quiere padecer, porque necesita el padecimiento. Y Milagros se ofusca, no sabiendo si es un santo sublime o un loco rematado. Su misma adhesión a la Iglesia, con ser tan honda y entrañable, vacila por momentos, al pensar si ese castigo de la suspensión causará mayores males que la falta castigada. Cuanto a aquel liberalismo escandaloso del suspenso, sí que duda. Muy tonta debe de ser, cuando nunca le notó nada que fuese contrario

a la Iglesia, cuando no tradujo el sermón aquel por herejía, ni ahora ni cuando lo oyó. Y en este punto y consideración, manda a sus sentimientos que se callen, porque siente que se sublevan; manda a su memoria no ate cabos sobre Quiterita y don Efrén, sobre el mismo padre Vera, a quien, si le sobra la candidez de la paloma, le falta en absoluto la astucia de la serpiente. Prohíbe a sus potencias que analicen estos particulares; pero los hechos se le imponen, y, contra su querer, la luz de la verdad entra en su alma. Ella, que siempre tuvo libertad de conciencia y criterio propio, se halla ahora enredada en mil sutilezas y contradicciones, no queriendo dar crédito a su íntimo dictamen y no pudiendo conseguirlo. Todo esto la tiene un tanto retraída del comercio humano.

En cuanto a que se incurra en falta por socorrer a Casafús y su familia, sí que no lo cree ella aunque se lo prediquen capuchinos descalzos: algo le grita adentro que esto es falso, falsísimo. Ha tratado de sostener esta idea, y se ha granjeado disgustos, se ha enajenado amistades; mas por ello no puede vacilar: si no viera en esto tan claro como ve, dudara de la caridad de Jesucristo. Y, sin embargo, ¿cómo ejercerla? Consuelo y compañía cuantas quisiese la infeliz familia. Pero no se trataba de consuelos, sí del miserable pan material, que ella, en su pobreza, no podía suministrar. En el pueblo siempre había habido la mendicidad vagabunda que imploraba de puerta en puerta; pero nunca estos pobrecitos de media y zapato que perecían de hambre, antes que rebelarse. Por eso en el pueblo no consideraban esta miseria, ni la concebían siquiera, tal vez ni la creían posible en familia de sacerdote. Quiterita era rica y desprendida; pero salirle con la embajada era tanto como herirla en su fibra más delicada: su opinión manifiesta y sostenida. Ni por mano de ella daría un cuadrante; ni era fácil valerse de segunda persona, e imposible ocultarle el nombre de los menesterosos. Otras gentes, si eran ricas o acomodadas, no estaban para extras; bien lo sabía ella que conocía más que nadie la roña y mezquindad de nuestros pueblos. Por tanto, su idea de suscripción, era un disparate, bien fuese diaria, hebdomadaria o mensual. Y en los tres o cuatro reales que ella recogía de cuartillo en cuartillo, a trueque de des-

brimientos y malas caras, entraba más el diablo que Dios, toda vez que ella sacaba pecadillos de estas peticiones y se los hacía cometer a los demás.

Y los puertos se le cerraban. Verdad que los domingos, salían señoras al mercado a recoger limosnas en especias, para los pobres del Corazón de Jesús; verdad que tan piadosa hermandad prefería, sobre todas, la pobreza vergonzante; pero ¿cómo pensar en auxilio del Sagrado Corazón, cuando Quiterita era la Presidenta? Y esto sí que le parecía a la Milagros, cruel sarcasmo de la caridad.

Y ella, ¿qué era lo que podía suministrarle a esa gente? Carne no, porque de cuatro libras que podía comprar en la semana, tres y tres cuartos eran para el pobre anciano; cacao tampoco, porque, a causa de la guerra, estaba a ocho pesos; y ni panela por esto, y ni huevos por lo otro.... En fin, que cuanto podía darles semanalmente era una pucha de maíz y un puño de frijol. Con esto y con el guineo y las arracachas que ella cultivaba en su huerta, ¿podrían vivir aquellos tres viejos quebrantados y flacuchentos? Maleta, el cesante Maleta, tenía al menos el arte de *velar*, de pedir con las miradas, y tal cual vez lograba sus hartazgos. Pero ¿y los otros? Con ella solamente se franqueaban las viejecitas. Las encontraba siempre frías y temblorosas: la una se quejaba de dolores de cabeza, la otra de vientos encajados. Era la ausencia del chocolate en esos estómagos desjugados, era tanta mancha de guineo, tanto tarugo de arracacha. El padre..... ¡pobre padre! Todo lo hallaba a maravilla, y, mientras más engañoso y mezquino el condumio, más contento se ponía. ¿Si sería loco de veras el padre Casafús? ¿Loco un hombre que así se despreciaba, que era humilde hasta ese extremo? Y, sin embargo, el padre Abad decía con frecuencia, que Casafús tenía la soberbia de Luzbel..... Tampoco le entraba esto a la Milagros; razones poderosas le asistirían al sacerdote para no explicarse; tal vez el deseo de mortificarse, acaso el temor de rebajarse ante su conciencia de hombre sufrido; en fin, cualquier causa, que ella no alcanzaba; pero soberbia..... ¡jamás! ¿Soberbio Casafús? ¿Un hombre que ponía a la mesa y se comía esos plátanos, como si fueran opíparo festín?

Y la buena señora se confundía.

Más que de la miseria de esa gente, tenía obsesión de guineos y arracachas. En su angustia y compasión, llegaron hasta serle antipáticos. Llegó un día, sin embargo, en que la misma pobre platanera se vió sin un vástago, y otro en que del arracachal no quedara sino el recuerdo. Comamos viento, se dijo entonces la Milagros, y quiso partir con los Casafuses el sustento pero este milagro sólo lo hizo Jesucristo. Cuanto sacó, fué que al anciano paralítico y a ella misma les alcanzara el hambre, ese hambre que enfría el cuerpo y abate el espíritu.

Sacaba la vieja su escaso pan, no digamos de una panadería — que el vocablo es muy grande para el caso — sino de un amasijo ratero de aldea; e ingeniándose la pobre, el modo de crearle a los Casafuses algún recurso, ocurriósele dedicarles semanalmente una hornada extraordinaria de bizcochuelos, gaje supremo de su industria. Principió la ganga con un batido que parecía cosa de ángeles. Pues, señor: hasta en el horno mismo perseguía la desgracia a esa gente; aquellos bizcochuelos resultaron con una *suela* enorme y se perdieron por completo. No intentó segunda hornada: tomó tabaco para que las viejecitas lo doblasen, y a pesar de sus industrias, consejos y ayuda, no sacaron el principal. ¡Ni para el llanto de las infelices!

Dejóse de industria y se acogió al crédito; les fió ante un carnicero y ante Petrona, y cuando iba la cuenta en quince pesos, le exigieron el pago y la amenazaron con demanda. En tal aprieto no tuvo más remedio que hacer un descalabro en las joyitas que guardaba para el entierro de su padre. La gargantilla de uchucas, que su madre luciera en «bailes de voladores y música seria», fué cambiada al peso. Con los veintiséis de su importe cubrió el crédito, y el resto se lo endosó de un boleo a las viejecitas, para que compraran otro acordeón, si les daba su real gana. ¿Qué otras eran las buenas obras sino calaveradas enormes? No hubo en esta vez acordeón ni instrumento alguno; pero sí parvidades de carne y chocolate tres veces al día. ¡Lo que les duró aquello!

Entonces la Milagros se deshabetó: paladinamente, incurriera la gente o no incurriera, imploró para la familia del

suspenseo el grano de sal y la *tabla* y «el cuarto de dulce» y la arepa.

Tragando mucha hiel, estomacándose con las cuchufletas que se le quedaban adentro, al ver adulterado el espíritu cristiano con la política lugareña, al descubrir tanto perecido de roña, logró tener en pie a aquellos pobres cuerpos unas semanas más.

Tamaña miseria pareciale el ápice del colmo. Mas no había tal: después vino lo bueno.

Sucedió que Quiterita, por uno de esos rasgos fastuosos y exagerados, tan propios de su caracter — o acaso porque no hallase otro medio de hacer ruido y de dar porrazo — determinó echar la voltereta de una manera regia. Y fué y arregló uno como banquete; lo puso con todo y vino, desde la sopa hasta el café, en dos cajones muy grandes, con muchos alemaniscos y mucha cristalería; y, a la cabeza de Petrona y a la otra mulata, lo envió a los Casafuses, con un recado amabilísimo. Pasmadas de gratitud y de vergüenza se quedan las dos viejas con tan espléndido regalo. A Maleta se le alegró todo el mondongo, y exclama transportado:

— ¡Vean la gallina! ¡Pero no' estaba gorda di a nada, María Santísima! Tanté que yo soñé dormido comiéndome un' entera yo solo.

— Pues le salió el sueño, niño Rosendito — dice la lagarta de Petrona muy insinuante y aduladora.

— Como que más bien sí.

A los aspavientos del infeliz idiota, aparece, larga y sombría, envuelta en caracol de calamaco, la escuálida figura del padre Casafús.

«¿Quién manda eso?» — pregunta imperativo. Y al oír el nombre de la obsequiante, exclama fuera de sí: ¡No! ¡No! ¡Eso no!

Y estremecido, desatentado, corre a la calle; ve a la negra Brígida, que pasa con olla enorme de aguamasa, y se le aboca; quítale la vacía y la derrama; salta a la casa y, a dos manos, empecinado, frenético, un chisguete aquí, un choque acullá, vierte, arroja, revuelve en el ollón las botellas, los líquidos, los sólidos de la gran comida. Torna a la calle; devuelve a la

dueña su cacharro, y le dice con mueca sonreída: «Toma para que llenes a tus negritos.» Entrase en seguida; dirígese a Petrona, y, casi afónico, murmura: «Dile a tu señora que Dios le pagará.» Toman las sirvientas los revolcados trebejos y salen aterradas.

A doña Estefa se le aguzan las dolencias, Eulalia lloriquea, se sienta el sacerdote, los tres enmudecen; pero Maleta se desfoga en perrera de chiquillo.

— ¡Tanté dáselo toíto! — plañe sollozante — ¡Y'uno con tanta gana de presa y de gallina!..... ¡Uno que no preba más que plántano a tod'hora! ¡Tanté plántano!

— ¡Calla, Rosendo — exclama Casafús — y vete a tocar tu acordeón!

— ¡Tanté acordeón!..... ¡Vusté'stá descomulgao! Y, mediante una de esas transiciones tan violentas como insanas de los idiotas, se encara con el sacerdote y le grita con voz atronadora:

— ¡Descomulgao! ¡Cura descomulgao!

Saltan las dos ancianas electrizadas por aquel grito de horror. En boca de Maleta, se les antoja a ambas algo como maldición divina por ministerio de un párvulo.

— ¡Calla, imbécil! — ruge Casafús desfigurado, saltando de la silla como una fiera — ¡calla miserable..... o te mato!

Lanzadas por el espanto, a grito herido, se arrojan sobre Maleta para protegerlo. Forcejea, las rechaza, derriba a la una, y se flecha a la calle bramando:

¡Descomulgao! ¡Descomulgao! ¡Descomulgao!

XI

Terminó Noviembre con sus días sin sol y sus noches diluviales; pasó un Diciembre sin aguinaldos, sin pesebres, con una nochebuena desolada, henchida de presentimientos; vino un año nuevo sin promesas, y la guerra en su auge: todos los días un triunfo..... pero no se acababa de triunfar.

En el alma de Quiterita soplaban ya hálitos de sospecha. Las Valderramas, cada vez más encenegadas en su fétido sapismo, echaron segunda edición del trisagio, aumentado con el escándalo de la comida rechazada. El padre Abad prohibió la obra y cualesquiera otras que escribiesen las Valderramas, bajo la pena severísima de levantar del confesonario a quien las leyese, propagase o comentase. Las autoras, al verse incluídas en el índice, se creyeron unas Jorge Sanes. El cojo Pino, temeroso — según dijo — de que le negaran la absolución, salióse al campo. La sobrina de Efrencito escribía muy alarmada con la situación del padre Vera: de la hidropesía parecía mejorar; pero estaba «elemento, elemento». Su administrador mostróse inconsolable con la nueva.

Entre tanto ¿qué era de Milagros y sus protegidos? Ni para contado.

Con el rechazo del obsequio aquel habíanse puesto en evidencia la soberbia satánica del Lutero y su atroz odio a los servidores de la Iglesia; la leyenda de Patiburrú renovóse más tétrica y espantable; y ya Milagros no tuvo el colete de mendi-

gar de casa en casa. No sabía, no se explicaba, cómo los tres Casafuses viejos estaban vivos; pues lo que era Meletica hallábase en sus glorias: Quiterita, conmovida en lo más profundo y delicado de su caridad, con el escándalo del idiota, túvolo desde entonces a su mesa, y varias veces le realizó el sueño de la gallina entera. «¡Qué matrona!» decía don Efrén.

Milagros en su misma compasión a los Casafuses, en fuerza de las mismas apuradas circunstancias, creía perdida su imparcialidad para apreciar los acontecimientos, y hasta se le suponía en ocasiones hallarse ella misma contaminada, no de liberalismo herético, sino de algo peor: de un espíritu de protesta y rebeldía, que le hacía dudar de virtudes excelsas por todos proclamadas, que le obligaba a regatear méritos que nadie discutía y a no admitir, en su fuero interno, «el estilo nuevo para ser buen cristiano, que se estaba usando». No era ilustrada, bien lo sabía ella; pero sí inteligente. ¿Cómo negárselo a sí misma, cómo desconocerlo? Trató de estudiarse en sus nuevos sentimientos, y no encontrando nada que le oliese a envidia, ocurriósele que podría ser soberbia, soberbia de la mala, de esa que le achacaban al padre Casafús. Siempre se había sentido libre de conciencia, y lo era en efecto; mas en esta vez tuvo por conveniente irse ante el padre Abad en son de consulta, y fué tal la indignación del sacerdote que casi la trata como a lectora del trisagio.

Del confesonario fuese derecho al suspenso, a suplicarle por la vez última, se explicara por medio de la hoja. ¡Y cuál se puso él!

«¡Retírate, mujer estúpida e insensata», fué su ultimátum.

Vuelta a su casa, se dijo la Milagros: «Puesto que soy insensata obremos como tal. Intentaré al menos el último esfuerzo.»

Y a la obra. Va al gato para el entierro; saca los zarcillos de lámpara y el rosario de filigrana, y los empeña en veintiséis pesos. Con el mayor sigilo alquila un caballejo y un chucuelo que le sirva de escudero; busca quien le acompañe a su padre, arregla una muda, les deja tres pesos a las Casafuses y, al amanecer del día siguiente, sin que nadie lo sospeche en el villorrio, emprende viaje.

Treinta horas después se apropinca a Medellín. En las

afueras de la ciudad, casa de unos conocidos suyos, deja a buen recaudo caballería y espolique. A las ocho de la mañana golpea en la puerta de una vieja amiga, señora muy renombrada por sus virtudes. Pasadas las primeras efusiones, le dice: «Vengo a que me des posada por uno o dos días y a que me ayudes en una obra de caridad.»

A las doce hallábanse las dos ante Monseñor el Obispo de la Diócesis. Su Ilustrísima que era director espiritual de la señora medellinense y que de tiempo atrás, cuando aun era cura de pueblo, conocía a la Milagros y le reía las salidas y jovialidades, las recibió con cuanta llaneza cabe entre damas piadosas y Prelado antioqueño.

Sin ambages, con la seguridad de quien pide en justicia y por deber, expúsole Milagros su demanda, pintando la miseria y la humillación de las Casafuses.

Prestóle el Prelado benévola atención, y dijo al cabo:

Te alabamos tus intenciones; pero no podemos, por ahora, concederte lo que nos pides. Muy doloroso nos ha sido la suspensión de Casafús; pero estábamos en el deber de decretarla. La miseria de él y su familia son consecuencias de la falta. Esto puede remediarse: la suspensión si no podemos levantarla, mientras él no haga un acto público de desagravio y abjure de sus errores.

— Y si él no cree, Su Señoría, haber sostenido errores — se atreve a replicar doña Milagros — ¿sí estará, en conciencia, obligado a retractarse?

— Casafús no puede creerlo así — dice el Prelado con aire severo de autoridad — porque es un sacerdote demasiado ilustrado para ignorar las ideas que condenan la Iglesia. Esto es su mayor agravante. No podemos levantarle la suspensión. La fe es un tesoro que estamos obligados a custodiar, hoy más que nunca; y, como pastores, no podemos permitir que nadie, ni mucho menos un sacerdote, nos menoscabe ese tesoro.

— Así es, Su Señoría — repone la abogada, asustando a su compañera. — Pero la caridad también es un tesoro, y se está menoscabando: hay gente con hambre y nadie quiere socorrerla porque creen hacer mal.

— No dejas de tener razón — dice Su Ilustrísima, sonreído

con la réplica. — Pero este menoscabo puede resarcirse, sin faltar a ley alguna. Haremos para que se socorra a esa familia. Te lo prometo.

Y, como quien da por terminada la consulta e insinúa la despedida del consultante, dirígese a la otra señora, con cualquier pregunta de fórmula.

Ellas se levantan, y la Milagros con chancera prosopopeya, mucho visaje e inflamamiento de narices, exclama:

— Sí, despedámonos: Su Señoría, cual otro Coriolano, no se deja seducir por las matronas romanas.

Rióse el Prelado muy sinceramente y, con gorja patriarcal, le dice a la dama medellinense:

— ¡Esta!.... Es tan sumamente bachillera que, si me descuido, es capaz de citarme toda la historia. Si no fuera que le conozco todas sus marrullas. Siempre ha sido malvada y metida en todo. Y no se compone. ¡Mala gente, mi señora!

(Aquí, despedida, besada de anillo y reiteramiento de la promesa.)

Al otro día, después de misa de ocho, Milagros, sola, en Palacio. Sabe por el familiar, que Su Ilustrísima está en el despacho con el Secretario. No consulta, no pide audiencia, no permite que la anuncien: se cuele de rondon. Hace el saludo de rúbrica al Prelado, una reverencia al Secretario, y dice:

— Soy como la Cananea y vuelvo a importunar a Su Señoría.

— ¡Ahora sí! — exclama Monseñor. — ¡Se complicó la cosa! ¿Con qué otra demanda vendrá ahora la matrona romana?

Y, dirigiéndose al Secretario, agrega, por vía de presentación:

— Esta es la tal Milagros Lobo, la abogada de Casafús. Tiene más leyes que un concilio.

— Una inútil servidora — dice ella, saludando al sacerdote.

Los tres toman asiento. Milagros comprende que el trabajo en que se ocupan no es perentorio y que Su Señoría se halla en disposición favorable.

Tanto lo está, que, sabiendo de años atrás que Milagros, como buena hembra, no los confesaba, se le ocurre darle bromas por este lado, y le dice al Secretario:

— ¡Aquí donde la ven, fué confirmada, ya vieja, por el señor Garnica! ¡Pero nadie ha podido sacarle los años! Se va a ir a la tumba con el secreto. A ver: confiésalos siquiera una vez. ¿Cuántos tienes?

— No, Su Señoría — contesta ella, haciéndose la azorada. — Esa pregunta no se le hace a una mujer que acaba de comulgar. Prelado y Secretario celebráronle la respuesta, y Milagros dice luego:

— Su Señoría quiere atajarme, para que no pida; pero vengo resuelta a pedir. Hace un momento, al recibir a Dios, le he pedido que hable a mi alma, y..... creo que ha hablado. Me ha dicho que vuelva donde Su Señoría; que le hable con franqueza; que se lo cuente todo; que le implore justicia para un sacerdote inocente. ¿Por qué no ha de pedir por un Ministro de Jesucristo una pobre vieja? Le suplico a Su Señoría me oiga un instante.

— Habla — dice Su Ilustrísima, con aire de indulgencia.

— ¿Me cree Su Señoría capaz de mentirle? ¿Me cree capaz de juzgar la conducta del padre Casafús y la del padre Vera?

— Te creo incapaz de mentir; pero puedes engañarte.

— Soy mujer, Su Señoría, y las mujeres solemos engañarnos nosotras mismas: creemos muchas veces, no lo que son las cosas realmente, sino lo que queremos que sean. Sin embargo, en esta vez me tengo confianza: en mi conciencia, el padre Casafús es inocente. ¡Podría jurarlo aquí y en el tribunal de Dios! Se le acusa de ideas anticatólicas, y me consta que no las tiene; se dice que en un sermón se declaró contra la Iglesia: yo oí ese sermón, yo lo oí con mucha atención..... y no deduje eso. Por muy torpe y simple que sea, algo debí comprender en este sentido. Tal vez los textos de aquel sermón pudieran alarmar a algunas personas, en las circunstancias actuales: pero en el desarrollo nada oí, nada entendí que me pareciera contrario a la fe y a la religión.

— Pero, señora, ¿cómo se explica entonces la acusación del padre Vera y las declaraciones de testigos, que confirman el hecho?

— Ilustrísimo Señor: No acuso ni hago inculpaciones a nadie. Que me perdone Dios si lanzo juicios temerarios; pero creo

firmemente que el padre Vera ha sido el engañado; engañado por su mismo celo y por la influencia de cierto círculo.

— Pero ¿y los testigos?

— ¿Los testigos, Su Señoría?..... Primero los convencieron de la herejía del sermón, y luego los llamaron a declarar sobre ella.

— ¡Ah, caramba! — exclama Su Ilustrísima, con aire severo de incredulidad. — ¡Eso sí es grave!

— Tan grave, que yo me resuelvo a manifestárselo a Su Señoría. Hoy se lo he expuesto todo al sacerdote que me confesó, y me ha facultado para que se lo expresara así a Su Señoría, si me atrevía.

— Pero ¿no estaba presente Vera cuando el sermón de Casafús? — pregunta el Prelado con extrañeza.

— Presente estaba, Ilustrísimo Señor. Pero, yo le diré a Su Señoría: el padre Vera, por lo mismo que es muy bondadoso y sencillo de corazón, por lo mismo que es muy humilde, no se cree capaz de juzgar nada por su propio juicio, sino por el juicio de sus amigos. Los cree muy sensatos, y lo que ellos le digan eso es: no lo pone en duda. Este es su criterio. Estas influencias e intrigas políticas de los pueblos, no podemos sentir las a fondo sino los mismos puebleños que las hemos sentido. No extraño que Su Señoría no crea tan poderosos los amigos del padre Vera.

— ¿Pero no oyó Vera el sermón?

— Creo que no. Él estaba en el presbiterio, y desde allí no se oye bien, lo sé por propia experiencia, lo que se dice desde el púlpito, y, como el padre acababa de pasar una enfermedad, estaba un poco sordo, sumamente preocupado y como deshilado de ideas. Además, el sermón del padre Casafús fué muy alegórico y en un estilo allá parecido al Apocalipsis; y el padre Vera, así lo ha dicho siempre, no diz que le entiende los enredos al padre Casafús.

Medió corto silencio, miró el Prelado el cielo raso del despacho, y luego dijo:

— Pero ¿Casafús, por qué no se explicó, por qué no se defendió ante Nos?

— No quiso, Su Señoría. Cansada estoy de suplicárselo.

Tal vez quiere imitar a Jesucristo que no se defendió de ningún cargo. Levántele la suspensión, Ilustrísimo Señor. Levántesela.

— No podemos, por ahora. Esto es cosa muy seria. Averiguaremos mejor el asunto, y entonces se verá. La época es de prueba, y cualquier falta contra la fe, por insignificante que parezca, puede tener ahora funestos resultados. Acaso Casafús no sea un apoyo a la impiedad; acaso no haya predicado nada condenable; pero se ha mostrado indiferente a los intereses de la Iglesia, y esto ha bastado para alarmar y escandalizar a un pueblo tan católico como Piedragorda.

— Cuando Su Señoría así lo juzga, así es. Pero medite de nuevo el punto. Se lo suplico en nombre de dos almas inocentes, de dos ancianas con hambre, que se creen envueltas en una reprobación. Tal vez ese escándalo de que habla Su Señoría pueda ser escándalo farisaico; tal vez cese con la clemencia del Pastor.

— Tus súplicas son muy laudables y muy puras tus intenciones; pero no insistas. Y, dado caso que le levantáramos la suspensión a Casafús, en nada mejoraría su situación pecuniaria, porque, como se ha hecho sospechoso en el pueblo, ni Abad le pagará porque le ayude, ni los fieles le mandarán a decir sus misas.

— Es que mi petición tenía cola, Ilustrísimo Señor — dijo la cananea piedragordeña: — sé que el cura de Mercedes le ha pedido coadjutor, y yo venía a pedirle, no sólo que levantara la suspensión, sino también que lo nombrara excusador del padre Malta.

— ¡Milagros, por Dios! — exclama el Prelado antioqueño, como quien apela al último recurso. — Póngase usted en mi lugar por un momento; sea en esta vez el Obispo de la Diócesis.

— Acepto el nombramiento, Su Señoría. Y el diastre de la vieja se pone en pie y con el aplomo del mundo, relata:

«Nos, Milagros Lobo, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Medellín, levantamos la suspensión al Presbítero Pedro Nolasco Casafús, y lo nombramos cura excusador de la Parroquia de Mercedes. Dado en nuestro pala-

cio episcopal y refrendado con nuestro sello, a 26 de Marzo de 1877.» (*) Y se sentó.

— Te faltó la firma y ¡no vale! dijo Su Señoría, riéndole muy bondadoso la originalidad, mientras el Secretario fluctuaba entre si celebró o repruebo.

Nunca nos metimos en psiquerías de Obispo, que confundido ha de ser quien analice la Majestad. Cónstanos sí, y de consignarlo hemos, que el Prelado Diocesano, o porque entreviera las redes en que envolvieron a Casafús, o porque le cautivara el ingenioso atrevimiento de un buen corazón o porque le dió su episcopal gana, tuvo por válido y efectivo cuanto decretara la prelada. Allí mismo ordenó al Secretario extendiera los documentos del caso. Hizo más: le dió a la Milafros sesenta pesos, para que la familia Casafús se trasladase a Mercedes.

La afortunada mensajera parte de Medellín el mismo día. Al siguiente, el alma embellecida por la dicha, aligerado el corazón, trasmonta, caballera en su jamelgo, el *Alto de la Niebla*. Despídese el sol con pompa regia de púrpura y brocados; como envueltos en tules se difuman los confines; reina la calma augusta de la tarde; abajo, entre el rastrojo de los setos, se divisa el pueblecillo. Se detiene un instante a contemplarlo. ¡Cuán hermoso! Recostado en su colina, con sus casitas congregadas alrededor de su iglesia que destaca en azulada lejanía el blanco campanario, se le figura Jesús entre los niños. Siente la paz, la paz de los corazones limpios e inocentes: allá abajo se le espera la alegría más honda, más pura de su vida. Y principia a rezar.

De pronto llégale adentro, a lo íntimo, una vibración extraña. Extraña no: demasiado la conoce. Es que doblan, que doblan muy triste, más que siempre. Al volver de un recodo encuéntrase un campesino. No ha menester interrogarle.

«¡Qué pesar traigo, doña Milagritos! — dícele el montañés. — Si acaba de morir el padrecito Casafús. Cayó anoche no más con el mal de la muerte. Quiz que fue que trasantier llegaron al sitio unos confinaos de las Malfias; y'uno d'ellos,

(*) Histórico.

qu'es muy rico, le mandó mucha plata al padrecito, y fue y las hermanas pusieron muchos potajes enteramente, y el padrecito.....»

— ¡No me diga más! — exclama ella, mirando el cielo al través de sus lágrimas. — ¡Murió de hartura! Se le veía.

BLANCA

A las damas de Medellín

Tomo I — 6

Es entre monumento y parque. Alzase imponente; se extiende blanqueando sobre el pretil de un granado. La caja en que le vino a papá *El Médico Práctico* es la base; el primer cuerpo, el molde de hojalata, alto y estriado, en que mamá funde budines y natillas; el segundo, un tarro de salmón; forma el cimborio una tacita de porcelana boca abajo; y por remate y coronamiento de tan estupenda construcción, se yergue, blanca, estirada, las manitas puestas, el rostro al cielo, la «Virgen María» de *terracotta*, regalo de «Maximito hermoso». Espesuras de cogollo de hinojo, cármenes de fuscias y de heliotropios, macetas en cascarones de huevo rodean el grandioso monumento.

Aun no está satisfecho el genio creador que lo levanta. Como Salomón el Templo Santo, quiere embellecerlo con todas las riquezas imaginables. Corre al jardín, y, sin temer espinas ni gusanos, troncha con los dientes ratonescos capullos de rosa imperial, y desguaza con aquellas manitas que con las flores se confunden, copos de caracucho blanco y de albahaca. Vuela al corral, y recoge cuanto plumón dejaron gallinas caraqueñas y palomas. Jadeante, las mejillas encendidas, volandero el cabello, cogido el delantal con ambas manos, por no perder un ápice del riquísimo botín, torna a la obra, y frisos, cresterías, cornisones surgen en aquel raptó de inspiración.

¡Y qué obra! Tiene todo el encanto de lo torcido, de lo

confuso, de lo revuelto, el sello disparatado de la estética infantil. A los divinos ojos de la Virgen jamás se levantó santuario más hermoso. En el gran patio, o mejor, en el prado de la cocina, junto a la tapia que lo separa del jardín-baño, pasa aquello. El sol de Agosto, sazónando frutos, reventando gérmenes, difunde la vida y la alegría. Son las dos, y las proyecciones de sombra de los madroños y naranjos que se alinean del lado occidental, se van extendiendo por el limpio, recién recortado césped, como la calma en el espíritu después de la exaltación.

Tras los árboles, invadiendo por completo la tapia divisoria, casi derribándola, apasionado, escandaloso como este nuestro carácter antioqueño, se desparrama en furiosa eflorescencia un curazao solferino. No fuera para mirado a ojo abierto, si algo menos violento no se interpusiese: a más de los nombrados, otros árboles menores enfilan adelante. Y es de ver cómo pululan en el esqueleto de los azucenos aquellos gusanos de felpa negra bordados de corales; y cómo el mirto se gloria con lo clásico del fruto y del follaje artístico, y el azahar de la India, con los copos virginales que recargan el aire de oriental fragancia. Por ellos trepan y con ellos se entrelazan el norvio, el cundeamor y el recuerdo y otras varias sutiles enredaderas de nombre incierto y altisonante.

Formando escuadra con la ancha faja de árboles floridos, se extiende y ondula de poste a poste, a lo largo del corredor, un cortinaje de bellísima, que aquí cuelga en tallos, allá se abullona en ramilletes, para luego recogerse en guirnaldas. Colonia rumorosa de insectos enreda y explota con insana codicia aquella Capua de mieles y perfumes; en tanto que las mariposas loquean en el aire, besan a sus hermanas vegetativas, ponen en juego sus cambiantes, y, como el anhelo humano, se largan voltarias, caprichosas, en pos de nuevos ideales.

La niña, una vez terminada la magna obra, celebra la consagración, como si dijéramos. De rodillas, las manos puestas como la virgencita, reza con atragantamiento de fervor el *Bendita sea tu pureza*; repítelo más apurada todavía; sigue con el padrenuestro; luego, con frases y palabras sueltas de oraciones y jaculatorias, ensarta un disparatorio, cuyos vacíos

inarticulados llena con una monserga que sólo María puede entender. No le basta esto: cual si alguno de los ángeles de Jacob la poseyese, se desata en desvarío cómico-celestial. «¡Virgen María queridita! ¡Virgen linda de mamacita y de papá! ¡Virgen María de Pepito y de «Maximito hermoso», de Alberto, de bebé y de Carlitos!» Tan pronto alza la voz en una octava y la emite metálica y vibrante; tan pronto la quiebra en ruidos secos linguo-palatinales o la modula en zumbidos de caricia; a veces canta, a ratos murmura, por momentos conversa, y, sea apurada o vacilante, declama siempre. En la improvisación menciona a todos los de la casa, sin olvidar a Pedro, el asistente, sin olvidar a sus amigas, ni mucho menos a *Cheres*, su madrina.

Almamía, el amigo íntimo, el de los juegos delicados y caprichosos, el de la blancura de algodón boricado, el de las manitas de felpa, se le acerca con volteretas y movimientos de trapo; hace el arco, ronca, y, pasándole el lomo por los bracitos, le pone el hocico y el bigote hirsuto en las mejillas. Ella lo carga, lo estrecha, y con él cargado, prosigue su plegaria.

En el corredor trasiega la niñera con el bebé en los brazos, dándole biberón, sin parar mientes en la algarabía ni en las fiestas de la niña. Es la planchadora la que, al ir a avivar la hornilla, oye aquello. Sale y se encanta. «¡Vean esto, por Dios! Lo que yo le vivo diciendo a misiá Ester: esta niña no se cría.» Y corre en busca de la señora para que venga y admire. Ester, medias y aguja en la mano, aparece en el corredor, levanta la cortina de la bellísima, y se asoma al patio. Permanece un instante silenciosa, y luego, con esa voz, esa acento fingido de mimo tan tonto como sublime de las madres, exclama: «¡Mi Reina, te vas a asoliar! ¿Para qué escogió ese punto tan malo para hacer el altar?..... Tan bella, tan devota de su «Virgen María». ¡Mi blanquita, mi grandeza, mi terciopelo precioso.» Porque esta niña era unas veces divinidad incomparable, otras palomita de la gloria, otras agua de azúcar, fuera de los mil dictados a cual más inaudito que inventaba la madre en su locura.

De Dios y ayuda necesitaron señora y sirvientas para que la niña trasladara el altar al corredor. Con esa volubilidad de la niñez, deja Blanquita el santuario, y dando zapatetas,

mostrando aquellos calzones con rodilleras y arrugados en las corvas, corre por el patio persiguiendo un gorrión que se ha posado en la rama de un hicaco. «Voy a traerle arrocito», grita entusiasmada. Y en un instante está en la cocina, mete la mano en los esponjados granos que muele la cocinera, los hecha en el delantal y torna al patio. El pájaro se ha ido; pero en el tejado de la casa colindante brinca, negro y neurótico, un gallinazo, y la niña le grita: «¡Bajá cohinito, pa que te comás el arroz.» Y larga una carcajada de burla, al ver aquella ave tan triste, tan desamparada. «Bajáte, que yo sí te doy.» Parece que el ave recelosa no la entiende: da un aletazo y se lanza. Suelta la niña los granos, y, tendiendo la mirada por el cielo, exclama: «Miren lo lindo que está el cielo, barrido, barrido, ¡Miren lo lindo!..... Allá está Carlitos con la Virgen.» Y cerraba los ojos, deslumbrados por aquel azul reverberante.

II

No tuvo el encanto de la media lengua, porque antes de cumplir un año articulaba con claridad admirable. Inventaba los verbos y los participios más extraños, rara vez usaba el pronombre de primera persona y sus declinaciones, así como tampoco la inflexión verbal correspondiente, sino que se llamaba a sí misma «La Niña». «La Niña tiene la bata *rotada*; La Niña está *librando* (leyendo); álcenla, cárguenla.» Su voz timbrada, armoniosa, con ese acento de la niñez que parece el capullo del habla, se adaptaba, sin embargo, a todas las modulaciones. Era una ocarina articulada y acariciadora de una belleza indecible. El alborear de aquella inteligencia, de aquel sentimiento, auguraba un carácter complejo, hondo, artístico, delicadamente femenino. Apenas si le gustaban las muñecas: lo predilecto, lo atrayente para ella eran los animales, las flores, los astros y, en general, la naturaleza; y por sobre todo esto aparecía el ideal: «La Virgen María.»

Mamá la tenía en su cabecera con los ojos llenos de lágrimas y el corazón *chuzado* y de coronita; ella la había visto en la Catedral con su manto azul rodeada de muchachitos; ella la veía en la Vera-Cruz, como una señora de verdad, tan linda, tan preciosa, con aquel niño cargado; ella la veía en todas partes; mamá le había dicho que las estrellas y la luna eran el manto de la Virgen; las flores del jardín todas eran para la Virgen María, porque ella las había visto en los ramos de las

iglesias y en el oratorio de mamá. La Virgen, la que le traía los niños a las señoras, y que si se los volvía a quitar era para guardárselos en el Cielo cobijaditos con su manto, como había hecho con Carlitos; la Virgen, la que le había traído el bebé a mamá, ese bebé que era un muñeco que comía y que chillaba y que no era un muñeco; esa Virgen a quien ella, y Albertico, y mamá rezaban por la mañana y por la noche; a quien ella quería ¡tanto, tanto!

Aquel corazoncito para todos alcanzaba. A mamá mucho amor; mucho a papá últimamente; con su hermanito mayor tenía intermitencias; con bebé se enloquecía; pero su afecto, la nata y espuma de su ternura, de sus coqueterías, eran para Pepito, el abuelo, para Máximo, el tío, el más fanático, el más tocado de idolatría por esta muñeca, que vino a ser en la familia el blanco y el centro de todos los afectos. Alberto II, inquieto, brusco, voluntarioso, cuyas pasiones hípicas lo arrastraban a grandes atropellos, empalagaba un tanto a Blanca con sus cariños de lienzo gordo, con sus juegos en que la echaba por tierra y le ensuciaba el vestido, punto éste de enorme gravedad, que la limpieza, la pulcritud parecían en esta niña parte integrante de su ser. Cuando se le antojaba que la bata estaba *ensuciada*, eran el llanto y el gemir desconsolado. El comer era un martirio, porque se le volvía un desafuero chorrear la servilleta o el delantal. Pero esto era nada para lo que sufría la niña cuando su hermano le aseguraba, por hacerla rabiar, que la Virgen no la quería. Corría entonces a la madre, y, anegada en llanto, exponía siempre su querrela en esta forma: «Alberto *la* molestó.» Y Alberto soltaba la carcajada, porque era ésta la gracia que más le celebraba. Carlos, el hermanito muerto ocho años antes de venir ella al mundo, era para la niña la tradición gloriosa de la familia; le llamaba, lo nombraba con frecuencia, lo hacía figurar en sus juegos, cual si estuviese a su lado en cuerpo y alma. A pesar de su blandura no dejaba de ser turbulenta a las veces, sobre todo cuando se las había con el gato; cuando contemplaba los terneros y los pájaros, parecía que le acometieran ansias de correteo, de trisca y de vuelo.

Eran especiales sus facultades artísticas para la declama-

ción. Maravillaba tanta memoria en esa cabecita rubia, de toques grises como la seda sin cardar, cuyos bucles en tirabuzones se esfumaban en nimbo de gloria. Y qué rayos de dulzura despedían sus ojos claros de un azul etéreo, indefinible. Obra como ésta no la prodiga naturaleza: las líneas rehenchidas de aquella escultura de carne tierna diseñaban ya la mujer antioqueña, alta, esbelta, de movimientos lánguidos y cadenciosos; el cuello y el pecho ondulaban en esponjes de paloma cuando arrulla; la boquita, de labios un tanto gruesos pero correctos, se plegaba con el mimo y la monería que sólo la inocencia sabe producir, mostrando unos dientecitos que parecían miajas de la pulpa del coco; movía esas manos pompas, de palmas sonrosadas, con la gentileza, la maña y la travesura de una gatita; y cuando, inclinada la cabeza, proyectaba aquellas pestañas crespas, largas y de color atortolado, hubiera servido de modelo para una Virgen niña.

III

Aquel espíritu que flotaba sobre las aguas en los días del Génesis parecía ahora apacentarse, como en remanso espejado, en el hogar de Alberto Rivas. Sentíase por doquiera, refulgía en las conciencias y en los semblantes, y, cual si su providencia fuese especial para aquella familia, derramaba, al par que la salud y la fortuna, sus dones y sus frutos. Ester era una perpetua oblación; a cada golpe del reloj, hablaba con Dios en el lenguaje mudo del fervor, y le ofrecía sus felicidades, como le ofreciera en otro tiempo sus desgracias.

Nacida en la cumbre social, arrullada por los halagos de la opulencia, por los cuidados de amantísimos padres, despertó a la vida por un choque que, dejándola por tierra, proyectó en su juventud una sombra tenebrosa: la muerte de su madre. Vino luego otra mujer a ocupar aquel puesto. El corazón de Ester se sublevaba. En su bondad, se reprochaba a sí propia aquel sentimiento de antipatía, aquel tributo al barro miserable.

Casada a los diecisiete años con el hombre a quien amaba desde los nueve, creyó alcanzar la dicha, y todos la diputaban por la novia venturosa. Cómo no, si Alberto Rivas reunía cuanto puede apetecerse.

La estatura prócer, el porte garrido y arrogante, el rostro agitanado de perfil enérgico y de ojos de árabe, el brío y regocijo del carácter, las seducciones de la alcurnia y del dinero,

el prestigio de los viajes, ese refinamiento, esas mil nonadas que constituyen el buen tono, hacían de «el negro Rivas», el popular «negro», el gran partido de Medellín. Empero, bajo las áureas urdimbres que deslumbraban, bajo alfombras de rosas que embriagaban bien puede solaparse la lepra que lacera. El sentido moral dormía en Alberto Rivas. El placer era su meta; amó por el placer; por el placer se unió a aquella niña inocente y pura, cuya belleza moral superaba a la física. Tras la embriaguez vino el cansancio, el desvío. Las enfermedades de Ester completaron la obra.

En la primera época del matrimonio, fluctuaba la joven entre el desencanto y la sorpresa. No sabía si amaba al marido como había amado al novio, pero indudablemente ella tenía una noción muy distinta del amor. La maternidad vino a revelar la felicidad conyugal, a dejársela entrever apenas, que a los seis meses de nacido murió su primogénito; vino luego otro hijo, débil, enfermizo, para quien temía la misma suerte. Estos frutos seguidos prometían la cosecha sin tregua de la fecundidad antioqueña. Mas no fué así: naturaleza pareció resistirse; y para aquella esposa tan joven, tan sana, principió una etapa de dolor callado, de agonía moral. Cuanto una mujer delicada y casta puede sufrir con la intervención médica; las humillaciones, las miserias de una esposa enferma; las dudas que surgen en su espíritu cuando se cree burlada en la más santa de sus aspiraciones; el temor, sugerido por un corazón que adivina, de que su compañero ha de ver en ella un ser inútil, despreciable, repugnante; los alarmas de la conciencia al pensar en la disipación del esposo; el ver al único hijo, enfermo, en manos mercenarias y extrañas; el forzado abandono de los deberes domésticos; todas estas penas, complexas, tenaces, realzadas por una sensibilidad exquisita, las sufrió Ester, sola, aislada, allá en los profundos de su alma, durante siete años.

No podía Dios desoir los íntimos clamores de una alma atribulada. Un día se inició la salud en el hijo, y, cual si de ella dependiese la de su madre, tornó Ester a la vida, lozana, radiante de belleza, como en gloriosa resurrección, y vino Blanca. En ella cifraba Ester su dicha; cuanta ternura comprí-

mida acendrabá el corazón de esta madre le parecía poco para aquella hija predilecta de sus entrañas.

El retorno a la salud y a la belleza de la esposa, la aparición de Blanquita no fueron parte a devolver al extraviado esposo el prístino entusiasmo. Aun no tenía un mes la paryulilla y ya Alberto emprendía su tercer viaje a Europa. Dieciocho meses lo engolfaron metrópolis y balnearios, para volver a su tierra con la nostalgia de la ajena. Regalos suntuosos para la esposa y para los hijos, muebles, artísticas chucherías de alto precio para la casa; todo aquello lo estimó Ester en un principio como fineza de esposo y de padre, más pronto su experiencia, la intuición de su amor le enseñaron cuánto más vale la dádiva de un corazón que todas las riquezas del mundo. No importaba: tenía a sus hijos: si con su Alberto no le bastaba en antes, con su Blanca, ese presente con que Dios la favoreciera, tenía ahora para cobrarse con creces la indiferencia, la algidez mortecina del esposo. ¡Qué importaba que el Club y el *sport* lo absorbiesen, que pasara las noches fuera de casa, que recibiera cartas y fotografías parisienses, que sirenas plebeyas de acá lo hechizasen con su canto! ¡Qué importaba, si ella sobre la coraza de su virtud llevaba aquel talismán, aquella pureza, aquel armiño del Cielo! Quejarse, manifestar siquiera en el semblante las ocultas heridas de su dignidad, era regatearle a Dios el galardón aquél inmerecido. Qué importaba.... y sin embargo, cuántas veces la frente inmaculada de la niña recibía, al par que el beso, las lágrimas de su madre; cuántas, la frase amante y delicada de la esposa, al dirigirse al infiel a quien adoraba, moría ahogada por un sollozo que estallaba de lo más profundo de su alma. Qué importaba.... y sin embargo, cuántas veces en la alta noche, de rodillas en su lecho de esposa abandonada, pedía a Dios, no la vuelta del esposo, sino el revocamiento de un castigo que en su conciencia creía inminente para el culpable, para ella, para sus hijos inocentes.

Si el padre no apreciaba aquella hija, aquel tesoro, si prefería a las fruiciones santas los miserables devaneos, el abuelo, el tío, la madrina, los amigos, todos, competían con la madre en aquel afecto entrañable, que más que efecto semejaba idolatría.

Faltaba en aquel concierto la nota cariñosa de la abuela: Alberto había perdido a sus padres tiempo hacía; Ester era hija de primeras nupcias; pero su padre (Pepito, que le decían sus dos nietos) amaba él solo a Blanca por los otros abuelos que faltaban.

IV

Se ha dicho que los matemáticos, a fuer de imbuídos en abstracciones numéricas, tienen carácter reseco y enfadoso. Máximo Santalibrada (único hermano de Ester por padre y madre) desmentía el aserto, y no porque fuera ingeniero a medio untar. Era un mozo ingenuo, con una de esas delicadezas vestidas de niñerías, de frivolidades; risueño, alborotado, travieso; era una grandeza de espíritu esmaltada de pequeñeces, un corazón. Acababa de llegar de Norte-América cuando nació Blanca, y él mismo se ofreció como padrino. Mercedes, la hermana menor de Alberto, fué su compañera de pila. ¿Sería esta circunstancia germen de amor en el corazón de la joven? Ella misma lo ignoraba; ella misma no sabía definirse; pero es lo cierto que tuvo que confesarse a sí propia al fin y al cabo que amaba a Máximo. Corría el tiempo, y Mercedes, a pesar de las muchas ocasiones que de tratar a Máximo tenía, nada lograba descubrir en él que revelase siquiera inclinación por ella, nada, ni siquiera coqueteos de muchacho. Varios adoradores se le presentaron: a ninguno hizo caso: algo le decía interiormente: espera, espera.

Era una morena acanelada, de ojos adormidos de una tristeza vaga y extática; el cabello espeso y alborotoso; alta, lánguida, de movimientos rítmicos más provocativos que majestuosos; redondo, negro, como dibujado con tinta china, lucía un lunar en la mejilla. Era una niña nerviosa, mimada,

impresionable. Según su fe de bautismo, contaba dieciocho años; moralmente apenas tendría nueve. Demasiado espigada ya para habérselas con muñecas de trapo o de cartón, se le iban las horas en juegos con su ahijada, muñequita de carne y hueso. La adoraba, no sólo por esa ternura que inspira la niñez, ni por aquella especial que inspiraba el angelito, ni por el instinto materno tan pronunciado de Mercedes, sí que también, y quizá más que por todo, porque veía en la niña algo como un vínculo que la unía a su amado. ¿No era Blanca ahijada y sobrina de ambos? ¿No tenía cariño entrañable por los dos? Para el corazón de la joven era esto argumento irrefutable. Ello estaba como en la atmósfera. Blanquita misma llegó a sentirlo.

Un domingo, después de misa de ocho, se hallaban en el corredor, Ester, los padrinos y la ahijada. Mercedes le arreglaba a ésta una canastita de flores; Máximo, que había estado bobeando con la niña toda la mañana, entró en juicio, repantigóse en una mecedora, levantó la cabeza hacia el cielo del corredor como si contase los portales, y dando golpecitos con los dedos en los brazos de la silla, a guisa de acompañamiento, se puso a silbar el *Duo de los Paraguas*. Hallaríase en los astros, en Norte-América, en cualquier parte, menos en la casa. Blanquita se entretenía en hojearle el devocionario a su madrina, admirando los registros. De repente toma uno, el primero que halla a mano, lo pone entre las flores, se acerca de lado a Máximo, lo sacude, lo vuelve a la realidad, y, con una chuscada, con un gesto de risa contenida que le alumbraba la carita, le dice al oído en un secreto susurrado, aparatoso, que todos oyeron: «Esto es que te manda *Cheres*.» Y le pone el regalo en las rodillas. La niña lo hizo de tal modo, que Máximo, a pesar de su aplomo, no deja de inmutarse un tanto; Mercedes baja los ojos encendida; y el diablillo agrega con mucho dengue: «Papá y mamá son novios; «Maximito hermoso» y *Cheres* son novios también; la *Niña* quiere que sean novios.» Y volviéndose a Ester: «¿No es cierto, mamacita, que *Cheres* y «Maximito hermoso» van a ser novios?» Sin esperar la respuesta, y a carcajada tendida, corre saltando hasta el extremo opuesto del corredor, torna hasta la mitad, y, escondiendo la carita tras

los tallos fibrosos de una iraca que desparramaba sus plumajes tropicales por encima de un aparato a estilo rústico, y señalando con el dedo a sus padrinos, grita con tono burlesco: ¡Hi, hi, hi, son novios, son novios!» Suena la campanilla del contraportón y aparece el abuelo. La niña se le aboca, lo ase con un bracito por una pierna, y, siempre señalando, repite: «¡Veálos, Pepito; véalos: ¡son novios, son novios!» Máximo estaba lo que se llama corrido; Mercedes palidecía; Ester, viendo que ya no era posible disimular, exclama: «¡Esta sí es la muchacha....» Pepito, que se da cuenta, sonrío maliciosamente, quiere decir algo y nada dice. Máximo siguió pensativo, y ni siquiera hizo caso cuando Blanquita fué a recitarle el *Blas y Blasa* que el mismo Máximo le había enseñado. A poco se despidió, y, pensando en el significativo rubor de Mercedes y en su propia inesperada turbación, esta pregunta surgió en su mente: «¿Por qué no?»

La escena, como todo lo relativo a Blanquita, fué en la casa muy comentada, y todo ello aumentaba el entusiasmo y la admiración por aquella muñeca, con quien todos chacheaban.

V

Todos no: Alberto continuaba indiferente a los grandes acontecimientos de la casa; por entonces sólo lo preocupaba el *sport* rodado: era el número uno de los ciclistas de la ciudad. Cuando, con el traje del caso, pedido especialmente a Europa, volaba por esas calles, fantástico, transfigurado, saludando, gorra en mano, a sus muchas adoradoras, parecía «el Negro Rivas» un fin de siglo convertido en meteoro. ¡Ah, Negro elegante y cachaco! Pero ¡oh brevedad de los tabores humanos! Un día lo llevaron a la casa en guandos. ¿Cómo fué aquello? Nunca se ha averiguado bien. Hubo golpe en la rodilla, y ya se sabe..... *líquido!* Desde que oyó a los médicos la palabra aterradora, todo lo vió entenebrecido: humores negros, esplines de lo más británico, neurosis franco-antioqueña le acometieron en gavilla. Pero no hubo remedio: tuvo que encamarse. Aquí de mis deberes, se dijo Ester; y principió una de esas venganzas inconscientes de la esposa amante y abnegada, de la mujer antioqueña, que tiene el talento en el corazón.

Y como si obraran de concierto, por un acuerdo tácito de sus almas, Ester y Blanca se unieron para consumir aquella venganza. Apenas si salía la niña del cuarto de papacito; en todo quería intervenir; metía sus manitas para ayudar a mamá y a los médicos a hacer las ligaduras; traía la servilleta cuando le llevaban las comidas; anunciaba la visita del facultativo; le ofrecía a Alberto cigarrillo y le acercaba el cenicero; acari-

ciábale el cabello y los bigotes; lo cobijaba como a un niño, y a cada paso se le oía: «Papacito ¿está aliviao? ¿Quiere que la Niña cierre la ventana para que se duerma?» Y aquella vocecita daba el tono de la caricia, del halago, de la tierna compasión. En su solicitud, todo lo refería a papacito; quería rodearlo, envolverlo en lo que ella más amaba; traíale a la cama las flores, los abanicos-anuncios que le regalaban en las boticas, su favorito *Almamía*, las estampitas de la Virgen. Hablábale de los palomos, de los gansos y del chivito de la casa de *El Poblado*; le tocaba en la guitarrita de pino que le había regalado Pedro, el asistente; denigraba la bicicleta, esa bicicleta fea y malcriada, esa descarada que había tumbado a papacito; lo obsequiaba con barras de caramelo, metiéndoselas en la boca para que chupara; regañaba a Alberto II por los estrépitos, por el taconeo que no dejaban dormir a papacito; quería que éste *librara* cada rato en unos papeles muy grandes que tenían viejos y animales pintados; lo imponía de la salida y de la entrada de la yegua rucia y del caballo alazán; y cuando en la calle se sentía ruido de carros, corría a cerrar la ventana para que a papacito no le dieran las viruelas.

Fué una escena enternecedora y cómica la aplicación del termo-cauterio. Blanquita vió los preparativos, con esa curiosidad de lo desconocido, peculiar de la niñez; pero cuando los puntos de fuego iban calcinando la rodilla enferma y empezó a sentirse en la alcoba ese olor de carne chamuscada, la niña prorrumpió en un grito vehemente de pánico y conmiseración: «¡No maten a papacito, no lo maten por Dios! ¡Pobrecito!» Y loca, arrebatada, se abalanza sobre aquellos «descarados» que acababan con papá. Y cuál se vieron los médicos y Ester para consolarla. De ahí en adelante había que sacarla del cuarto con cualquier pretexto, cuando se trataba de la chamusquina.

Todos los conocimientos que «Maximito hermoso» le había transmitido, los rezos que mamá le enseñaba, los cantos de la dentrodera, los cuentos de la planchadora, todo se lo ofrecía a papá como fuente de distracción; y, acomodada en la silla de asiento de peluche con «floritas pegadas» que le había comprado Pepito, principiaba muy satisfecha: «Esta era una señora

que tenía dos muchachitas, una buena y otra mala..... » O bien, poniéndose en pie, con la cabeza ladeada, los bracitos caídos: ajustándose en todo a los preceptos de Máximo, declamaba,

«No hay burlas con el amor.

¡Tontería!

Cuando Calderón lo dijo

Estudiado lo tendría.

.....»

Todo esto, sin contar el hechizo de la infancia, esa poesía, esa delicia indefinible de la travesura, esos exabruptos, esas desproporciones de una inteligencia, cuando asimila, cuando busca la relación de las cosas, cuando se abre a la investigación. Y ¡cuidado si Blanquita era investigadora! Más que la belleza y la gracia infantil, más que la blandura de aquel corazoncito, maravillaba tanta inteligencia en aquella criatura que aun no había cumplido cuatro años. Como bien podía decirse que Alberto no la había tratado, las manifestaciones de ese carácter fueron para él otras tantas novedades.

Sus amigos de casino, de *sport*, de jolgorio, poco más le acompañaban: si al principio le visitaron unos cuantos, pronto se vió reducido al círculo de la casa, y, como no tenía el dulce vicio de la lectura, si se exceptúa la de los periódicos europeos, pasaba las negras horas de reclusión con su mujer y con su hija.

El primer mes que estuvo reducido a la cama, parecióle aquello insoportable, imposible; del segundo en adelante, cuando ya le permitieron los médicos estirarse en una silla, todavía llevaba en su espíritu algunas nubes negras; y cuando con el cuerpo principiaba a hacer pininos, iba despuntando por allá en esas obscuridades un alborcillo plácido y tranquilo en que lentamente se iba avivando y difundiendo una emoción nueva, enteramente desconocida para él. Tenía notas melancólicas, tal vez tristes; pero, así y todo, lo vivificaba, le infundía calor, ánimo, aliento; descubríale horizontes, lontananzas que nunca contemplara en su vida, cual si el hombre moral se viese de improviso en alta cumbre que dominase extenso

dilatado panorama. En aquel corazón donde antes pulularan larvas, cizaña, flores de envenenados efluvios, brotaba poco a poco, como a influjo de mágica primavera, una eflorescencia de dulces, de elevados sentimientos. Cual emanaciones fecundantes, aquellos sentimientos se elevaron a su cabeza, y formando corrientes, condensándose, resolvieron en agitado torbellino. Por varios días se encontró en completo estado de turbación, y en sus insomnios, aquel cerebro fermentado hervía como la almáciga cuando el jugo de la madre tierra la hace reventar. Eran tan puros, tan luminosos los vapores que se alzaron de aquel corazón, que el intelecto de Alberto Rivas tuvo un instante de clarividencia. Replegado, sobrecogido en sí mismo pensó, y por la vez primera contempló el mundo, se contempló a sí propio con miradas de reflexión; tendió la vista al pasado, y todo aquello que en antes lo halagara, todo aquel cúmulo de sucesos en que puso su encanto, se le iba antojando pálido, tedioso, mentido. Tornando al presente encontraba a Ester, a su hijo, su familia, su casa y, por sobre todo, a su Blanca, a su hija, destacada, luminosa, como en tranquila noche de verano la estrella salvadora del marino. El hogar se le definió; la noción del deber se le impuso, y, como si la conciencia hubiera abierto un dique, una ola saludable de remordimiento lo inundó por completo. Alberto se sintió redimido, esposo y padre.

VI

Once meses después del percance del ciclista— que ya no volaba en ruedas — nació bebé. Este sí que podía llamarse el hijo del amor.

Blanquita estaba trastornada: en su cabeza se anudaban en maraña de confusiones, Carlitos, bebé y la «Virgen María.» ¿Era bebé el mismo Carlitos que le guardaba la «Virgen María» a mamá? ¿Era otro Carlitos nuevo? ¿Estaba Carlitos allá en el Cielo arropadito con el manto de la Virgen, o era el mismo que dormía en la cuna, con la gorrita, la camisita blanca y los pañales cosidos por la Virgen y traídos por ella misma en aquel canasto tan bonito la misma noche que trajo a bebé? ¡Confusión de ideas! A todos preguntaba, a todos requería; la niña comparaba las distintas versiones, y más y más se ofuscaba. Al fin, «Maximito hermoso» se lo explicó todo con circunstancias de tiempo, de lugar y de persona, con detalles de ociosidad artístico-infantil que asombraban a la niña. Sí era un Carlitos nuevo.

Era aquello un poema teológico, una a modo de cosmogonía de muñecas, de pajaritos, de ángeles, dictada en más de una conferencia. «El niño Máximo ha vuelto al estado de l' inocencia», decía la dentradera, al oírle los disparatorios con que él se embelesaba, embelesando a Blanquita. La leyenda aquella tenía efectos estupendos. En el patio se oyó una música muy

bella; papá y mamá fueron a abrir, y ahí estaba la virgen con un envoltorio bajo el manto de estrellas y de luna; dos angelitos alumbraban con faroles; otro tenía el paraguas; otro tocaba la campanita; una docena más atrás, cornetas y tambores; y unos pajaritos muy lindos hacían *pío, pío*. La Virgen, calladita, se entró a la alcoba; se arrimó a la cuna; puso adentro a bebé con mucha maña, y el canasto de ropa sobre un taburete; y se salió, calladita como había entrado; y ella, y los ángeles, y los pajaritos se volvieron volando para el Cielo. Blanquita, que no era pródiga en sus besos, se los daba entusiasmada a aquel maestro tan sabio, tan enterado de las cosas de la Virgen María. Fué entonces cuando él le regaló la de *terracotta* y un devocionario tamaño como una galleta para que *librara* en misa.

Quería que le dieran a bebé para cargarlo, para estrecharlo entre sus brazos, para comérselo a besos. Era un desbordamiento, una locura de ángel. Aquel bebé con sus piesitos tan chirringos, con sus uñitas como las lentejuelas rosadas que le había regalado *Cheres*, y que chillaba como *Almamía* cuando se lo trajo la planchadora; la Virgen María que traía y guardaba muchachitos; aquel Carlitos del Cielo, vinieron a ser para la niña como un delirio. Una mañana, a tiempo que Ester la peinaba, dijo con aire de pleno convencimiento: «Mamacita, la *Niña* estuvo con la Virgen y con Carlitos.» — «Sí, sí, mi ángel, los has visto en la *Cruz*», dijo Ester, creyendo que se refería a la estatua de la Virgen del Perpetuo Socorro venerada en esta Iglesia. «Esa no, mamacita: la *Niña* los vió *durmida*, en el Cielo, y la Virgen María la cobijaba con su manto como a Carlitos.» (Porque Blanquita para expresar que *soñaba* decía que había *visto*.)

En ella se recrudció la ternura, la devoción, el afecto por la Virgen. Entró en tal estado de fervor y misticismo que sus temas, sus juegos revestían el carácter religioso: todo era administraciones, misa, altares, procesión y Mes de María. Unas veces era sacerdote, otras campanera, monaguillo con frecuencia. También *Almamía* desempeñaba diversos papeles, lo que daba lugar a grandes conflictos, porque a las veces se le antojaba a Blanquita que el turpial de papá, que estaba en su

jaula, adosada a la pared del patio principal, por allá muy arriba, o que el canario de mamacita, cuya jaula colgaba de la ventana del costurero, tomaran participación en sus fiestas religiosas, pues en su instinto estético se le figuraban estas dos aves canoras y sus elevadas prisiones, algo así como el coro que había visto en las iglesias, a donde la llevaban con frecuencia.

Bien se comprendía que Blanquita era mujer de esta época de las fiestas religiosas, del embolismo de devoción y de cofradía que por ahora nos acomete; y si ella se chiflaba por este lado, no le iba Máximo en zaga en esotra chifladura literaria en carne viva que padece esta nueva Atenas de caja de fósforos italianos. Sí, señor; Máximo era una de tantos, y para Blanquita componía poemas regionalistas al par que decadentes, cuentos de la montaña y hasta discursos en que salía a figurar aquello de la *dura cerviz, del gran carácter, del hogar cristiano*, de esta nuestra influencia antioqueña, avasalladora, definitiva en los destinos del mundo.....

Como se ha visto, el hogar de Alberto Rivas estaba en el cenit de la felicidad. Ester sentía estremecimientos nerviosos de dicha. Su marido suyo, enteramente suyo, reconciliado con Dios, dedicado a ella, a sus hijos, a su familia, reñido con el Club, activo y metódico en sus trabajos; las horas de vagar para su casa, dando la bendición a sus hijitos cada noche, rezando el rosario con frecuencia, acompañándola en sus contadas visitas. Parecía más joven y más bella; sencilla y desprendida, le halagaban ahora los bienes de fortuna, el gusto y la elegancia de su casa. En ella se recluía, como temerosa de que en otra parte pudiera evaporarse tanta ventura. Y Ester, de suyo tan hacendosa y ordenada, tan pulcra, tan fanática por el aseo, como buena medellinense, estaba ahora más exagerada con aquella vivienda tan cómoda que Alberto había hechorefeccionar con todo el lujo y las invenciones modernas.

Todo esto era para Ester un sueño, un verdadero milagro, obrado únicamente por ministerio de Blanca, que la abnegada esposa ninguna parte se atribuyó en la providencial mudanza.

Pepito, para quien no se habían ocultado las íntimas penas de su hija, y que nunca le había hecho a ella la más mínima alusión a este respecto, estaba rejuvenecido con la transformación de aquel hogar. Reverdecía en sus nietos y en Máximo y Mercedes, a quienes ya veía casados — que el matrimonio de los padrinos de Blanca al fin se había arreglado definitivamente con aplauso universal.

VII

Blanquita, a pesar de la traslación de la santa casa de la Virgen al Loreto de la sombra, seguía en el patio contemplando el cielo tan barrido. Más que barrido parecía lavado, bruñido: la luz con que Dios alumbró nuestro valle se prodigaba en un derroche de gloria; las zonas luminosas de todas aquellas paredes recién enlucidas, eran de una blancura incandescente; el follaje de árboles y trepadoras, los frutos, las flores, el césped, heridos por aquel resisterio, semejaban una vegetación de talco, uno de esos paisajes con incrustaciones de nacar que lucen en el fondo de algunos pisapapeles de cristal.

La niña bajó de los cielos a la tierra. Junto a la base de un poste del corredor, en la juntura de dos ladrillos, había repuntado como por encanto un hormiguero, aun no debelado por la escoba del asistente. Verlo y sentarse a contemplarlo, todo fué uno. «¡Mírenlas que tan formales, cómo llevan su comidita!», exclama entusiasmada no bien aparecen unos cuantos de esos *titancitos laboradores* agobiados con un átomo blanco, apenas perceptible, del pétalo de una rosa. «¡Lo que comen es *floritas*.....! ¡Qué tan lindo!» Y cual si con la admiración se le acabase el entusiasmo hormiguero, corre al santuario, quita la Virgen la carga en el delantal y la da a Ester para que se la ponga en la repisa del Divino Rostro, donde había que colocársela siempre «para que no estuviera solita».

«La Niña quiere coser», dice Blanquita, acercándose al

cesto de medias que repasaba Ester, «quiere coser con naranjita, así como usté, mamacita.» Pero no hubo lugar a la costura, porque de pronto siente que unas manos misteriosas le tapan los ojos y que una voz cavernosa del otro mundo le dice: «¡Qué te come el tigre, que te comel!» Y el tigre le comía el pelo, y las mejillas, y el pecho, y los bracitos. La víctima zapatea de gusto, lanzando aquellas carcajadas argentinas que más que de las cosquillas del besuqueo eran de alegría, de aquella como atracción psíquica que sobre ella ejercía «Maximito hermoso.» «No me trajites los pajaritos», le dice ella con mucho mimo, apenas Máximo se ha sentado, y, metiéndosele entre las piernas y colgándosele a dos manos de la nuca, agrega con fingido enfado: «No te quiero Maximote feo.» — «¿A qué sí?», exclama él; y tomándola por las axilas, la alza en vilo y la recuesta contra la pared. «Por fin sale de la muchacha», prorrumpie Ester entre alarmada y satisfecha. Blanquita se retuerce de contento. «¿Qué te dijo *Cheres* anoche? ¿Qué resolvió por fin que cantaríamos en el cumpleaños?», pregunta Ester sin levantar los ojos del zurcido. Máximo, sin atender a la pregunta, baja a Blanquita, y este tío de los tíos se pone muy orondo a hacer con ella el *Aserrín, aserrán, las madres de San Juan*, con todo y canto. «¡Este sí es el más bobo que yo he visto! Es más niño que Blanca. Mira; si con los sobrinos te pones así, con los hijos habrá que hacerte rancho apartel!» El le soplaba al oído a la niña, y la niña iba repitiendo como un fonógrafo: «Madre cursilona..... chiflada..... *esculta*..... remendona y perecida..... que no sabe hacer..... sino oficios..... de negra sirvienta.....» Ester pregunta, provoca, incita al hermano de todos modos para hacerlo conversar, pero el tal como si no oyera. Después de repasar con la niña todas las boberías, de haber *comprado carne, matado el pajarito sin cola*, enumerádole los nombres de los dedos; después de hacerla andar para ver si aun torcía el zapatico izquierdo — único defecto que encontraban en aquel ángel y que Pepito estaba empeñado en corregir — pasa con toda formalidad a la clase de recitación.

Se trataba de enseñarle a la niña a declamar, con toda la mímica y expresión del caso, unos versos que su padrino le había compuesto para que felicitase a Pepito en su próximo

cumpleaños. La niña, paradita en un taburete, con la quietud exagerada que solía gastar en las ocasiones solemnes, fijos los ojos en «Maximito hermoso», que hacía de figurante, iba repitiendo las palabras, imitando los gestos, el movimiento de las manos, sugestionada, hipnotizada por aquel influjo omnipotente de su maestro.

Y no era tan sólo Blanquita la del ensayo: Ester y Mercedes también querían obsequiar al venerable viejo, grande amigo de la música, con algún bambuco o con algún trozo selecto de ópera cantado a dúo. Tampoco Alberto quería quedarse atrás en aquella fiesta que él mismo había promovido: iba a estrenar oficialmente el landó con su tronco de caballos ingleses, y en ello se ocupaba. Como la familia del suegro no cabía toda en el carruaje, había determinado no usarlo para conducirla a casa, sino que, en cuanto terminase la comida, entre cinco y media y seis, darían Pepito, Blanca y él una vuelta por la *Quebrada-arriba*, pasarían por el Parque de Bolívar, y, siguiendo por la carretera del Norte y por la Plaza de Berrío, tornarían a casa, donde ya estarían en escena las cantoras.

No era aquello solamente el natalicio del abuelo: era el brote, el alarde de una felicidad que necesita manifestarse. Todos a cual más tenían especial empeño en excederse a sí mismos en aquel triunfo de la dicha, en aquella orgía del afecto. Blanca, la que volvió la paz al noble abuelo, la ventura a sus padres; la que enlazó los corazones de sus padrinos, era el geniecillo providente que tenía en sus manos los hilos todos de aquella dicha solidaria. Como alma de la fiesta la proclamaba la familia.

La de Rivas, culta y refinada si las hay, preparaba de acuerdo con las modistas, con las grandes cocineras de la ciudad, con floricultores y tapiceros, todos los refinamientos posibles en Medellín para la celebración de este cumpleaños.

La víspera todo estaba preparado. Mercedes y Máximo acudieron esa noche a casa de Alberto, ella para dar los últimos perfiles al canto, él para presidir *la répétition générale*, que decía Alberto, la muestra que llamaba *Cheres*, en que Blanquita iba a interpretar el genio creador de «Maximito hermoso». En el comedor, escenario de la fiesta, iba a verificarse el ensayo.

Los presentes ocupaban el asiento que en la comida debía corresponderles. La servidumbre toda, desde la planchadora hasta *Almamía*, esperaba ansiosa. A falta de Pepito, ocupa el puesto de honor una almohada que Máximo ha declarado por su padre. El está a la diestra; en el extremo opuesto, entre Alberto I y *Cheres*, la niña de pie en su silla, donde pueda oír a la novia, que es el apunte, y ver al novio, que es el figurante. «¡Silencio!» manda éste con tono imponente de dómine, y hace una señal.

Blanca, cómicamente pensativa, en actitud petulante de arrobo, con mohín picaresco en la boquita, acentuando los hoyuelos de las mejillas, infladas suavemente las narices, parece que invocara; lanza luego un suspiro de su pecho, sacude con blandura la cabeza, revuelve en torno la mirada, tiéndela al frente, y, cual si de esos ojos emanase con el candor del ángel la travesura del diablillo, fíjalos en la almohada, y, a la señal de Máximo, principia:

«Soy la *Princesa Blanca* — tú me lo has dicho —
De tal tengo los mimos, tengo el capricho;
Yo soy un angelito blanco y hermoso;
De ángel tengo lo dulce, lo candoroso.

«Blanca también es mi alma, y en mi pureza
Vístome de lo blanco con la belleza:
Blancos son mis zapatos, bata y sombrero,
Blancos como el cariño con que te quiero.

«Yo soy lo más precioso que verse pudo
(Como todos lo dicen, ya no lo dudo)
Y para complacerte tanto me esfuerzo,
Que, mira el zapatico..... ¡ya no lo tuerzo!

«Tú eres, Pepito mío, viejito amado,
El papacito tierno, bello, adorado.
En la cabeza llevas tú la blancura,
Y en el cano bigote y en tu alma pura.

«Tal contento produce tu alegre fiesta
Que a celebrarla el cielo mismo se apresta:
La Virgen, que guardado tiene a Carlitos,
Va a mandar a la tierra sus pajaritos.

«Mi almita blanca supo que hoy es tu día,
Y a tu alma, que es tan blanca como la mía,
Un beso manda: agáchate, pues, Pepito,
Que tu Blanca querida te dé el besito.

«Pero no, que me raspas con tus mejillas;
No, que con los bigotes me haces cosquillas;
Ha de ser en la frente donde te beso,
Y parezca, al besarte con embeleso,
Mi boca, que en tus blancas canas se posa,
Como cuando en la espuma cae una rosa.»

Dijo, y fué a acercarse a la almohada, pero la explosión de besos, de caricias, no la dejó llegar. Albertico casi la sofoca en su entusiasmo; a Alberto I se le saltaban las lágrimas. Ella se vuelve a su maestro con mucho mimo, y le pregunta: «¿Y sí vienen mañana los pajaritos?» Porque la venida de ellos era el premio que Máximo le tenía ofrecido, y era esto lo que más preocupada la traía.

¡Con qué solemne júbilo rasgan el aire las campanas de San Francisco! Es María que congrega a sus hijas a celebrar su natalicio; y al reclamo de la Madre acuden presurosas las doncellas todas de Medellín. Mercedes es de las primeras en llegar. En su alma límpida, serena, de novia y de huérfana, hay un dejo de tristeza que la entenece y la conturba: ya nunca más volverá a tomar parte en esta hermosa festividad de las vírgenes: en el año venturoso, corona menos inmaculada, si más santa, ceñirá su frente. No puede más, no puede: aunque la vea todo Medellín llora con ese llanto que no es posible ocultar; recibe a su Dios; eleva su hacimiento de gracias; despídese de su madre y la pide su bendición con el lenguaje de las lágrimas, que en su emoción no le es dado ajustarse a las palabras consagradas de las preces ni hallarlas por lo pronto.

A las doce estaba en casa de Alberto para peinar a Ester y ayudarle en los últimos retoques. En acabando de colocar unas macetas en la antesala, admiraban el efecto, la perspectiva poética, cándida, deliciosa que ofrecía aquella serie de piezas. En cada puerta, doble cortina calada de dos paños; iracas, cincodeabriles, dracenas, jardineras de vistosas flores, pareadas a uno y otro lado, como recogiendo y abullonando aquellos encajes, daban la nota selvática sobre aquel fondo vago, transparente, de espumas; y allá, en el último término, entre un círculo de alternanteras y coleos recortados a la inglesa, se

veía el baño. «¡Qué bonito!» exclama Mercedes. «Parece el monumento de la Catedral.» — «Eso mismo dijo Pedro», replica Ester muy satisfecha con aquella aprobación. «Lo que quiero es que papá pase por aquí para ir al baño: no ves que parece que va como por arcos de triunfo. No se le ha de pasar al viejito un día sin su baño antes de comer..... Y ahora que me acuerdo: tengo unos jabones finísimos.» Y ambas fueron a buscarlos, y los llevaron al tocadorcito del baño.

Este, oval, diáfano, remansado, semeja enorme lente. Dos fuscias simétricamente plantadas campan en el centro de aquellas espesuras artificiosas; extienden sus ramajes, cuelgan sus flores purpurinas y las dibujan en la quieta superficie.

Las dos cuñadas pasan al comedor; nada falta: tras el cristal de los artísticos aparadores relumbran porcelanas y electroplatas; en las rinconeras ostentan los cacharros sus campos y arabescos de oro, sus pinturas al fuego, el rococó de sus relieves; Baccarat ha enviado sus primores de muselina, sus copas de gasa; Pomona, sus grosuras; Flora, lo más selecto de su reino; y hasta el sol parece que acrecentara su belleza para filtrarse por los vidrios de colores de la ancha reja.

Blanquita enreda, mariposea e indaga por todas partes: «¿Mandaré la Virgen los pajaritos a la fiesta? ¿No los mandaré?»

A las dos parte la comisión de Alberto I, Alberto II y Blanca para traer a Pepito con su familia.

Justificando la estrofa de Máximo, Blanca lo estaba por dentro y por fuera: los zapatos, la tela, los encajes y aquel enorme sombrero de resplandor, cubierto, erizado de tules y de plumas: todo era blanco.

Al fin termina su *toilette* y aparece la madre de Blanquita. Llevara una diadema en su frente, y fuera aquella Ester que salvó al pueblo judío. Lo egregio y clásico del tipo; ese color trigueño que los pintores atribuyen a María; los ojos garzos, rasgados, que vierten la humildad y la caricia; esa boca que destila la dulzura; el cuerpo escultural de curvas ideales, el andar reposado y majestuoso — todo bíblico.

Traje y peinado contribuyen a la realeza. El cabello castaño que se embomba en quiebras naturales hacia la frente, que se afloja desmayado por la nuca vellosa, se recoge en la coro-

nilla en nudo sobresaliente y gracioso. Seda amarfilada envuelve aquella escultura en una bata Princesa: ciñe espalda y caderas; flota ampulosa en elegante cola; cae suelta, deshecha en encajes por delante; ancha cinta tornasolada en verde y rosa desteñidos se enlaza sobre el pecho y desciende cortada en forma de tijereta, como para besar aquellos pies menudos que pisaron siempre firmes la senda de la virtud.

En una mesa de la sala estaban los presentes con que la familia de Alberto iba a obsequiar a Pepito. En vez de enviárselos a su casa, como es costumbre, querían entregárselos a su llegada. A tiempo que Ester abre una de las puertas que da al corredor, entran los esperados. Hija y padre se confunden en un abrazo. El viejo se enjuga los ojos y se cala las gafas para examinar aquellas bagatelas tan valiosas a su corazón. Todos se agolpan en redondo de la mesa, todos hablan, todos se mueven, todos se agitan.

Blanquita corretea como una loca. Sale al patio; ve un colibrí que revuela junto a una maceta florecida, y salta exclamando: «¡Ya vino un pajarito! ¡Qué tan lindo!» El colibrí, rumoroso, intangible, se flecha por el zaguán interior y traspasa el muro de curazao. La niña, transportada, se escurre por la última alcoba.

La alegre confusión continúa en la sala. De repente se oye un alarido de dolor, de espanto. Todos se precipitan en tropel. La niñera, convulsa, desencajada, brotados los ojos, mesándose el pelo, apenas puede articular: «¡Corran por Dios!»

Máximo, disparado, se lanza al jardín.

Sobre el baño flota como enorme margarita el sombrero blanco.

Se arroja al agua. Saca algo blanco, flácido, desmadejado.

Enloquecido, fuera de sí, lo sacude, lo zarandea, le ensufla su aliento, su vida.....

¡Todo en vano!.....

El colibrí, en tanto, revoloteaba rumoroso entre las fuscias.

EN LA DIESTRA DE DIOS PADRE

CUENTO DE LA SEÑÁ RUPERTA

Este dizque era un hombre que se llamaba Peralta. Vivía en un pajarate muy grande y muy viejo, en el propio camino real y afuerita de un pueblo donde vivía el rey. No era casao y vivía con una hermana soltera, algo viejona y muy aburrída.

No había en el pueblo quien no conociera a Peralta por sus muchas caridades: él lavaba los llagüentos, él asistía a los enfermos, él enterraba los muertos, se quitaba el pan de la boca y los trapitos del cuerpo para dárselos a los pobres; y por eso era que estaba en la pura inopia; y a la hermana se la llevaba el diablo con todos los limosneros y leprosos que Peralta mantenía en la casa. ¿Qué te ganás, hombre de Dios — le decía la hermana — con trabajar como un macho, si todo lo que conseguís lo botás jartando y vistiendo a tánto perezoso y holgazán? Casáte, hombre, casáte para que tengás hijos a quien mantener. — Cálle la boca, hermanita, y no diga disparates. Yo no necesito de hijos, ni de mujer ni de nadie, porque tengo mi prójimo a quien servir. Mi familia son los prójimos. ¡Tus prójimos! Será por tánto que te lo agradecen; será por tánto que te han dao. Ai te veo siempre más hilachento y más infeliz que los limosneros que socorrés. Bien podías comprarte una muda y comprármela a yo, que harto la necesitamos; o tan siquiera traer comida alguna vez pa que llenáramos, ya que pasamos tántos hambres. Pero vos no te afanás por lo tuyo: tenés sangre de gusano.

Esta era siempre la cantaleta de la hermana; pero como si predicara en desierto frío. Peralta seguía más pior; siempre hilachento y zarrapastroso, y el bolsico lámparo lámparo;

con el fogoncito encendido tal cual vez; la despensa en las puras tablas y una pobrecía, señor, regada por aquella casa desde el chipero hasta el corredor de afuera. Figúrese que no eran tan solamente los Peraltas, sino todos los lisiaos y leprosos que se habían apoderao de los cuartos y de los corredores de la casa «convidaos por el sangre de gusano», como decía la hermana.

Una oracioncita estaba Peralta muy fatigao de las afujias del día, cuando, a tiempo de largarse un aguacero, arriman dos pelegrinos a los portales de la casa y piden posada. Con todo corazón se las doy, buenos señores — les dijo Peralta muy atencioso — pero lo van a pasar muy mal, porque en esta casa no hay ni un grano de sal ni una tabla de cacao con qué hacerles una comidita. Pero prosigan pa dentro, que la buena voluntá es lo que vale.

Dentraron los pelegrinos; trajo la hermana de Peralta el candil, y pudo desaminarlos a como quiso. Parecían mismamente el taita y el hijo. El uno era un viejito con los cachetes muy sumidos, ojitraste él, de barbitas rucias y cabecipelón. El otro era muchachón, muy buen mozo, medio mono, algo zarco y con una mata de pelo en cachumbos que le caían hasta media espalda. Le lucía mucho la saya y la capita de pelegrino. Todos dos tenían sombreritos de caña, y unos bordones muy gruesos, y albarcas. Se sentaron en una banca muy cansaos y se pusieron a hablar una jeringonza tan bonita, que los Peraltas, sin entender jota, no se cansaban de oirla. No sabían por qué sería, pero bien veían que el viejo respetaba más al muchacho que el muchacho al viejo; ni por qué sentían una alegría muy sabrosa por dentro; ni mucho menos de dónde salía un olor que trascendía toda la casa: aquello parecía de flores de naranjo, de albahaca y de romero de Castilla; parecía de incensio y del zahumerio de alhucema que le echan a la ropita de los niños; era un olor que los Peraltas no habían sentido ni en el monte, ni en las jardineras, ni en el santo templo de Dios.

Manque estaba muy embelesao, le dijo Peralta a la hermana: Hija, date una asomadita por la despensa; desculcá por la cocina, a ver si encontrás alguito que darles a estos señores.

Mirálos qué cansaos están; se les ve la fatiga. La hermana, sin saberse cómo, salió muy cambiada de genio y se fué derecho a la cocina. No hallá más que media arepa tiesa y reque-mada por allá en el asiento de una cuyabra. Confundida con la poquedá, determinó que alguna gallina forastera tal vez se había colao por un güeco del bahareque y había puesto en algún zurrón viejo de una montonera que había en la despensa, que lo que era corotos y porquerías viejas sí había en la dichosa despensa hasta pa tirar pa lo alto, pero de comida ni hebra. Abrió la puerta, y se quedó beleña y paralela: en aquel despen-són, por los aparadores, por la escusa, por el granero, por los zurrones, por el suelo había de cuanto Dios crió pa que coman sus criaturas. Del palo largo colgaban los tasajos de solomo y de falda, el tocino y la empella; de los garabatos colgaban las costillas de vaca y de cuchino; las longanizas y los chorizos se gulunguiaban y se enroscaban que ni culebras; en la escusa había por docenas los quesitos, y las bolas de mantequilla, y las tutumadas de cacao molido con jamaica, y las hojaldras y las carisecas; los zurrones estaban rebosaos de frijol carga-manto, de papas, y de revuelto de una y otra laya; cocos de güevos había por toítas partes; en un rincón había un cerro de cachos de sal de Guaca; y por allá, junto al granero, había sobre una horqueta un bongo de arepas de arroz tan blancas, tan esponjadas y tan bien asaditas que no parecían hechas de mano de cocinera de este mundo; y muy sí señor un tercio de dulce que parecía la mismita azúcar. Por fin le surtió a Peralta — pensó la hermana — esto es mi Dios pa premiale sus buenas obras. ¡Hasta ai viver! Pues, aproveché-monos.

Y dicho y hecho: trajo el cuchillo cocinero y echó a cortar por lo redondo; trajo la batea grande y la colmó; y al momento echó a chirriar la cazuela y a regarse por toda la casa aquella güelentina tan sabrosa. Como Dios le ayudó les puso el comistraje. Y nada desganao que era el viejito; el mozo sí no comió cosa. A Peralta ya no le quedó ni hebra de duda que aquello era un milagro patente; y, con todito aquel contento que le bailaba en el cuerpo, sargentió por todas partes, y, con lo menos roto y menos sucio de la casa, les arregló las camitas

en las dos puntas de la tarima. Se dieron las buenas noches y cada cual se acostó.

Peralta se levantó oscuro, oscuro, y no topó ni rastros de los güespedes; pero sí topó una muchila muy grande de requintada de onzas del Rey, en la propia cabecera del mocito. Corrió muy asustao a contarle a la hermana, que al momento se levantó de muy buen humor a hacer harto cacao; corrió a contarle a los llaguintos y a los tullidos, y los topó buenos y sanos, y caminando y andando, como si en su vida no hubieran tenido achaque. Salió como loco en busca de los güespedes pa entregarles la muchila de onzas del Rey. Echó a andar y a andar, cuesta arriba, porque puallí dizque era que habían cogido los pelegrinos. Con tamaña lengua afuera, se sentó un momentico a la sombra de un árbol, cuando los divisó por allá muy arriba, casi a punto de trastornar el alto. Casi no podía gañir el pobrecito de puro cansao que estaba, pero ai como pudo les gritó: ¡Hola, señores, espéremen que les trae cuenta — y alzaba la muchila para que la vieran. Los pelegrinos se contuvieron a las voces que dió Peralta. Al ratico estuvo cerca de ellos, y desde abajo les decía: Bueno, señores, aquí está su plata. Bajaron ellos al tope y se sentaron en un plancito, en una sombra muy fresca y muy sabrosa, y entonces Peralta les dijo: ¡Caramba que el pobre siempre jiede! Miren que dejar este oral por el afán de venirse de mi casa. Cuénten y verán que no les falta ni un medio.

El mocito lo voltió a ver con tan buen ojo, tan sumamente bueno, que Peralta, aunque estaba muy cansao, volvió a sentir por dentro la cosa sabrosa que había sentido por la noche; y el mocito le dijo: Sentáte, amigo Peralta, en esa piedra, que tengo que hablarte. — Y Peralta se sentó. Nosotros — dijo el mocito con una calma y una cosa allá muy preciosa — no somos tales pelegrinos; no lo creás. Este — y señaló al viejo — es Pedro, mi discípulo, el que maneja las llaves del cielo; y yo soy Jesús de Nazareno. No hemos venido a la tierra más que a probarte, y en verdá te digo, Peralta, que te lucites en la prueba. Otro, que no fuera tan cristiano como vos, se guarda las onzas y se había quedao muy orondo. Voy a premiarte: los dineros son tuyos: llevátelos; y voy a darte de encima las

cinco cosas que me querás pedir. Conque pedí por esa boca.

Peralta, como era un hombre tan desentendido para todas las cosas, y tan parejo, no le dió mal ni se quedó pasmao sino que, muy tranquilo, se puso a pensar a ver qué pedía. Todos tres se quedaron callaos como en misa, y aun rato dice San Pedro: — Hombre, Peralta, fijáte bien en lo que vas a pedir, no vas a salir con una buena bobada. — En eso estoy pensando, Su Mercé — contestó Peralta, sin nadita de susto. — Es que si pedís cosa mala, va y el Maestro te la concede; y, una vez concedida, te amolaste, porque la palabra del Maestro no puede faltar. — Déjeme pensar bien la cosa, Su Mercé — y seguía pensando, con la cara pa otro lao y metiéndole uña a una barranquita. San Pedro le tosía, le aclariaba, y el tal Peralta no lo voltiaba a ver. A un ratísimo voltea a ver al Señor, y le dice: Bueno, Su Divina Majestá, lo primerito que le pido es que yo gane al juego siempre que me de la gana. — Concedido — dijo el Señor. — Lo segundo — siguió Peralta — es que cuando me vaya a morir me mande la muerte por delante y no a la traición. — Concedido — dijo el Señor. Peralta seguía haciendo la cuenta en los dedos, y a San Pedro se lo llevaba Judas con las bobadas de ese hombre: él se rascaba la calva, él tosía, él le mataba el ojo, él alzaba el brazo y, con el dedito parao, le señalaba a Peralta el cielo; pero Peralta no se daba por notificado. Después de mucho pensar, dice Peralta: Pues, bueno, Su Divina Majestá, lo tercero que me ha de conceder es que yo pueda detener al que quiera en el puesto que yo le señale y por el tiempo que a yo me parezca. — Rara es tu petición, amigo Peralta — dice el Señor, poniendo en él aquellos ojos tan zarcos y tan lindos que parecía que limpiaban el alma de todo pecao mortal, con solamente fijarlos en los cristianos. — En verdá te digo que una pitición como la tuya jamás había oído; pero que sea lo que vos querás. A esto dió un gruñido San Pedro, y, acercándose a Peralta, lo tiró con disimulo de la ruana, y le dijo al oído, muy sofocao: ¡El cielo, hombre! ¡Pedí el cielo! ¡No sias bestia! Ni an por eso: Peralta no aflojó un pite; y el Señor dijo: — Concedido. — La cuarta cosa — dijo Peralta sumamente fresco — es que Su Divina Majestá me dé la virtud de achiquitarme a como a yo me dé la gana, hasta

volverme tan chirringo como una hormiga. Dicen los ejemplos y el misal que el Señor no se rió ni una merita vez; pero aquí sí le agarró la risa; y le dijo a Peralta: — Hombre, Peralta, otro como vos no nace, y si nace, no se cría. Todos me piden grandor, y vos, con ser un recorte de hombre, me pedís pequeñez. Pues, bueno..... San Pedro le arrebató la palabra a su Maestro, y le dijo en tonito bravo: — ¿Pero no ve que este hombre está loco? — Pues no me arrepiento de lo pedido — dijo Peralta muy resuelto. — Lo dicho dicho. — Concedido — dijo el Señor. — San Pedro se rascaba la saya muslo arriba, se ventiaba con el sombrero, y veía chiquito a Peralta. No pudo contenerse y le dijo: Mirá, hombre, que no has pedido lo principal y no te falta sino una sola cosa. — Por eso lo estoy pensando; no se apure Su Mercé. Y se volvió a quedar callao otro rato. Por allá, a las mil y quinientas, salió Peralta, con esto: Bueno, Su Divina Majestá, antes de pedirle lo último, le quiero preguntar una cosa, y usté me dispense, Su Divina Majestá, por si fuere mal preguntao; pero eso sí: me ha de dar una contesta bien clara y bien patente. ¡Loco de amarrar! — gritó San Pedro juntando las manos y voltiando a ver al cielo como el que reza el *Bendito* — va a salir con un disparate gordo. Padre mío, ilumínalo. El Señor, que volvió a ponerse muy sereno, le dijo: Preguntá, hijo, lo que querás, que todo te lo contestaré a tu gusto. — Dios se lo pague, Su Divina Majestad..... Yo quería saber si el Patas es el que manda en el alma de los condenaos go es busté go el Padre Eterno. — Yo, y mi Padre y el Espíritu Santo, juntos y por separao, mandamos en todas partes; pero al Diablo le hemos largao el mando del infierno: él es amo de sus condenaos y manda en sus almas, como mandás vos en las onzas que te he dao. — Pues bueno, Su Divina Majestá — dijo Peralta muy contento — si asina es, voy a hacerle el último pido: yo quiero, últimadamente, que Su Divina Majestá me conceda la gracia de que el Patas no me haga trampa en el juego. — Concedido — dijo el Señor. — Y El y el viejito se volvieron humo en la región.

Peralta se quedó otro rato sentao en su piedra; sacó yesquero, encendió su tabaco y se puso a bombiar muy satisfecho.

¡Valientes cosas las que iba a hacer con aquel platal! No iba a quedar pobre sin su mudita nueva, ni vieja hambrienta sin su buena pulsetilla de chocolate de canela. Allá verían los del sitio quién era Peralta.

Se metió las onzas debajo del brazo; se cantió la ruanita, y echó falda abajo. Parecía mismamente un limosnero: tan chiquito y tan entumido; con aquella carita tan fea, sin pizca de barba, y con aquel ojo tan grande y aquellas pestañas que parecían de ternero.

Al otro día se fué pa'l pueblo, y puso monte. ¡Cómo sería la angurria que se le abrió a tanto logrero cuando vieron en aquella mesa aquella montonera de onzas del Rey! ¿Onde te sacates ese entierro, hombre Peralta? — le decía uno. — Éste se robó el correo — decían otros en secreto — y Peralta se quedaba muy desentendido. Se pusieron a jugar. La noticia del platal corrió por todo el pueblo, y aquella sala se llenó de todo el ladroncio y todos los perdidos. Pero eso sí; no les quedó ni un chimbo partido por la mitá: por más trampas que hacían, por más que cambiaban baraja, por más que la señalaban con la uña, les dió capote, con ser que en el juego estaban toditos los caimanes de esos laos. Con ésta no nos quedamos — dijo el más caliente. — A nosotros no nos come éste..... (Y ai mentó unas palabras muy feas.) Voy a idiar unas suertes, y mañana no le queda ni liendra a este sinvergüenza. Y ai salió del garito, echando por esa boca unos reniegos y unos dichos que aquello parecía un condenaos.

Al otro día, desde antes de almorzar, emprendieron el monte. Hubo cuchillo, hubo barbera; pero Peralta tampoco les dejó un medio. Como no era ningún bobo, se dejaba ganar en ocasiones para empecinarlos más. Determinaron jugar dao, y monte-dao, y bisbís, y cachimona y roleta, a ver si con el cambio de juegos se caía Peralta; pero si se caía a raticos, era pa seguir más violento echando por lo negro y acertando en unos y en otros juegos.

Lo más particular era que Peralta con tantísimo caudal como iba consiguiendo, no se daba nadita de importancia, ni en la ropita, ni en la comida ni en nada: con su misma ruanita pastusa de listas azules, con sus mimitos calzones fundi-

lirrotos se quedó el hombre, y con su mismita chácara de ratón de agua pelada y hecha un cochambre.

Pero eso sí: lo que era limosnas ni el Rey las daba tan grandes. Su casa parecía siempre publicación de bulas, con toda la pobrecía y todos los lambisquiones del pueblo plañendo a toda hora; y no tansolamente los del pueblo, sino que también echó a venir cuanto avistrujo había en todos los pueblos de por ai y en otros del cabo del mundo. ¡Hasta de Jamaica y de Jerusalén venían los pedigüeños! Pero Peralta no reparaba: a todos les metía su peseta en la mano; y la cocina era un fogueo parejo que ni cocina de minas. Consiguió un montón de molenderas, y todo el día se lo pasaba repartiendo tutumadas de mazamorra, los plataos de frijol y las arepas de maíz sancochao. Y mantenía una maletada de plata, la mismita que vaciaba al día.

Siguió siempre lavando sus leprosos; asistiendo sus enfermos; y siempre con su sangre de gusano, como si fuera el más pobrecito y el más arrastrao de la tierra.

Pero lo que no canta el carro lo canta la carreta: la Peraltona sí supo darse orgullo y meterse a señora de media y zapato. Con todo el platal que le sacó al hermano compró casa de balcón en el pueblo, y consiguió serviciala y compró ropa muy buena y de usos muy bonitos. Cada rato se ponía en el balcón y, apenas veía gente, gritaba: Maruchenga tréme el pañuelo de tripilla, que voy a visitar a la Reina; Maruchenga tréme los frascos de perfume pa ruciar por aquí que está jediendo. Y, si veía pasar alguna señora, decía: no pueden ver a uno de peinetón ni con usos nuevos, porque al momento la imitan estas ñapangas asomadas. Cuando salía a la calle, era un puro gesto y un puro melindre; y aunque era tan pánfila y tan feróstica caminaba muy reprechada y muy menudito, como sintiéndose muy muchachita y muy preciosa. Maruchenga, dáca la sombrilla que hace sol; Maruchenga, sacame la crisneja; Maruchenga, componeme el esponje que se me tuerce; y no dejaba en paz a la pobre Maruchenga con tanto orgullo y tanta julletería.

La caridá de Peralta fué creciendo tanto que tuvo que conseguir casas pa recoger los enfermos y los lisiaos; y él mismo

pagaba las medecinas, y él mismo con su misma mano se las daba a sus enfermos.

Esto llegó a oídos de Su Saca Rial y lo mandó llamar. Los amigos de Peralta y la Peraltona le decían que se mudara y se engalanara hartísimo pa ir a cas del Rey; pero Peralta no hizo caso, sino que tuvo cara de presentérsele con su mismito vestido y a pata limpia, lo mismo que un montañero. El Rey y la Reina estaban tomando chocolate con bizcochuelos y quesito fresco; y pusieron a Peralta en medio de los dos; y le sirvieron vino en la copa del Rey que era de oro; y le echaron un brindé con palabras tan bonitas, que aquello parecía lo mismo que si fuera con el Obispo Gómez Plata.

Peralta recorrió muchos pueblos, y en todas partes ganaba, y en todas socorría a los pobres; pero como en este mundo hay tanta gente tan mala y tan caudilla echaron a levantarle testimonios. Unos decían que era ayudao; otros, que ofendía a mi Dios, en secreto, con pecaos muy horribles; otros, que era duende y que volaba de noche por los tejaos, y que escupía la imagen de mi Amito y Señor. Toíto esto fué corruto en el pueblo, y los mismos que él protegía, los mismitos que mataron la hambre con su comida, principiaron a mormurar. Tan solamente el curita del pueblo lo defendía; pero nadie le creyó, como si fuera algún embustero. Toditico lo sabía Peralta, y nadita que se le daba, sino que seguía el mismito: siempre tan humilde la criatura de mi Dios. El cura le decía que compusiera la casa que se le estaba cayendo con las goteras y con los ratones y animales que se habían apoderado de ella; y Peralta decía: ¿Pa qué señor? La plata que he de gastar en eso, la gasto en mis pobres: yo no soy el Rey pa tener palacio.

Estaba un día Peralta solo en grima en dichosa la casa, haciendo los montoncitos de plata para repartir, cuando, ¡tun, tun! en la puerta. Fué a abrir y ¡mi amo de mi vida! ¡qué escarramán tan horrible! Era la muerte que venía por él. Traía la güesamenta muy lavada, y en la mano derecha la desjarretadera encabada en un palo negro muy largo, y tan brillante y cortadora que se enfriaba uno hasta el cuajo de ver aquello. Traía en la otra mano un manojito de pelos que parecían hebritas de bayeta, para probar el filo de la herramienta. Cada rato

sacaba un pelo y lo cortaba en el aire. Vengo por vos — le dijo a Peralta. — Bueno — le contestó éste — pero me tenés que dar un placito pa confesáme y hacer el testamento. — Con tal que no sea mucho — contestó la muerte de mal humor — porque ando de afán. — Date por ai una güeltecita — le dijo Peralta — mientras yo me arreglo; go, si te parece entretenéte aquí viendo el pueblo que tiene muy bonita divisa. Mirá aquel aguacatillo tan alto; trepáte a él pa que divisés a tu gusto.

La Muerte, que es muy ágil, dió un brinco y se montó en una horqueta del aguacatillo; se echó la desjarretadera al hombro y se puso a divisar. Dáte descanso, viejita, hasta que a yo me dé la gana — le dijo Peralta — que ni Cristo con toda su pionada te baja de esa horqueta.

Peralta cerró su puerta, y tomó el tole de siempre. Pasaban las semanas, y pasaban los meses y pasó un año. Vinieron las virgüelas castellanas; vino el sarampión y la tos ferina; vino la culebrilla, y el dolor de costao, y el descenso y el tabardillo, y nadie se moría. Vinieron las pestes en toítos los animales: pues, tampoco se murieron.

Al comienzo de la cosa echaron mucha bambolla los doctores con todo lo que sabían; pero luego la gente fué colando en malicia que eso no pendía de los doctores sino de algo otra cosa. El cura, el sacristán y el sepulturero pasaron hambres a lo perro, porque ni un entierrito, ni la abierta de una sola sepultura güelieron en esos días. Los hijos de taitas viejos y ricos se los comía la incomodidá de ver a los viejorros comiendo arepa, y que no les entraba la muerte por ningún lao. Lo mismo les sucedía a los sobrinos con los tíos solteros y acaudaláos; y los maridos, casaos con mujer vieja y fea, se revestían de una enjuria, viendo la viejorra tan morocha, habiendo por ai mozas tan bonitas con qué reponerla. De todas partes venían correos a preguntar si en el pueblo se morían los cristianos. Aquello se volvió una batajola y una confundición tan horrible, como si al mundo le hubiera entrao algún trastorno. Al fin determinaron todos que era que la Muerte se había muerto, y ninguno volvió a misa ni a encomendarse a mi Dios.

Mientras tanto, en el Cielo y en el Infierno estaban ofuscaos

y confundidos, sin saber qué sería aquello tan particular. Ni un alma asomaba las narices por esos laos: aquello era la desocupéz más triste. El Diablo determinó ponerse en cura de la rasquiña que padece para ver si mataba el tiempo en algo. San Pedro se moría de la pura aburrición en la puerta del cielo: se lo pasaba por ai sentaíto en un banco, dormido, bosteciando y rezando a raticos en un rosario bendecido en Jerusalén.

Pero viendo que la molienda seguía, cerró la puerta, se coló al Cielo y le dijo al Señor: Maestro, toda la vida le he servido con mucho gusto; pero ai le entrego el destino; esto sí no lo aguanto yo. Póngame algotro oficio que hacer o saque algún recurso. Cristico y San Pedro se fueron por allá a un rincón a palabriarse. Después de mucho secreteo, le dijo el Señor: Pues eso tiene que ser; no hay otra causa. Volvé vos al mundo y tratá a ese hombre con harta mañita, pa ver si nos presta la Muerte, porque sino nos embromamos.

Se puso San Pedro la muda de pelegriño, se chantó las albarcas y el sombrero y cogió el bordón. Había caminao muy poquito, cuando se encontró con un atisba que mandaba el Diablo para que vigiara por los laos del cielo, a ver si era que todas las almas se estaban salvando. ¡Qué salvación ni qué demontres — le dijo San Pedro — si esto se está acabando!

Esa misma noche, casi al amanecer, llovía agua Dios misericordia, y Peralta dormía quieto y sosegado en su cama. De presto se recordó, y oyó que le gritaban desde afuera: Abríme, Peralta, por la Virgen, que es de mucha necesidá. Se levantó Peralta, y, al abrir la puerta, se topó mano a mano con el viejito, que le dijo: Hombre no vengo a que me des posada tan solamente; vengo mandao por el Maestro a que nos largués la Muerte unos días, porque vos la tenés de pata y mano en algún encierro. — Lo que menos, Su Mercé — dijo Peralta — la tengo muy bien asegurada, pero no encerrada; y se las presto con mucho gusto, con la condición que a yo no me haga nada. — Contá conmigo — le dijo San Pedro.

Apenitas aclarí salieron los dos a descolgar a la Muerte. Estaba lastimosa la pobrecita: flacuchenta, flacuchenta; los guesos los tenía toítos mogosos y verdes con tantos soles y

aguaceros como había padecido; el telarañero se le enredaba por todas partes, que aquello parecía vestido de andrajos; la pelona la tenía llena de hojas y de porquería de animal que daba asco; la herramienta parecía desenterrada de puro lo tomaíta que estaba. Pero lo que más enjuria le daba a San Pedro era que parecía tuerta, porque un demontres de avispa había determinao hacer la casa en la cuenca del lao zurdo. Estaba la pobrecita balda, casi tullida de estar horquetiada tantísimo tiempo. De Dios y su santa ayuda necesitaron Peralta y San Pedro para descolgarla del palo. Agarraron después una escoba y unos trapos; le sacaron el avispero, y ello más bien quedó medio decente. Apenas se vió andando, recobró fuerza, y en un instantico volvió a amolar la desjarretadera..... y tomó el mundo. ¡Cómo estaría de hambrienta con el ayuno! En un tris acaba con los cristianos en una semana. Los dijuntos parecían gusanos de cosecha, y ni an los enterraban, sino que los hacían una montonera, y ai medio los tapaban con tierra. En las mangas rumbaba la mortecina, porque ni toda la gallinazada del mundo alcanzaba a comérsela. Peralta sí era verdá que parecía ahora un duende de aquí pa acá, en una y en otra casa, amortajando los dijuntos y consolando y socorriendo a los vivos.

La Muerte se aplacó un poquito; los contaítos cristianos que quedaron volvieron a su oficio; y como los vivos heredaron tanto caudal, y el vicio del juego volvió a agarrarlos a todos, consiguió Peralta más plata en esos días que la que había conseguido en tanto tiempo. ¡Hijue pucha si estaba ricachón! Ya no tenía onde acomodarla.

Pero cátatelo ai que un día amanece con una pata hinchada, y le coló una discípula de la mala. Al momentico pidió cura y arregló los corotos, porque se puso a pensar que harto había vivido y disfrutao, y que lo mismo era morirse hoy que mañana go el otro día. Mandó en su testamento que su mortaja fuera de limosna, que le hicieran bolsico, y que precisadamente le metieran en él la baraja y los daos; y como era tan humilde, quiso que lo enterraran sin ataúl, en la propia puerta del cementerio onde todos lo pisaran harto. Asina fué que apenas se le presentó la Pelona, cerró el ojo, estiró la pata y le dijo:

Matáme pues. ¡Poquito sería lo duro que le asestó el golpe con el rincor que le tenía!

Peralta se encontró en un paraje muy feíto, parecido a una plaza. Voltió a ver por todas partes, y por allá, muy allá descubrió un caminito muy angosto y muy lóbrego casi cerrao por las zarzas y los charrascales. Ya sé aonde se va por ese camino — pensó Peralta. — El mismito que mentaba el cura en las prédicas. Cojo puel otro lao. Y cogió. Y se fue topando con mucha gente muy blanca y de agarre que parecían fefes o mandones; y con señoras muy bonitas y muy ricas que parecían principesas. Como nunca fué amigo de meterse entre la gente grande, se fue por un laíto del camino, que se iba anchando, y poniéndose plano como las palmas de la mano. ¡María Madre si había que ver en aquel camino! Parecía mismamente una jardinera, con tanta rosa y tanta clavellina y con aquel pasto tan bonito. Pero eso sí: ni un afrecherito, ni una chapola de col ni un abejorro se veía por ninguna parte ni pa remedio. Aquellas flores tan preciosas no güelían sino que parecían flores muertas.

Peralta seguía a la resolana, con el desentendimiento de toda su vida. Por allá, en la mitad de un llano, alcanzó a divisar una cosa muy grande, muy grandísima, mucho más que las iglesias, mucho más que la Piedra del Peñol. Aquello blanquiaba como un avispero; y como toda la gente se iba colando a la cosa, Peralta se coló también. Comprendió que era el Infierno, por el jumero que salía de pa arriba y el candelón que salía de pa abajo. Por allí andaba mucha gente del mundo en conversas y tratos con los agregaos y piones del Infierno.

El se dentró por una gulunera muy oscura y muy medrosa que parecía un socavón, y fue a repuntar por allá a unas californias onde había muchas escaleras que ganar y unos zanjones muy horrendos por onde corrían unas aguas muy mugrientas y asquerosas. A tiempo que pasaba por una puertecita oyó un chillido como de cuchinito cuando lo están degollando, y se asomó por una rendija. ¡Virgen! ¡Qué cosa tan horrenda! No era cuchino: era una señora de mantellina y saya de merinito algo mono, que la tenían con la lengua tendida en el yunque, con la punta cogida con unas tenazonas muy grandes;

y un par de diablos herreros muy macuencos y cachipandos le alzaban macho a toda gana. ¡Hijue la cosa tan dura es la carne de condena! Aquella lengua ni se machucaba, ni se partía ni saltaba en pedazos: ai se quedaba intauta. Y a cada golpe le gritaban los diablos a la señora: Esto es pa que levantés testimonios, vieja maldita; esto es pa que metás tus mentiras, vieja lambona; esto es pa que enredés a las personas, vieja culebrona. Y a Peralta le dió tanta lástima que salió de güida.

De presto se zampó por una puerta muy anchona; y cuando menos acató, se topó en un salón muy grandote y muy altísimo que tenía hornos en todas las paredes, muy pegaos y muy junticos, como los roticos de las colmenas onde se meten las abejas. No había nadie en el salón; pero por allá en la mitá se veía un trapo colgao a moda de tolda de arriero. Peralta se asomó con mucha mañita, y ai estaba el Enemigo Malo acostao en un colchón, dormido y como enfermoso y aburridón él. De presto se recordó; se enderezó y, a lo que vió a Peralta, le dijo muy fanfarrón y arrogante: ¿Qué venís hacer aquí, culichupao? Vos no sos de aquí; rumbáte al momento. — Pues, como nadie me atajó, yo me fuí colando, sin saber que me iba a topar con su Mercé — contestó Peralta con mucha moderación. — ¿Quién sos vos? — le dijo el Diablo. — Yo soy un pobrecito del mundo que ando puaquí embolatao. Me dijeron que estaba en carrera de salvación, pero a yo no me han recibido indagatoria ni nadie se ha metido con yo.

Al momento le comprendió el Diablo que era alma del Purgatorio o del Cielo. ¡Figúresen, no entenderlo él con toda la marrulla que tiene! Pero, como los buenos modos sacan los cimarrones del monte, y la humildá agrada hasta al mismo Diablo, con ser tan soberbio, resultó que Peralta más bien le cayó en gracia, más bien le pareció sabrosito y querido. ¿Su Mercé está como enfermoso? — le preguntó Peralta. — Sí, hombre — contestó Lucifer como muy aplacao. Se me han alborotao en estos días los achaques; y lo pior es que nadie viene a hacerme compañía, porque el mayordomo, los agregaos y toda la pionada no tienen tiempo ni de comer, con todo el trabajo que nos ha caído en estos días. — Pues, si yo le puedo servir de algo a Su Mercé — dijo Peralta haciéndose el lambón

— mándeme lo que quiera, que el gusto mío es servirle a las personas.

Y ai se fueron enredando en una conversa muy rasgada, hasta que el Diablo dijo que quería entretenerse en algo. Pues, si Su Mercé quiere que juguemos alguna cosita — dijo Peralta muy disimulao — yo sé jugar toda laya de juegos; y en prueba de ello, es que mantengo mis útiles en el bolsico — y sacó labaraja y los daos. — Hombre, Peralta — dijo el Diablo — lo malo es que vos no tenés que ganarte, y yo no juego vicio. — ¿Cómo no he de tener — dijo Peralta — si yo tengo un alma como la de todos? Yo la juego con Su Mercé, pues también soy muy vicioso. La juego contra cualquiera otra alma de la gente de Su Mercé. El Enemigo Malo, que ya le tenía ganas a esa almita de Peralta, tan linda y tan buenita, le aparó la caña al momentico.

Determinaron jugar tute, y le tocó dar al diablo. Barajó muy ligero y con modos muy bonitos; alzó Peralta y principiaron a jugar. Iba el Diablo haciendo bazas muy satisfecho, cuando Peralta tiende sus cartas, y dice: Cuarenta, as y tres, no la perderés por mal que la jugués. — Así será — dijo el Diablo bastante picao — pero sigamos, a ver qué resulta. Pues ¿qué había de resultar? Que Peralta se fue de sobra. Se puso el Diablo como la ira mala, y le dijo a Peralta, con un tonito muy maluco: ¿Vos sos culebra echada go qué demonios? — Tanté, culebra; lo que menos Su Mercé — le contestó Peralta con su humildá tan grande. — Antes en el mundo decían que yo dizque era un gusano de puro arrastrao y miserable. Pero sigamos, Su Mercé, que se desquita. Siguieron, a la otra mano salió Peralta con tute de reyes. ¡Doblo! — gritó Lucifer con un vozachón que retumbó por todo el Infierno. La cola se le paró; los cachos se le abrían y se le cerraban como los de un alacrán; los ojos le bailaban, que ni un trompo zangarria, de lo más bizcornetos y horrendos; y por la boca echaba aquella aquella babaza y aquel chispero.... ¡Doblemos! — dijo Peralta muy convenido. Ganó Peralta. ¡Doblo! — gritó el Diablo. — Y doblando, doblando jugaron diecisiete tutes; hasta que el Patas dijo: ¡Ya no más! Estaba tan sumamente medroso, daba unos bramidos tan espantosos, que toítica la gente del Infierno acudió

a ver. ¡Cómo se quedarían de suspensos cuando vieron a su Amo y Señor llorando a moco tendido! Y aquellas lagrimonas se iban cuajando, cuajando, cachete abajo, que ni granizo. En el suelo iba blanquiando la montonera, y toda la cama del Diablo quedó tapadita. Un diablito muy metido y muy chocante que parecía recién adotorao, dijo con tonito llorón: ¡Nunca me figuré que a mi Señor le diera pataleta! Pero ¿por qué no seguimos, Su Mercé? — dijo Peralta como suplicando — Es cierto que le he ganao más de treinta y tres mil millones de almas; pero yo veo que el Infierno está sin tocar. — Cierto — dijo el enemigo Malo haciendo pucheros — pero esas almas no las arriesgo yo: son mis almas queridas; son mi familia, porque son las que más se parecen a yo. Siguió moquiando; y a un ratico le dijo a uno de sus edecanes: Andá, hombre, sacále a este calzón sin gente su ganancia, y que se largue de aquí.

Como lo mandó el Patas, asina mismo se cumplió. Mientras que una vieja ñata se persina, fueron echando toditas las puertas del Infierno la churreta de almas. Aquello era churretiar y churretiar, y no se acababa. Lo que a Peralta le parecía más particular era que, a conforme iban saliendo, se iban poniendo más negras, más jediondas y más enjuncidas. Parecía como si a todos los cristianos del mundo les estuvieran sacando las muelas a la vez, según los bramidos y la chillería. Sin nadie mandárselos aquellas almas endemoniadas fueron haciendo en el aire un caracol que ni un remolino. Los aires se fueron escureciendo, escureciendo con aquella gallinazada, hasta que todo quedó en la pura tiniebla.

Peralta, tan desentendido como si no hubiera hecho nada, se fué yendo muy despacio, hasta que se encontró con los tuneños del caminito del cielo. Aquello era caminar y caminar, y no llegaba. Él tuvo que pasar por puentes de un pelo que tenían muchas leguas; él tuvo que pasar la hilacha de la eternidad que tan solamente Nuestro Señor, por ser quien es, la ha podido medir. Pero a Peralta no le dió váguido, sino que siguió serenito, serenito y muy resuelto hasta que se topó en las puertas del Cielo. Estaba eso bastante solo, y por allá divisó a San Pedro recostao en su banco. Apenitas lo vió San Pedro, se le vino a la carrera, se le encaró y le dijo, midiéndole puño.

Quitá de aquí, so vagamundo. ¿Te parece que te has portao muy bien y que nos tenés muy contentos? Si allá en la tierra no te amasé fue porque no pude, pero aquí sí chupás. — No se fije en yo viejito; fíjese en lo que viene por aquel lao. Vaya a ver cómo acomoda esa gentecita, y déjese de nojarse. Voltió a ver San Pedro, estiró bien la gaita y se puso la manito sobre las cejas, como pa vigiar mejor; y apenas entendió el enredo, pegó patas; abrió la puerta, la golvió a cerrar a la carrera y la trancó por dentro. Ni por esas se agallinó Peralta, ni le coló cobardía ni cavilosió que en el Cielo le fueran a meter macho rucio.

No bien se sintió San Pedro de puertas pa dentro, corrió muy trabucao, y le hizo una señita al Señor. Bajó el Señor de su trono, y se toparon como en la mitá del Cielo, y agarraron a conversar en un secreto tan larguísimo que a toda la gente de la Corte Celestial le pañó la curiosidá. Bien comprendían toditos, por lo que manotiaba San Pedro y por lo desencajado que estaba, que la conversa era sobre cosa gorda, ¡pero muy gorda! Las santas, que an que sea en el cielo siempre son mujeres, pusieron los anteojos de larga vista para ver qué sacaban en limpio. Pero ni lo negro de la uña. El Señor, que había estao muy sereno oyéndole las cosas a San Pedro, le dijo muy pasito a lo último: En buena nos ha metido este Peralta. Pero eso no se puede de ninguna manera: los condenaos, condenaos se tienen que quedar por toda la eternidá. Andáte a tu puesto, que yo iré a ver cómo arreglamos esto. No abrás la puerta; los que vayan viniendo los entrás por el postigo chiquito.

Se volvió el Señor pa su trono, y a un ratico le hizo señas a un santo, a personao él, vestido de curita, y con un bonetón muy lindo. El Santo se le vino muy respetuoso, y hablaron dos palabras en secreto. Y bastante susto que le dió: se le veía porque de presto se puso descolorido y principió a meniarse el bonete. A esas le hizo el Señor otra seña a una santica que estaba por allá muy lejos, ojo con él; y la santica se vino muy modosa y muy contenta al llamado, y entró en conversa con Cristico y el otro santo. Estaba vestida de carmelitana; también tenía bonete que le lucía mucho, y en la una mano una pluma de ganso muy grandota.

¡Esto sí que fué lo que más embelecó a las otras santas! Por todos los balcones empezó a oirse una bullita y unos mormullos, que la Virgen tuvo que tocar la campanita pa que se callaran. Pero nada que les valió. ¡Figúrese! que en ese momento salió un angel muy grande con un atril muy lindo, y más detrás un angelito de los guitarristas, con la guitarrita colgada a un lao como carriel; y que llevaba en las dos manitos un tinterón de oro y piedras preciosas; y después salieron dos santicos negros con dos tabretes de plata; y los cuatro arreglaron por allá en un campito de lo más bueno un puesto como de escribano. El cura y la monjita se fueron derecho a los tabretes; y cada cual se sentó. El angelito se quedó muy formal teniendo el tintero.

¡Valientes criaturas las de mi Dios! En este angelito sí se esmeró él: tenía la cabecita como una piña de oro; era de lo más gordito y achapao; con los ojos azulitos, azulitos que ni dos flores de linaza; y sus alitas de garza eran más blancas que una breña. Casi estaba en cueritos: tan solamente llevaba de la cinta pa bajo un faldellín coposo de un gema de ancho, de un trapo que unas veces era de oro y otras veces era de plata, flequiado de por abajo y con unos caracoles y unas figuras de la pura perlería. Pero lo más lindo de todo, lo que más le lucía al demontres del angelito era la cargadera de la vigüelita, que era todita de topacios y esmeraldas; la guitarrita también era muy linda, toda laboriada y con clavijitas y cuerdas de oro. Dizque era el angel de la guarda de la monjita, y por eso estaba tan confianzado con ella.

La santica entró como en un alegato con el cura; pero a lo último, él se puso a relatar y ella a jalar pluma. Esasí era escribana: se le veía todo lo baquiana que era en esas cosas de escribanía. Acomodada en su tabrete, iba escribiendo, escribiendo sobre el atril; y a conforme escribía, iba colgando por detrás de los trimotiles ésos, un papelón muy tieso ya escrito que se iba enrollando, enrollando. Sólo mi Dios sabe el tiempo que gastó escribiendo, porque en el Cielo no hay reló. Por allá al mucho rato, la monja echó una plumada muy larga, y le hizo seña al Señor de que ya había acabao.

No bien entendió el Señor, se paró en su trono, y dijo:

Toquen bando y que entre Peralta. Y principiaron a redoblar todas las tamboras del Cielo, y a desgajarse a los trompicones toda la gente de su puesto, para oír aquello nunca oído en ese paraje: porque ni San Joaquín, el agüelito del Señor, había oído nunca leyendas de gaceta en la plaza de la Corte Celestial. Cuando todos estuvieron sosegaos en sus puestos y Peralta por allá en un rinconcito, mandó Cristo que se asilenciaran los tamboreos, y dijo: Pongan harto cuidao, pa que vean que la Gloria Celestial no es cualquier cosa. Y después se voltio ponde la monjita, y, muy cariñoso, le dijo: Leé vos el escrito, hijita, que tenés tan linda pronuncia.

¡Caramba sí la tenía! Eso era como cuando los mozos montañeros agarran a tocar el capador; como cuando en las faldas echan a gotiar los resumideros en los charquitos insolvaos. La leyenda comenzaba de esta laya: «Nós, Tomás de Aquino y Teresa de Jesús, mayores de edad, y del vecindario del Cielo; por mandato de Nuestro Señor, hemos venido a resolver un punto muy trabajoso..... tan trabajoso, tan sumamente trabajoso que ni an siquiera se puede contar bien patente las retajilas tan lindas y tan bien empatadas escritas en la dichosa gaceta. ¡Hasta ai mecha la que tenían esos escribanos!

Ultimadamente el documento quería decir que era muy cierto que Peralta le había ganao al Enemigo Malo esa traquilada de almas con mucha legalidá y en juego muy limpio y muy decente; pero que más sinembargo, esas almas no podían colar al Cielo ni de chiripa, y que por eso tenían que quedase afuera. Pero que, al mismo tiempo, como todas las cosas de Dios tenían remedio, esta cosa se podía arreglar, sin que Peralta ni el Patas se llamaran a engaño. Y el arreglo era asina: que todas las glorias que debían haber ganao esas almas redimidas por Peralta, se juntaran en una gloriona grande, y se la metieran enterita a Peralta, que era el que la había ganao con su puño. Y que la cosa del Infierno se arreglaba de esta laya: que esos condenaos no volvían a las penas de las llamas sino a otro infierno de nuevo uso que valía lo mismo que el de candela. Y era este infierno una indormia muy particular que sacaron de su cabeza el cura y la monjita. Esta indormia dizque era de esta moda: que mi Dios echaba al mundo treinta y tres

mil millones de cuerpos, y que esos cuerpos les metían adentro las almas que sacó Peralta de los profundos infiernos; y que estas almas, manque los taitas de los cuerpos creyeran que eran pa el Cielo, ya estaban condenadas desde en vida; y que por eso no les alcanzaba el santo bautismo, porque ya la gracia de mi Dios no les valía, aunque el bautismo fuera de verdá; y que se morían los cuerpos, y volvían las almas a otros, y después a otros y seguía la misma fiesta hasta el día del juicio; que de ai pendelante las ponían a voltiar en rueda en redondo del Infierno por *secula seculorum amen*.

Que por todo esto dizque es que hay en este mundo una gente tan canónica y tan mala, que goza tanto con el mal de los cristianos: porque ya son gente del Patas; y por eso es que se mantienen tan enjuncados y padeciendo tantísimos tormentos sin candela. Estos quizque son los envidiosos. Y por eso quizque fué que el Enemigo Malo no quiso arriesgar las almas aquellas del Infierno, porque esas también eran de envidiosos.

Peralta entendió muy bien entendido el relate. Y muy contento que se puso, y muy verdá y muy buena que le pareció la inguandia. Pero era este Peralta tan sumamente parejo, que ni con todo el alegrón que tenía por dentro se le vió mover las pestañas de ternero: ai se quedó en su puesto como si no fuera con él. Pero de golpe se vió solo en la plaza del Cielo. ¡Hasta ai placitas!

Aquello era una cosa redonda, enladrillada con diamantes y piedras preciosas de toda color, que hacían unas labores como los dechaos de las maestras. En redondo había una ringlera de pilas de oro que chorriaban agua florida y pachulí de la gloria; y cada una de estas pilitas tenía su jardinera de cuantas flores Dios ha criaio, pero toditas de oro y de plata. También era de oro y de plata el balconerío de la plaza; y al mismito frente de la entrada, estaba el trono de la Santísima Trinidad. Era a moda de una custodia muy grandota, encaramada en unos escalones muy altos. En el redondel de la custodia estaban el Padre y el Hijo, y allá en la punta de arriba estaba prendido el Espíritu Santo, aliabierto y con el piquito de pa abajo. De la punta del piquito le salía un vaho de una luz mucho más alumbradora que la del sol, y esa luz se regaba

y se desparpajaba por arriba y por abajo, de frente y por todos los costaos del Cielo, y todo relumbraba, y todo se ponía brillante con aquella luminaria.

El Padre Eterno, que en todas las bullas de Peralta no había hablao palabra, se paró y dijo de esta moda: Peralta, escogé el puesto que querás. Ninguno lo ha ganao tan alto como vos, porque vos sos la humildá, porque vos sos la caridá. Allá abajo fuiste un gusano arrastrao por el suelo; aquí sos el alma gloriosa que más ha ganao. Escogé el puesto. No te humillés más, que ya estás ensalzaio. Y entonaron todos los coros celestiales el trisagio de Isaías, y Peralta, que todavía no había usao la virtud de achiquitarse, se fué achiquitando, achiquitando hasta volverse un Peraltica de tres pulgadas, y derechito, con la agilidad que tienen los bienaventuraos, se brincó al mundo que tiene el Padre en su diestra, se acomodó muy bien y se abrazó con la cruz. Allí está por toda la eternidá.

Botín colorao; perdone lo malo que hubiere estaio.

DIMITAS ARIAS

Al doctor Uribe Ángel

I

Porque era de bahareque y porque lo apuntalaban dos palos por el costado de abajo y un diente de tapia por el interior, no se había venido al suelo aquel cascarón de casa. Era el techo un pelmazo gris de algo que así pudo ser palmicho como carmaná, todo él constelado de parchones de musgo, de lamas verduscas y de tal cual manojito nuevo, puesto allí por vía de remiendo. Bardaban el caballete hasta cuatro docenas de tejas centenarias, por entre cuyas junturas medraba el liquen y asomaban mustias y enfermizas unas matas de viravira; pendíale por un extremo, desparramándose que era un gusto, un matorral de yerbamora fructificado además. Era el interior una gran sala, con un tenducho de madera en el ángulo frontero a la puerta de entrada, el cual se cerraba como una alacena y olía a ratones y a viejo. De tierra apisonada, y con muchos hoyos y rajaduras era el suelo. Dos ventanillos de batientes partidos por mitad, alumbraban el local; daba el uno a la *Calle-abajo*, y el otro, al *Callejón de El Saperó*, pues la casa aquella estaba en esquina. Tenía tres puertas: la de entrada, una que comunicaba con un cuarto, y la del interior; esta última se abría a un corredor húmedo; y esto era todo el edificio; que el tingladillo que hacía las veces de cocina estaba aislado obra de doce varas más adentro. Unas piedras medio enterradas en el suelo servían de pasadizo. Defendían esta propiedad: un trincho, cubierto de maleza, por el lado

del callejón; dos guayabos machos, tres naranjos agrios y un saúco, entreverados con unos palos carcomidos, por los dos lados restantes. Arrimadas a los cercos, hileras de ruda y de eneldo, una mata muy cuidada de romero de Castilla y unas cuantas de rosa chagre. Detrás de la cocina se extendía un solar inculto y pro indiviso, que allá muy lejos tenía por lindero natural el arroyo enlodado y fétido conocido con el nombre de *El Saperó*. La casa estaba situada en la punta de la *Calle-abajo*, la Patagonia del pueblo, como quien dice.

Era la escuela.

La sección acababa de reunirse.

¡Una leyenda, muchachos! — dijo el Maestro con tono de cariñoso estímulo..... y aquello principió.

De una banca donde se arracimaban hasta dos docenas y media de mocosas, se levantaban, creciendo, atiplándose en terrible sonsonete, todos los horrores del delecto: *ere-a-ra*, *ere-i-ri*, se oía por un lado; *be-a-ba*, *be-i-bi*, por otro; aquí, *ese-a-ele sal-gu-e-ve*, *salve*; por allá, una trabazón de sílabas imposibles de desenredar. Total: un Babel chiquito.

En la banca frontera se alineaban como veinte varones, no menos atareados, no menos chillones que las chicas, si bien algunos, un tanto graves por sus adelantos, cacareaban con más formalidad, casi de corrida, y a pura memoria por supuesto, aquello de «por la señal de la Santa Cruz venció Constantino al tirano Magencio», pasaje de la cartilla que abría a aquellos estudiantes, horizontes sublimes en el cielo de la historia y del arte. Cuando se llegaba a eso, estaba uno iniciado en los misterios de la humana sapiencia.

Separados del grupo, como los dioses de la masa de los mortales, había tres o cuatro por allá en un rincón. No alzaban mucho la voz, no señalaban el renglón con el puntero, y, aunque hacían muchos visajes, estirando el pico, bizcando a ratos, apenas si miraban el catón. «A los azores, aves de rapiña, cuenta San Alberto Magno», cantaba éste; «San Luis, Rey de Francia, al acostarse con sus hijos», cantaba aquél; y, absortos, embebecidos en su grandeza, en los ejemplos estupendos del libro inmortal de San Casiano, ni cuenta de la vida ni de su propio ser se daban estos sabiondos.

Compitiendo en aplicación, en apuros y en afanes, pronto se cansaban los dos bandos. Era entonces el rascarse la cabeza, el bostezar tedioso, el estregarse unos contra otros aquellos cuerpecitos. Venía un aleteo rumoroso de cartillas, catones y citologías; ya no había Constantinos ni Magencios, *ni los bueyes mugían, ni tiraban de los carros, ni araban la tierra*; caíanse al suelo los punteros, y había que irlos a buscar; una muchacha pellizcaba a su compañera; un rapazuelo metía las manos en los bolsillos, las sacaba y hacía fieros; el otro le arrebatava los corozos. Llega el momento de las quejas: «que éste me está arrempujando», «que Carmela me jurgó», «que Toto me rompió la ruana»; a la vez que de banca a banca se sacan las lenguas, se hacen gestos, y aquel murmullo se define en alboroto de veras.

¡Siga la leyenda! — grita el maestro.

¡Ni por esas! Muchos se atropellan y quieren ir a dar la lección todos a una. Como pocos la saben, el maestro, sofocado, esgrime el puntiagudo chuzo de macana con que apunta, y aquí pincha una mano, allá un molledo, acullá tumba un catón. Se oyen chillidos lastimeros, tanto más lastimeros cuanto más fingidos, y todos se apartan. Pasa entonces una cosa horripilante: de la camilla-carreta donde yace el maestro, se alza, largo y delgado, un palo que tiene en la punta un rejo más largo todavía; agítase en el aire, ondula y silba como culebra voladora, y, sea en la banca de las hembras, sea en la de los machos, no se oye sino ¡*güüipi, juiipi!* En vano se frunce, se compacta, se achiquita la rapacería; en vano protesta a voz en cuello, porque la culebra sigue a destajo, y, caiga donde cayere, cada cual lleva su parte, pagando a veces justos por pecadores. No siempre va a la montonera; que en ocasiones se ceba en determinados delincuentes, y ¡cuidado si es certera!

A raíz de la tormenta, le acometen a la mayor parte necesidades apremiantes. Pónense en pie, levantan la mano, y, por turno, pronuncian las palabras sacramentales. Entre confuso y enojado dice el maestro:

Vayan, pero cada cual por su lado, y cuidado con ajuntasen.

Pues es de saberse que el *campo* aquel tenía dos departa-

mentos, otras tantas entradas y una frontera infranqueable en derecho.

Pasadas la lectura y toma de lecciones, entra el Maestro en la enfadosa tarea de *echar el renglón* , que consiste en palotes, a los de pizarra, y el nombre del discípulo, a los de papel.

Sólo Carmela Aguirre no tiene que habérselas con el Maestro ni con nadie, sino que se sienta muy satisfecha, y toma por modelo una muestra de letra inglesa que decía: *El inocente duerme tranquilo* .

El pobre Maestro quedaba rendido, y, cuando ya los escribanos garrapateaban en sus puestos, llamaba al monitor de la arena, para que dirigiera esta sección, constituida por los que de tiempo atrás se denominaban los *gorgojos* . Este monito-razgo, gloria suprema de la escuela, lo disfrutaba seis meses hacía Toto Herrera, no sin que sus envidiosos condiscípulos intrigaran cuanto estaba a su alcance por arrebatárselo.

Inflado de orgullo, alzándose los calzones y sonándose con estrépito, salió el afortunado. Los *gorgojos* se arremolinaron, y apercibieron sus chuzos y clavos para trazar las letras. Una vez en sus puestos, saca Toto la menuda arena del cajón, riégala en toda la tabla, y, pasándole con mucha petulencia la plancha de madera que emparejaba aquello, grita con ese tonillo peculiar que a nada se asemeja:

¡Manos abajo! ¡Atención!

Toma su chuzo, se agacha, traza algo y torna a gritar, en tres tiempos:

Vean la letra A. Véanla bien antes de hacerla. Háganla.

No ha terminado el berrido, cuando todas aquellas manitas, torpes, apresuradas, describen, haciendo crujir la arena, escarbamientos de gallina, colas enroscadas de animales desconocidos, jeroglíficos de monumento indígena. Si ha cesado la chillería del deletreo, es para empeorar: la voz de Toto, atascada por el desarrollo de las glándulas carótidas, se destaca bronca y cerril sobre ese fondo de ruidillos a cual más fastidioso: los golpes y los rayones del lápiz sobre las pizarras, que destemplan los dientes; aquella plancha de la arena que parece pulverizando azúcar refinado; ese sobar con babas sobre las engrasadas pizarras a cada garabato que no sale a gusto del calígrafo; las

muchachas, que siempre han de estar en secretesos, que se rozan, que se estriegan las ropitas; aquel otro zarrapastroso que se rasca contra las asperezas del suelo el jarrete colonizado por las niguas; el de más allá que tira de las greñas al vecino; la otra mocosuela que lame el chisguete que ha echado sobre la plana; los sustos e inculpaciones por esta catástrofe; el mojar estrepitoso de las plumas hasta el fondo del tintero; aquella movilidad nerviosa de lagartijas, aquel rebullicio de granujas; todo ese ajeteo de rapaces reunidos, ponen al infeliz Maestro de pulsarlo con vino.

Como regañar sería inútil, cierra los ojos por no ver aquello, y qué de cosas se pierde.

Unos, muy pagados de sus planas, estiran el pico, ladean la cara a medida que escriben; hay una rauda pendolista que, a cada palotada, lebanta la cabeza y da un hipido imitando el movimiento de las gallinas cuando beben; hay una de las judíotas que quiere doña Sola de Samper pintándose lunares en los brazos; uno que lleva los calzones amarrados con el guaral del trompo, ha establecido la chumbimba sobre la pizarra, y tiene el corozo a tiro de apuntar a la cabeza del Maestro que ha tomado por mocha; *un gorgojo* hembra, con la cara de ángel toda sucia y el pelo rubio hecho un birutero, se ha quedado como reza la muestra de Carmela, pero con la boca bien abierta; en tanto que los hijos del alcalde, vestidos de paño verde que fué de un billar, sacan de los guarnieles los manises, los carestos y los amolaos, para despertar envidias.

Aunque de todas las clases sociales, nivelan aquella escuela los remiendos, los desgarrones, la mugre y el olor. Orejas hay allí que parecen untadas de asiento de chocolate; pies tomaditos de carrumia y faltos de uñas, si no es que el bicho aquel se los tenga purulentos y manantiales. No hay cabeza que dé indicios de peine, ni corpiño de muchacha que tenga broche con broche, ni posadera de varón que carezca de ventana. Hay faldas rajadas hasta el borde, y que no tremolan porque un nudo hecho con sus puntas las detiene; calzones que, a fuerza de rodilleras, más parecen mangas. De los sombreros no se diga: todos los llevan a la espalda colgados del barboquejo. Calzado no se ve de ninguna clase; pero sí varios guar-

nieles, cuáles de vaqueta, cuáles de pañete, esotros que fueron bordados en anjeo por la mano cariñosa de una madre. Pañolón de trapo gastan algunas; montera, una que otra; ni pañolón ni montera, las restantes; y tales atavíos mujeriles están colgados en un lazo que hay en un rincón a manera de percha.

Al tenor de la descrita, tenían lugar tres sesiones cuotidianamente: por la mañana, al medio día y por la tarde. Para entrar y salir no se fijaron horas determinadas, por la sencilla razón de que en el pueblo no había reloj público; y de bolsillo, solo el Cura y don Juan Herrera, padre de Toto, lo gastaban.

Así es que los niños no ansiaban el oír campanadas, sino una tosecita que salía de los lados del corredor y que era preludio de la dicha estudiantil, pues no bien sonaba, cuando se abría la puerta, y asomaba, larga y escuálida, la figura de una viejecita, que decía con voz tediosa:

Y' es l' hora pa largar.

Con lo cual se armaba el gran bochinche de la salida.

Era esta figura nada menos que la señá Vicenta, mujer del Maestro. Tenía carita de loro; traje siempre lavado, con el corpiño abierto por detrás; pañuelo de yerbas en la cabeza, anudado bajo la barba a guisa de capota, y alpargatas en chancleta; toda la viejecita muy aseada y correcta, si cabe corrección en la miseria.

El sumo sacerdote de este templo de Minerva yacía en su camilla de ruedas. Sobre ser Maestro de escuela, estaba tullido desde tiempo inmemorial. Para los alumnos fué siempre una terrible y misteriosa adivinanza, cómo aquella cabeza de hombre pudiese estar encabada en «una cosa tan chiquita que ni cuerpo de cristiano parecía»; pues el bulto que presentaba bajo las delgadas mantas esta pobre humanidad de «El Tullido» por antonomasia, no era mayor que el de un rapazuelo de ocho años. Tan contraído y deformado estaba que parecía faltarle el espinazo. Con dificultad podía menear el pie derecho; sólo en la nuca y en los brazos tenía movimiento, y éste un poco forzado en el izquierdo. La siniestra mano la veían los granujas en sus pesadillas: eran cinco garfios apartados y nudosos de pieza entera, que nunca se cerraban, que agarraban rígidos, sin apretar: algo así como la mano de palo que apaga las luces

del tenebrario. Con la derecha, a más de persignarse muy bien y de esgrimar el arreador y el chuzo consabidos, escribía claro y pronto, si no muy correctamente; y para lo último le servía de pupitre una caja pequeña que tenía siempre entre el marco de la carreta, caja que parecía estar clavada allí, y en la cual guardaba el recado de escribir, lápices de pizarra, algún pliego de papel, que no dineros, como pretendían los discípulos. La cabeza, en forma de calabazo, podría representar la de un sacerdote poseído de neurosis ascética; era aplanada de cráneo, de cabello recio y entrecano, cortado siempre al rape como un cepillo; ni pelo de barba en aquella cara amarillenta y marchita; y no porque fuese lampiño el santo varón, sino porque su compadre Feliciano, alma caritativa como pocas, lo afeitaba jueves y domingo y le cortaba el pelo cada quince días, merced a lo cual se le formaba por toda la rapadura una sombre cenicienta que lo aclerigaba más y más. Los ojos pardos resultaban muy tristes y abismados entre el paréntesis de la hirsuta ceja y de la ojera negra, tan negra que se dijera de corcho quemado, tan honda que semejaba cicatriz. Sólo dos raigones amarillos asomaban bajo los hendidos labios; la nariz tosca, de fosas muy abiertas. Esa cara tan fea tenía una expresión de tristeza resignada y beatífica que atraía.

No fué Maestro atrabiliario ni de viarazas: si chuzaba y daba azotes a la indómita chusma, abedecía a la consigna del superior, a la ley de su tiempo, en que era un axioma aquello de «la letra con sangre entra y la labor con dolor».

II

Por esas calendas hubo en la aldea cambio de párroco. A los pocos días de llegado el nuevo, llamólo El Tullido para que lo confesase; y luego, al punto quedaron encantados uno de otro: el sacerdote, de hallar alma tan sana en cuerpo tan enfermo; el Maestro, de tanta sencillez y mansedumbre en aquél que él diputó por lumbrera de la Iglesia.

Acabada la confesión, sacó el padre su yesquero de cuerno engastado en plata, ofreció lumbrera y cigarro al penitente, y no bien ambos hubieron encendido, acercó aquél un taburete junto a la carretilla, y, con tono de viejo amigo, y como quien reanuda una conversación, dijo:

¿Conque hace treinta años que está tullidito?

— Sí, mi padre, treinta años largos — contestó el infeliz, muy agradecido por el tono insinuante y cariñoso del sacerdote. — ¡Bendito sea mi Dios que no me ha dejao morir de necesidad!

Y luego, como el padre Cura le manifestase deseo de conocer su historia, El Tullido habló así:

A los siete meses de casao, me comprometí con los Herreras a iles a componer un molino, puallá a *Volcanes*, qu' es la cañada más fea y más enferma que hay. Me fuí apenas conseguí dos oficiales, y desde el día en que llegamos encomenzamos los trabajos. Ibamos ya muy adelante, y hasta creíamos que íbamos a acabar antes de mes y medio, qu' er' el tiempo que

habíamos calculao; pero resultó que los aserradores cayeron con fríos en la misma semana, y, como los llevábamos alcaniaos, nos quedamos de balde. Como yo, mi padre, era un hombre muy guapo y de mucha fortaleza, aquí onde usté me ve, y como estaba de mucho afán, porque tenía que venime a acompañar a Vicenta, qu' en esos días iba a alentase, les dije: Caminen vamos a traer esa madera, y, si no hay aserrada, aserrémola nosotros, que yo yambién sé aserrar. — Ellos dijeron que sí al momento; echámos bastimentos en una jíquera, y cogimos falda arriba pal aserradero. Resultó que no había qué traer, y, entre los tres arrimamos y montamos los palos, y dijimos a echar serrucho. Cuando íbamos a bajar del aserradero, dizque pa comer algo tempranito, se escureció de presto ¡y dice a llover, mi padre, y a hacer huracán en aquel monte que aquello parecía el día del juicio! Mientras corrimos al rancho qu' estaba ai mismo, nos volvimos patos. Al momento corrieron quebradas de agua de toditos laos, y el rancho se anegó. Creímos que un aguacero tan terrible pronto escampaba; pero de rato en rato más se desataba el aguacero, hasta que se volvió una granizada que parecía desgranando maíz. Por todo el rancho s' iban haciendo los panes de granizo, que no había un campito onde parase uno. A todo esto vuelve el huracán más duro que antes, y dice ¡a bramar y a tumbar palos! Pocas ocasiones me ha dao miedo a yo; pero, mi padre, cuando oímos eso, me coló un recelo que, ai mismo, entre la granizada revuelta con el pantano del aserrín, nos hincamos de rodillas a pedir misericordia. Ninguno de los tres sabía rezar la Maunífica; pero rezamos el *Santo Dios* y una porción de credos y de padre-nuestros. Tiritando y escurriendo los trapitos nos estuvimos hasta la propia oración, que vino a escampar, y tuavía tuvimos qu' esperar un rato a que bajara la creciente que venía por la trocha. Ya muy de noche arrimámos al molino, y, después que nos calentámos al pie de una jogonada qu' encendimos, merendamos muy a gusto y echamos a grogiar por lo que nos había pasao y el susto que nos dió.

Esa noche, aunque me sentía muy foguiao, no pude dormir, sino que me lo pasé voltiándome en l' estera. Al otro día, cuando aclariaba, me fuí a levantar; pero sentí un dolor en las

piernas tan sumamente duro, que tuve que volver a acostame. A propia hora me dentró un causón muy alto; pues a la noche ya yo estaba gritando de dolor; pero no era en las piernas no más sino en todita l' arca 'el cuerpo: me parecía que me machucaban todos los güesos, qu' m' iban clavando estacas atravesadas y de punta. Me fuí entiesando, entiesando, hasta que quedé casi sin movención. Mis compañeros y la cocinera que nos llevaba la comida desde el molino de abajo, me valían como a un chiquito.

Así pasé como veinte días: tiraos en aquel zarzo, sin pegar los ojos, sin pasar más alimento que unos tragos de aguadulce o de caldo de güevo. Los compañeros me daban sobas de guaco, y baños de cordoncillo, y bebidas frescas; pero nada me valía. Uno d' ellos fué a recursase al molino de abajo, y trajo un purgante de jalapa y calomel. Me lo tomé..... y como si l' hubieran echao a l' acequia. Antoces mandaron por ño Luna, qu'era el médico d'esos laos. Vino al momento, y agarró a tirame de las canillas y de los brazos, dizque pa ver si me desentiesaba, y lo qu'hizo fue atormentame y acabame de postrar. Visto que no hacía nada puese lao, se fué pal rastrojo, y trajo las siete yerbas; las machucó bien, y compuso con ellas un unto de sebo derretido, y les raspó un poquito de l'uña de la gran bestia, del colmillo del caimán y del cacho del ciervo que manibaja siempre en el carriel, y, así bien calientico, me untó por todo el cuerpo. Me dijo qu'estuviera tranquilo, que con ese unto m'iba a aliviar precisadamente. ¡Quién dijo, mi padre! Al otro día amanecí pior, y con una sequía y un fogaje que me quemaba por dentro. Antoces dijo ño Luna que lo que yo tenía era la reuma regada por todo el cuerpo, y que se m' estaba secando l'agua 'l cogote; pero qu' él m' iba a dar un vaho. Al momentico mandó al molino de abajo que le trajeran tabaco en rama, y todos los cabos que toparan, y un' olla grande. Al momento se aparecieron con tres mazos y con una jiquera d'e cabos y l' olla.

Puso todo el cabero con el tabaco picao a jerver, y a un rato subieron l' olla al zarzo. Entre los dos compañeros y un mozo que vino del molino, me alzaron en guando de l' estera, y ño Luna me puso l' olla por debajo, y les dijo que me fueran

voltiando muy despacio paque recibiera el vaho. Pensé que me sancochaban las espaldas con eso tan caliente; y, cuando me voltieron boca abajo, y se me vino esa jedentina tan fuerte, me dentraron tantas ansias que ai mismo vomité un caldito que me había bebido. Pero resultó que, con la chapadanza que hacíamos en aquel zarzo tan estrecho, se quebró l' olla y se perdió el remedio.

— ¡Gracias a Dios! — interrumpe el sacerdote — porque si no lo envenena ño Luna con su vaho.

— Tal vez sí, mi padre, porque desde propia hora sentí una fatiga, una maluquera tan grande que hasta se me olvidaron los dolores. Creí firmemente qu' entregaba esa noche los aniseros; y les dije a los muchachos que vieran a ver si podían venir al sitio puel Cura, a ver si me alcanzaba. Pero, qué cura, mi padre ¡cuando ese monte qued' en el cabo 'l mundo y hacía un invierno que no había caminos!

Lo que sufrí en ese monte con ese mal tan violento me parece que me ha de servir pa compurgar mis culpas. Ño Luna se fue, creo que hasta caliente con yo, porque le dije que no me hacía más sus remedios. Antoces le dije a los compañeros que yo era un pobre, pero que les daba una vaquita que tenía y lo que me debía el patrón, con tal que me sacaran al sitio, a ver si acaso alcanzaba a llegar con vida a mi casa. Uno d' ellos fue al molino a buscar socorro, y dio la fortuna que topó allá al patrón que acababa de llegar. El patrón mismo vino aonde yo, mandó cortar guaduas, y qu' hicieran una barbacoa con unos arcos de chusque; me pusieron en ella tapao con unos enceraos, y entre cuatro piones me trajeron en hombro al molino. ¡Antoces sí fue que me puse malo! Cada ratico me descargaban en el camino pa dame algún alimento; y en todo el medio día alcanzaron a sacame al alto del *Contento*. Ai pasé la noche. Cuatro días andaron con yo a raticos, porque les daba un pesar de ver cómo me ponía; pero por fin me arrimaron a las *Animas* a cas de un conocido mío. Ai nos topámos con el padre Inacito, que Dios tenga en su gloria, qu' iba a confesame; y, aunque le parecí muy malo, dijo que d' eso no me moría, y que lo que tenía era debilidad. M' hizo matar gallina; y que me la comiera, aunque fuera sin gana. Determinó que

no siguieran con yo, porque, en el estao en que yo me hallaba, era matame de una vez. Despachó los piones pa la mina, y arregló con los dueños de la casa pa que me asistieran por unos tres o cuatro días hasta que yo estuviera más fuertecito, y se comprometió a mandar por yo del sitio. Al otro día mandó medicinas, azúcar, sagú y otras cosas, y desde ese mismo día recobré alguito de alivio; y si n' hubiera sido por la cosa de Vicenta, no l' hubiera pasao tan mal con esa gente tan formal y tan caritativa. Pero yo no, mi padre, no me halagaba por nada, y siempre me parecía que me moría.

Como a los cuatro días se apareció por yo el dijunto Aguirre con otros dos cargueros. Desde que lo vide me dió no sé que recelo, porque al pobrecito — mis palabras no le ofendan — le gusta el aguardiente, y me pareció qu' estaba con traguitos. No bien arreglaron la barbacoa, alzaron con yo; Aguirre solo por la punta de abajo, y los otros dos por la cabeza; y cogieron falda arriba. Cuando llegamos al *Alto* ¡dice a llover! y determinaron descargame dizque pa que descansara; pero fue pa ellos beber aguardiente. Aguirre sacó la cacha, y entre los tres se la metieron íntegra. Sin escampar siquiera, me alzaron otra vez; y en una casita que había más abajo me volvieron a descargar; y yo, desde el alar onde me tendieron, reparé, por un roto del encerao, que compraron trago otra vez y que volvieron a llenar la cacha. Antoces les dije que yo me sentía muy malo, que me dejaran ai; pero Aguirre dijo que ni bamba, qu' estaban comprometidos con el padre Inacito a poneme en el sitio muy temprano, y que no fuera cobarde, que me tomara un traguito, y vería cómo me componía mucho. Tanto me jerinaron, mi padre, todos tres, que tuve que meteme el trago. No me pareció que me hubiera sentao mal, y les dije que siguiéramos, pues. Pero más valía que me les hubiera ranchao: me cogieron a carrera tendida, y encomencé a zangolotíame en aquella barbacoa como árguenes en un muleto. Yo les suplicaba por Dios que andaran más despacio, que me acababan de matar, que se caían con yo; y pior lo hacían. Aguirre principió a grogiar: «que aquí llevamos al dijunto Dimitas Arias que se murió puaá en *Volcanes*»; y, haciendo que lloraba, decía:

«No murió de calentura
Ni de dolor de costao,
Sino de una corneaíta
Que le dió el toro pintao.»

— ¡Ah, salvajes! — prorrumpió el sacerdote, poseído de santa indignación.

— Eso era del aguardiente, mi padre; ellos no estaban en su sentido. Yo sentía que la cacha iba pasando de mano en mano; y seguían con la groja del dijunto. Y como los dijuntos montañeros hay que llevarlos muy ligero, porque la sepultura los tira, me llevaban volando. ¡Me matan estos verdugos!

— grité yo casi llorando del desespero y la fatiga. — Y no había acabao de decilo cuando el Aguirre se resbaló, y yo caí con todo y guaduas, y al caer me salí de la cama, y fuí a dar puallá muy abajo contr' una piedra. Ai mismo se me fue el mundo, y me aicidenté.

El Tullido hizo una pausa, y el Cura una mueca que parecía un puchero. Por disimular su emoción, volvió a sacar lumbre y a encender.

— Cuando volví en sí — prosiguió el narrador encendiendo otra vez el cigarro — estab' el padre Inacito encomendándome l' alma. No supe cuando llegámos al sitio; pero, entre gallos y media noche, me acuerdo que la casa se llenó de gente, que sonaba el esquilón y que el padre me trajo a Nuestro Amo..... y que yo lo recibí con mucha devoción.

Como la gente d' este sitio es tan buena, no me desamparaban un momento en esos días: todos creían que me moría más hoy, más mañana. A yo me manijaban unos ratos los hombres; otros, las mujeres; pero como yo no perdí enteramente la conciencia, yo auservaba que Vicenta no estaba con yo, ni la vía por parte ninguna, y se me ponía a ratos que se había muerto en el trabajo; mas sin embargo, no oía llorar criatura ni nada.

Como l' iba diciendo, yo siempre ponía cuidao a ver si oía a Vicenta y a la criatura; pero habían tapao la puerta del cuartico con un' estera, y a yo me tenían en un rincón de la sala, casi tapao con unos trapos que colgaron de unos varales. En ocasiones me parecía oír la prenuncia de Vicenta, como ha-

blando pasito, pero pronto vía que eran pareceres míos no más; y últimadamente, mi padre, yo no estaba más que pa gritar con los dolores que padecía y pa prepararme a buena muerte.

El padre Inacito estaba cada momento a mi cabecera, pulsándome, ayudando a bregame, rezándome l' oración a mi padre San José y otras devociones muy preciosas.

Un día oí que me dijo:

«Hombre Dimas, d' esta no te morís.»

Y comenzó a consolame, diciendo que yo lo que tenía era rematís, y que me había descompuesto en la caída; pero que no más me fortaleciera un poquito, iba a mandar por un componedor muy hábil; y que ya le había escrito a un doctor de la Villa contándole mi achaque, pa que mandara la receta.

Antoces le dije:

— Bueno, mi padrecito, pero ¿Vicenta sí es muerta? No me lo niegue.

El se riyó con una risa que tenía, muy sabrosa, y levantó los trapos de la cama, y fue y levantó l' estera del cuartico, y dijo:

— Vicenta, hablále y asomá la cara pa que te vea.

Yo no la vide bien; pero sí le oí que me dijo:

— No tenga pensión, mijo: desde aquí de mi cama lostoy acompañando: fue que quedé algo enferma.

Y yo dije, muy confundido:

— ¿Pero esto qué contiene?

Y el padre me contestó:

— Lo que contiene es que te quedates sin conocer la pinta: el muchachito se lo llevó mi Dios a los tres días de nacido: la víspera de traerte lo enterrámos.

Aquí dió un suspiro el Tullido, hizo pausa, y luego, con tono que quería hacer jovial y resultaba amargo, agregó:

— Y sin conocer la pinta me quedé.

— ¿Cómo fue.....? — repone el sacerdote con aire de vacilación. — ¿No tuvo más hijos?

— No, mi padre — murmuró el pobre hombre un tanto conmovido — ; desde el día que caí con ese mal, hasta volveme como estoy, no volví a servir pa nada. La crianza qu' iba a hacer Vicenta con los hijos, la ha tenido que hacer con

yo..... Porque, ya ve, mi padre, que casi me tiene que lidiar como a un chiquito.

— ¿Pero ni un día siquiera pudo levantarse?

— Ni uno, mi padrecito. Lo qu' es el suelo no lo he vuelto a pisar. La pobre Vicenta, en lugar de marido, lo que le quedó fue un estorbo..... No me valieron medecinas de ningún doctor; como tres componedores trajo el padre, y no hicieron más que atormentame: no me valió nada. Mi Dios no quiso sino que yo compurgara aquí mis culpas, porque me pusieron medidas del Señor Caído del Hatogrande, y el padre Inacito fue allá a pagar una promesa que mandámos..... y tampoco me valió. De día en día m' iba engorobetando más. Primero se me jueron juntando los muslos con el estómago, después, las canillas con los muslos, y asina me he ido quedando tieso como fierro, lo mismo que compás de carpintero cuando se mogosea. Lo que fue dolores sí se me fueron quitando poco a poco; después me volvían por tiempos; pero ya hace muchos años que no siento nada. Un doctor que vino a ver a la mujer de don Juan, se admiró de que yo no estuviera embobao o loco, dizque porque tengo no sé qué quebradura en el espinazo y no sé cuantas cosas más. Pero ¡bendito sea mi Dios! de fatuo sí que me parece que no tengo nada; antes me parece que tengo más conocencia que cuando era mozo y alentao.

III

El Tullido, engolosinado con la mucha atención que le prestaba el sacerdote, prosiguió el relato, que, por vía de prontitud y claridad, terminaremos de nuestra cuenta y cosecha.

Cuando el padre Ignacio, protector declarado de Dimas, persuadióse de que éste era un inválido, se dió a entender que era preciso inventar algo para libertarlo del hambre. Desde luego, se le ocurrió hacer de él un maestro-escuela. Viérase entonces al buen sacerdote tomar soleta todas las tardes, lloviera que tronara, en dirección de *El Saperó*, a cas de Vicenta; viéraslo haciendo el pedagogo con un discípulo que en su vida había agarrado cartilla, ni tenido noticia cierta del uso de la tinta, y a quien impedían estudiar los dolores del cuerpo y las tristezas del espíritu. Entre pizarra y catón, entre papel y citología se fueron endilgando aquellos cursos, y hoy deletreo, mañana junto sílabas; ora palotes, ya signos, día llegó en que Dimas era hombre de escribir — con lirismo ortográfico, se entiende, — cuanto se le dictase, y de lanzarse él solo en una lectura tan corrida, que ni punto final, ni el interrogante más pintado, eran parte a detenerlo, ni a que cambiara en un ápice siquiera aquel tonillo piadoso de novena que tomó desde el comienzo, y que lo mismo para él que para el Cura era lo supremo del arte. Y a tanto alcanzó en esto de lectura, que, en voz alta, y acentuando cada vez más el estilo, se apechugó todo el *Arco Iris de Paz* y toda *La Familia Regulada*. Oyéndole

estos primores, pasaba el padre Ignacio las horas muertas, y le chorreaba cada baba que ni parvulillo en dentición.

No menos avanzado se andaba en caligrafía: con ser que la posición era harto incómoda, la pluma, si muy parada y casi cogida del arranque, iba resbalando por el papel sin trepidar un punto. Y, bien que el estilo del Maestro fuera clásicamente morante, el discípulo se mostró desde el principio original y personalísimo, sobre todo en letra gorda. Y cuenta si sabía garbear! Caracoles rasgueaba, al arrancar mayúsculas, que parecían cachumbos de vitoriera; palos y rabillos más eran cosa de dibujo, y su rúbrica, la de Pilatos pintiparada. Para «echar cuentas» lo tenía el Cura poco menos que por un Newton, y en cuanto a saber la doctrina y explicarla, se quedaban en pañales los doctores de la Iglesia. En suma, que a los nueve meses escasos le discernió el grado. Fue aquello desde el púlpito, donde poseído de la elocuencia que da el entusiasmo, hizo el penegórico de El Tullido y anunció la gran nueva de que al día siguiente se abriría la escuela bajo su inmediata vigilancia.

No hay para qué encarecer si la exhortación tuvo efecto, siendo esta escuela la primera que se abría en el pueblo y teniendo un patrón de aquel calibre.

Con ser que la sala era espaciosa, el Cura se vió y se deseó para acomodar aquel muchacherío, sin revolver las hembras con los otros machos, ni los de siete años con los de quince o dieciséis. Otra clasificación no se intentó siquiera, ni había para qué; pero sí hubo distribución de días y de materias: martes y viernes enteros, para doctrina; los días restantes, para lo demás; y medio sábado, para toma de lecciones. A más de este plan, que poco a poco se fué perfeccionando, ideó el Cura la cama-carreta, la caja-escritorio y el palo con el rejo; que lo que fué el chuzo lo inventó El Tullido mucho tiempo después.

Todo discípulo, bien fuese un mocosuelo de seis años o un grandulón de quince, pagaba una peseta mensual o su equivalente en especies. Así era que, a fin de mes, llevaban: el almud de maíz o el cuartillo de fríjol, los hijos de labradores; sus dos libras de carne filtrajosa, los del carnicero, y así cada cual su parte, siendo pocos los que llevaban los dos reales. Amén de

esto, El Tullido recibía a menudo de mano de sus discípulos o de las madres, regalos de tabacos, de cuartos de cacao, de bizcochos, etc., con lo cual se daban marido y mujer la gran vida, tomándose al día cinco cocos de chocolate de harina, con mucho quesito y muchísima arepa de maíz sancochada, fuera de los almuerzos de espinazo y las comidas de frijoles con tropezón de marrano.

Tal era el famoso establecimiento de cuyas aulas salió toda la sabiduría de los viejos del pueblo.

A los pocos años de fundado, pudo el padre Ignacio morir tranquilo con el auge de su protegido. Ni aun en su testamento lo olvidó: lególe la imagen de mi padre San Roque con todo y nicho, y un Niño Dios quiteño, en el cual cifró El Tullido las delicias y el consuelo de su vida, si no fué que se le antojase ver en él la pinta aquella que no alcanzó a conocer.

Era tan lindo y tan gordito. Sentado muy orondo en su dorada silla de copete, con su mitra de plata y su túnica bordada de lentejuelas, con su carita tan lozana y sus mejillas arreboladas, parecía un obispito de gran parada. En la diestra llevaba el mundo, y en la izquierda, una flor que el Tullido hacía renovar todos los días. Sobre tan buenas partes, tenía el Niño la de poderse vestir, la cual daba lugar a las contemplaciones y al mimo por el lado de los trapos.

Estas imágenes, lo mismo que una de la Cueva Santa, otra de la Virgen de Valvanera, y algunas más en cromolitografías empolvadas y roñosas, ocupaban una tabla a modo de aparador, colocada arriba del ventanillo, y que llenaba todo el lado del *Callejón de El Sapero*. En el centro, el nicho de San Roque, en cuyas alas de escarapate estaban pintados en la parte interior — y no por Vásquez seguramente — una Santa Rita muy escurrida y tocada y un San Pedro Alcántara, muy esqueletudo y miedoso, con tamaña calavera en una mano. Un pañito bordado de hilo rojo, agitado de día por el viento, perseguido de noche por las moscas, colgaba a los pies del Niño. Por delante, por los lados, por todas partes, con simetría primitiva, lucían candeleros de barro, frascos con flores de botón de oro y de siempreviva y ramilletes de flor de uvito.

IV

En aquella escuela *sui generis*, la disciplina era cosa desconocida. Claro está. Novillos hubo hasta de semana entera; en la clase misma, fuese por acción o por omisión, casi todos se salían con las suyas, si bien los chuzones y latigazos lograban tal cual vez meter en cintura, siquiera por un día, a más de un revoltoso.

Pero en la época en que lo presentamos, el Maestro estaba ofuscado con un diablo de muchacha que le tenía perdida la escuela, y a quien, por motivos especiales, no podía dar pasaporte, pues era nada menos que Carmen, la de la muestra inglesa, hija del difunto Aguirre, el de la cacha de aguardiente, y de su vecina Encarnación, vecina a quien él debía muchísimos favores.

No había qué hacer con la indómita: ni por las buenas, ni por las malas, ni haciéndose el desentendido, sacaba de ella el pobre Maestro cosa de provecho. Y era lo peor que ni siquiera inquina le podía cobrar. ¿Cómo, cuando ella tenía por él y por la señá Vicenta los mayores miramientos? Carmen corría por candela cada vez que se le apagaba el tabaco; Carmen ayudaba a pilar el maíz y le atizaba el fogón a la vieja; Carmen le traía el tarro de agua, y era de verla con aquella guadua dos veces más alta que ella. En cuanto llegaba el maestro Feliciano, ya estaba Carmen inquiriendo si era la hora de la afeitada, a fin de buscar papeles para limpiar la navaja, aprontar el platon-

cillo de agua tibia y conseguir el trapo enjugador. Era un verdadero brete cuando el Maestro determinaba que lo llevaran a misa: desde el sábado por la mañana tomaba la acuciosa el ajuar dominguero de la cama-carreta, para devolverlo a la noche, aplanchadito y con todo el azul de Prusia que el caso exigía, y ella misma enfundaba las almohadas, tendía el rodapié bordado de ojetes, tapaba las pobres mantas con la histórica colcha de zaraza, en la cual se reproducía hasta por veinte veces «una señora montada en un caballo muy chisparoso», que era el encanto de los muchachos. No bien el Maestro Feliciano y sus hijos alzaban con el Tullido, ya estaba Carmen al pie de la cama, y ni en la calle, ni en la iglesia lo despintaba, hasta traerlo a la casa. Los domingos iba siempre a compras al mercado, y, unas veces hojaldres; otras, empanadas o siquiera dulunsogas o pepinos, nunca le faltaba el regalo para su Maestro; sin contar los manojos de coles y los de cebolla que a menudo le llevaba de la hermosa huerta que cultivaba Encarnación; sin contar las malvarrosas y claveles con que ofrendaba al Niño Dios. En fin, que la rapaza, en medio de su travesura y de su desaplicación, era una providencia para el pobre matrimonio. Y como su casa estaba a un paso de la escuela, la hallaba siempre a mano la señá Vicenta para cualesquiera menesteres.

Con la misma facilidad, con el mismo entusiasmo con que los desempeñaba, insurreccionaba la escuela y le armaba al Tullido unos líos, que el pobre se mareaba, columpiándose entre el deber y la gratitud. Un sentimiento análogo, bien que inconsciente, animaba a toda la turbamulta escolar con respecto a Carmen; pues todos, ya de un modo, ya de otro, tenía algo que agradecerle; esto sin contar las roscas de pandequeso que le hurtaba a Encarnación y luego repartía en la escuela en menudos pedazos. De aquí el que hasta los más grandulazos y puestos en orden se prestasen a todo enredo, a todo desorden iniciado por ella. Tal cual vez le entraban arrechuchos de aplicación y decía: «Estudiemus hartísimo, muchachos!» Y el *hartísimo* consistía en chillar hasta quedar roncos; y todos la seguían y todos quedaban atronados y dispuestos a darse al descanso y a la diversión después de tal hazaña.

El Maestro, habituado al fin al mariposeo y al vocear de

los muchachos, podía perfectamente descabezar un sueño en plena sesión; y pocas veces dejaba de hacerlo al medio día, hora en que le entraba el perro.

El que cerraba el ojo y Carmen que principiaba. Era una criatura invencionera que cada día añadía algo nuevo a la pizpirigaña (que por acá se ha llamado siempre *pizingaña*), al *esconde la rama* y a otros juegos infantiles. Pero lo más frecuente en estos retozos clandestinos, era alguna fantasía que se le ocurría de pronto, como banda de música, en que los popos de vitoriera hacían de clarinetes, las cartillas arrolladas, de bajos, y los muebles, de tambora. En cierta vez hizo un muñeco de pañolones, y, arrojándolo a la banca de los machos, exclamó: «Recojan el *botaito*», y el botadito pasó de mano en mano muy acariciado y agasajado por todos. Cayó esto tan engracia que casi siempre le pedían por unanimidad el *botado*, nombre con el cual quedó bautizada la invención. Y así, al tenor de ésta, iba sacando mil boberías, para la edificación de los alumnos y la buena marcha del establecimiento. Verdad que estos regocijos acababan siempre con rejo a la redonda, que ni estando muerto el Maestro dejara de sentir el alboroto; pero esto en nada arredraba a la Carmela, porque su divisa era aquella de que «después de un gusto.....», que, al fin y al cabo, vino a ser divisa de todo el muchacherío.

El santo varón, con serlo tanto, se daba al Diablo; y a la rapaza, los dictados más depresivos, amenazándola con el destierro perpetuo de la escuela. Poníase ella como una Magdalena, y juraba y perjuraba que nunca volvería a hacer nada reprehensible, y la enmienda duraba hasta la primera ocasión de acreditarla, con ser que a la indina la aterraba la idea de no volver a la escuela.

El Maestro, por su parte, trataba de hacer esfuerzos para pelearse con Morfeo, pero al fin se persuadió de que era en vano, y dióse a pensar que no pudiendo él, como no podía, con el sueño, cuanto menos había de poder Carmela con ese genio que Dios le dió. Tan lógicos razonamientos, unidos a los favores referidos, acabaron de inclinar al Maestro en favor de esta chicuela, que necesitaba de tan poco para loquear, según le viniera el humor.

También le daba mucha guerra el monitor de la arena, hijo de don Juan Herrera, uno de los magnantes más morrocotudos del pueblo; y no porque fuese de la laya de Carmela, sino por altanerote y levantisco, y porque toda cuestión con los condiscípulos la dirimía a pescozones. Con él había siempre alguna bronca casada para la salida, si no era que la armase en plena sesión; y aunque Toto salía siempre mal ferido en la refriega, no por ello se dejaba de retos ni baladronadas.

Para tal Reinaldo, tal Armida. A poco de haber entrado a la escuela, estando en la clase de escritura, se le acercó la Aguirre con muchísimo misterio, y le dijo al oído:

¿Querés que seamos novios, ole Toto?

Quédose el requerido pensándolo un momento, y, al cabo contestó:

— Cuando salgamos te digo.

— No; decíme ya — exigió ella.

— Pues bueno, ole — resolvió él, como quien corta el nudo gordiano.

Consistía la vacilación del muchacho en que Carmen, a más de poco garbosa, era muy cachetona y carisoplada, a causa del ahogúo que padecía; pero al mismo tiempo admiraba Toto en ella unas trenzonas muy crespas y unos dientes de porcelana; fuera de que no le parecía nada chinche ni acusona. Las roscas de pandequeso acabaron de decidirlo. Fueron acusados ante el Maestro, que se echó a reír exclamando:

Asina tenía que suceder. Como nos dejen con vida todo está bueno.

En un principio, los novios no se mostraron muy entusiasmados, porque ni en la escuela, ni en las hogueras y juegos de la plaza, ni en las cabalgatas en palos de escoba allende *El Saperó*, ni en el mataculín, ni en el columpio se buscaban demasiado, y acaso el noviazgo se hubiera vuelto tablas, si el Maestro, primero, y luego los discípulos no hubieran contribuído a anudar estos dos corazones.

Fué el caso que El Tullido — y detrás de él toda la escuela — vió en las trapisondas de Toto alguna conexión con los enredos de Carmela, y viceversa. De tal suerte se poseyó de esta idea, que si Carmen jugaba, regañaba a Toto; si éste reñía,

Carmen era la culpable. Los ponía de enemigos malos, de barrabases, de mataperros y de otras cosas que no había por donde agarrarlos, cargando sobre ellos todas las culpas que se cometían en la escuela.

Estos denuestros agradaban por demás a los condiscípulos, pero ninguno les encantó tanto — acaso por lo terrible de las circunstancias — como el de *Perjuicios* que les espetó cierta memorable ocasión en que la novia, por instigación del novio, sacó de debajo de la cama de señá Vicenta no sé qué utensilio. ¡Qué horror el de aquel día!

Desde entonces se quedaron con el mote de los *Perjuicios*. Y como quiera que el precepto gramatical sobre los nombres epicenos no cuela a los chiquillos, dieron a la hembra la desinencia femenina, y Carmen se quedó *Perjuicia*, y por *Perjuicia* se le conoce aún en su pueblo.

De todo esto resultó que los *Perjuicios* aceptaron incondicionalmente, como se estila ogaño, la solidaridad que se les achacaba. Al salir de una sesión prorrumpió ella, apasionada por su causa:

Por la pica que este Tullido y todos estos zambos de la escuela nos levantan testimonios, nos hemos de querer hartísimo yo y Toto, y hemos de hacer hartas cosas.

— Sí, ole — aprobó Toto con grande efervescencia — más que nos pelen.

Perjuicia sobre todo tomó el asunto con el fanatismo y alarde de las hembras cuando abrazan las causas políticas y religiosas, cuando se les antoja que van a meter mucho ruido y a representar el gran papel.

¿Leoncitos a Carmela? Desde ese día llevó más pandequeso del que llevara en antes; llevó algarrobas y corozos grandes, para tener el gusto de regalárselo todo a su *Perjuicio* y dejar a los demás «como perros velones». Desde ese día inventó los bucheros de agua arrojados a media sala; retrató la calavera de San Pedro Alcántara en las planas propias y ajenas, perfeccionó «el Judas»; y en verdad que quedaba diabólica con aquellos párpados sanguinolentos doblados hacia arriba, con aquella boca destarallada hasta las orejas, con ambos índices parados como cachos, y más que todo, con ese estrabismo de ojos, que

era su grande especialidad. Estos horrores, y otros muchos que sería largo enumerar, los hacía sin que El Tullido se durmiera, con lo cual se llevaba unos ramalazos de padre y señor mío.

Tres cuartos de lo mismo le acontecía a *Perjuicio*. Sin alardear mucho del amor de su prometida, se dejó decir en una clase que no estudiaba ni rezaba la doctrina, ni escribía si a *Perjuicia* no le daba la real gana; y cuando El Tullido, después de ordenar silencio general, fué a sermonearle por esta bocarada, el faccioso metió un *corcoveo* que a poco más se viene abajo el Niño Dios. (¿Sabe usted lo que es *corcoveo*? — Es un silbo sumamente agudo y destemplado que se produce cruzando los dedos de ambas manos, apretando las palmas e insuflando el aliento por la juntura de los pulgares, y que dice clarito: *corcoveo, corcoveo.*)

El Maestro, aturdido con tal onomatopeya, levanta el palo para acabar con el silbante; más de pronto se suspende, y, convirtiendo la cara a las vigas, exclama con profunda amargura:

¡Dios mío, Dios mío, revestime de pacencia pa no hacer un hecho con este perverso!

Da luego un acecido y grita a los muchachos:

¡Váyanse todos antes que mate uno!

Era un raptó, un desate nervioso que nunca había sentido. En esta repentina, inusitada exaltación se le agolparon en la cabeza sus miserias de enfermo, sus angustias de Maestro, el lote de desgracia que le había tocado en suerte.

¡Si le tumbarían la escuela esos enemigos! Eso ya no era escuela, eso ya no era nada, ni una merienda de negros. Más respeto le tenían a un palo que a él; y abusaban por su desgracia; porque no podía valerse ni arrojar de la escuela al malvado, puesto que don Juan lo había socorrido siempre y acababa de regalarle una cobija. No podía arrojar a Carmen tampoco, porque así ella como su madre lo tenían obligado con tantas finezas. Y lo mismo daría, porque la escuela toda se la tenían perdida aquellos enemigos. ¡Valientes muchachos tan terribles eran los de ahora! El, que enseñó a todo el sitio, no había manejado nunca una canalla como ese par. ¡Y de novios y matape-reando juntos, cómo se irían a poner! Si él pudiera dejar ese

diantre de escuela. Pero, ¿cómo? ¿quién lo mantendría? Y si no ponía remedio al mal ¿con qué cara iría a cobrarles plata a los padres, para que vinieran los hijos no sólo a perder el tiempo, sino a aprender maldades? ¡Ay! Si esa pobrecita Vicenta pudiera trabajar en algo, siquiera para comer agua negra. Pero ¿en qué iba a trabajar una pobre vieja? Harto había hecho la infeliz en bregarlo a él con tan buena voluntad, en conformarse con no tener marido sino un gusano. Gusano no, que estos tan siquiera se arrastraban por el suelo, y él estaba ahí en esa cama como en un cepo. Si tuvieran algún hijo que velara por ellos. ¡Que Dios no le dejase perder su alma al cabo de la vejez! Que si era su santísima voluntad que Vicenta tuviese que salir a implorar el bocado, le diera valor para soportar esa vergüenza, para recibir la limosna con humildad. ¿Por qué se habría puesto así, tan desesperado, después de haber sufrido tanto, tantos años, tranquilo y resignado?

Volvió la cara hacia el Niño Dios y con el alma le dijo:

Mi niño querido, mi único consuelo en esta vida, ilumíname lo que he de hacer pa arreglar esto. Mandáles aplicación y formalidá a estos niños, pa que yo pueda seguir en mi escuela, pa que pueda conseguir el pan nuestro de cada día; pa que no tenga que pedilo. No me dejés de tu mano, niño adorado.

Y aquí siguieron varios padrenuestrós y otras oraciones.

La señá Vicenta, maravillada al comprender que la escuela había salido sin que ella diese el aviso de ordenanza, entró a informarse de la novedad, y en cuanto vió al Maestro tan cariacontecido y con señales de haber llorado, murmuró, como hablando consigo misma:

Es' es que est' enfermo.

— Ello no, hija; estaba aburrido y largué muy ligero; pero no tengo nada.

— En la prenuncia se le ve qu' est' enfermoso. — Y se acerca a la cama y le pasa la mano por frente y cabeza.

— ¡Qué achaque he de tener! No sea embelequera. Es que hoy me ha agarrao el flato. (El Tullido, como toda la gente del pueblo en Antioquia, decía siempre *flato* por tristeza.)

— Eso sí 'stá malo — replica la viejecita arreglándole la

colcha, — porque como yo lo vea siempre contento, lo demás ai va.

— Eso se me pasa, hija. ¿No ha visto, pues, que yo siempre estoy tan alegre?

— Pues por eso me choca verlo asina. Tal vez es que tiene mucha de la fatiga con toíta la bulla que han hecho hoy esos muchachos. Voy a trele la comidita.

Y salió.

¡Esta sí era la que se iba a ir pa el cielo con todo y ropa! ¡Valiente mujer! Toda la vida bregando con un tronco de carne tirado en una cama, y siempre con el mismo modo y siempre con el mismo cariño, sin descuidarlo un momento..... cuando otras por ahí..... casadas con hombres alentados y buenos mozos..... El, siempre era muy malo cuando no le agradecía a Dios esa mujer que le dió. Era mucho el purgatorio que iba a chupar por su poca conformidad, por su mucho desagrado.

En tantos años de sufrir, no recordaba El Tullido haber experimentado una angustia como la de ese día, y nunca las notas de su desgracia le parecieron tantas y tan lamentables.

De ello sacó en limpio que era un hombre comido de pecados, a quien todavía le faltaba «mucho palo» para ponerse en buen punto de cristiano y aprender a conformarse con el querer de su Divina Majestad.

Esa tarde no dió escuela, sino que mandó llamar al Cura, quien, después de confesarlo, le aplicó todos los bálsamos y unturas espirituales del caso, aleccionándolo, además, sobre el modo cómo debía obrar con los *Perjuicios*, los cuales, por de contado, figuraron no poco en este largo parlamento.

V

Amaneció aquel lugar envuelto en niebla tan espesa, que entre las cocineras que madrugaron a coger el agua en los chorros de la esquina del *Cabildo*, hubo choque y quebrazón de ollas y calabazos. El sacristán, arrebuñado en su bayetón, y, en su manteo, el Cura, hicieron sonar los zuecos en las empedradas aceras y tocaron a misa; más de un perro, hecho una rosca, tiritaba por ahí contra alguna puerta; las vacas, echando vapor por todo el cuerpo, reclamaban sus crías en los cercados; éstas contestaban desde adentro, pero nadie salía a los ordeños; pajaritos cantores no se oyeron, sino que la lora del Cura, después de pedir repetidas veces al lorito real *que sacara la pata*, entonó el *Santo Dios* con lengua más estropajosa que de costumbre. Despeinadas y flechudas, se andaban por todas partes las gallinas, escarba que más escarba, comadreando si Dios tenía qué; en tanto que unos puercos protestaban de la argolla y de la horqueta con gruñidos de amenaza, hociqueo en las paredes, estregamiento contra las esquinas.

No bien los tules aquellos se descorrieron, y el rayo amortiguado de un sol anémico despuntó por detrás de la torre, se abrieron los balcones de la casa de don Juan, y misía Nicolasa salió a tender en la baranda los pañales del pequeñuelo; y detrás de ella, otras madres que, a falta de balcones, extendieron los trapajos en taburetes, frente a las puertas de sus respectivas casas. Un capítulo de gallinazos, graves y meditabundos,

que también asoleaban sus ropas en las alturas de la basílica y en el palacio municipal, se desgajaron cautelosos, atraídos sin duda por aquellas bayetas de parvulillo; mientras que otros, más muchachos y traviosos, se agolparon al frente de la carnicería, por ver si lograban una parvidad de piltrafa. Abrió el herrero la fragua; los de la renta, el estanco; señó Benjumea, el ventorrillo; don Juan Herrera, la tienda; y principió el palpitar febricitante, el hervir de la gran metrópoli.

¡Qué tiene que ver la de Semíramis! Grandiosas fábricas de vara en tierra, de bahareques, de techumbres de rabihorcado, ahora juntas, ahora dispersas; altos y bajos relieves de boñiga en muros y pavimentos; mosaicos de chorretas y rayones por dondequiera; avenidas alfombradas de yuyo quemao, de abrojo, de espadilla.

Filigranas de espartillo y de helecho visten los muros de huertos encantados; sobre los aleros de paja y de terrón se espacian la verbena y la sarpoleta y se desata en bucles la acedera; extienden los morales sus espinosas ramazones a través de las berjas de macanas; por los valladares de madera preciosa de caunce y de sietecueros, se entretejen la batatilla y la batata; túpenlos y refuérzanlos el lengüebuey y el barbasco.... tal vez para que ninguna vaca invasora vaya a perderse entre aquellas formidables vitorieras que, cual las huestes napoleónicas, han sepultado las mafafas, confundido los achirales, invadido hasta el cogollo los arrogantes platanales, puesto en duda la existencia de los chiqueros, borrado las fronteras y enredado la geografía de aquellos continentes.

Cual la insensatez humana que paga tributo al lodo inmundo, bordan las márgenes de *El Saperó* sauces llorones que lo besan; chachafrutos que le riegan sus pétalos purpúreos; borracheros que le adulan con la grosería de sus perfumes y la hipérbole de sus flores; dragos que enrojecen sus hojas para adornarlo.

En las ciénagas, vestidas de espadaña, agitan los yarumos su follaje de doble faz; en las hondonadas se yergue el zarro, esa palmera de la tierra fría; en los collados ostenta la flor de mayo su ríspido ramaje y su tricolor eflorescencia; descuélgase por las breñas el colchón de pobre; el helecho se prodiga por dondequiera; y por allá, de trecho en trecho, como caricatura

de custodia, se empina, desairada y grotesca, tal cual mata de girasol.

Cubre este lujo pesetero de la naturaleza un riñón atrofiado de los Andes. Sobre él a horcajadas está el pueblecito. Los gallinazos, esos poetas que giran en la altura, deben contemplarlo desde allá como el delineamiento de un alacrán. Las dos callecitas de *El Alto*, curvadas asimétricamente, son las antenas; la plaza larguilucha, el cuerpo; las tres calles que medio arrancan de ella a lado y lado son las patas, y, por último, forma la cola con todo y nudos, la llamada *Calle-abajo*. De modo que la escuela viene a quedar en la ponzoña. La paja de los techos, las paredes húmedas o empolvadas, el humo, las telarañas, el abandono, hacen de aquella aldea una mugre, un harapo de villorrio. El cielo que lo cobija parece de zinc lo mismo en invierno que en verano. Tiene la hermosura de la miseria, la poesía de la tristeza, la nota pintoresca del desamparo: dijérase una gitana convertida en pueblo.

Consta de muy buena tinta que El Tullido tuvo una noche toledana y que, a pesar de ello, no dejó de llamar a las cuatro de aquella mañana a la señá Vicenta, para rezar de cama a cama el rosario, los padrenuestros del Carmen y los actos de fe, como tenían de costumbre. Cuando hubieron terminado, salió la buena mujer tiritando para la cocina. Y en qué apuros se vió para hacer llamarada, pues, aunque *enterró* muy bien la noche antes, el frío había penetrado la ceniza; y aquella brasa moribunda no quería revivir. A fuerza de soplos, de pujos y de encarnizarse los ojos, obró el milagro de hacer entrar por el deber a aquella leña aterida. A poco la chocolatera de barro, acariciada por dos lenguonas rojas que la lamían por los flancos, cantaba en delicioso gorgoreo, en tanto que el tiesto encaramado en las tres piedras, se estremecía rabioso, al sentir en sus abrasadas concavidades la frialdad de aquella masa que se le pegaba como una ventosa; pues primero se cortara la cabeza señá Vicenta que dejar al «viejito» sin su arepa caliente al desayuno. ¡Y cómo se le enterneecía la pajarilla al buen hombre, al oír el cuchillo raspa que rasparás, y el molinillo de raíz, que se volvía tarumba entre aquella onda espesa y perfumada! Después de apecharse el coco «cebado

por dos veces» tuvo tiempo de echar una tongadita de sueño.

Que no fue tan corta que se diga, porque en mañanas como esa los discípulos tardaban en llegar, y no por dormilones, sino porque, a más de la «ranchada de la leña», de que no se escapaba ni la casa de don Juan, los chicos se entretenían en la calle apostando a cual «echaba más *ñeblina*». Y qué bocazas las que abrían aquellas criaturas para arrojar el aliento, y qué de risas y comentarios cuando algún «señor» asomaba a su puerta e iba despidiendo, entre bostezos y estremecimientos de frío, cada bocanada que ni fumando tabaco.

Vedados le estaban estos placeres a la pobrecita *Perjuicia*, pues Encarnación no la dejaba madrugar, por miedo de que le atacase el ahogío con esos fríos matinales; razón por la cual llegaba la última a la sesión de la mañana.

Las siete de ésta serían cuando salió de casa, aspirando el aroma de un enorme clavel, de esos que por entonces significaban «amor vivo y puro», que llevaba para obsequiar al Niño Dios.

Ufana por demás con la ofrenda, se llegó a la escuela, dió los buenos días al Tullido, se informó de su salud — atención que nunca omitía — y estiró la flor a Cleto Villa, que, por ser el más mañoso de los chicos, era el encargado de ponerla en la manita del niño. Pero cuando el muchacho, después de encaramado en un taburete, iba a verificar tan delicada operación, le gritó el Maestro en tono de regaño:

Detente, Cleto; no le ponga eso al Niño Dios.

— ¿Por qué, Maestro? — exclama *Perjuicia* en extremo sorprendida.

— ¿Por qué? Porque él no recibe sino flores que vengan de manos de una niña obediente y respetosa; de unas manos puras..... y las tuyas están manchadas.

— Sí, ya sé — gimió la chica, emperrándose a llorar a todo pecho. — Eso fue porque Toto..... ¡ji! ¡ji!..... chifló ayer el *corcoveo*..... ¿Yo qué culpa tengo, ah?

— Sí tiene la culpa, sí la tiene, porque usted y él se han pautao pa cometer faltas y pa irrespetar a su Maestro. Por eso el Niño Dios no le quiere su flor. Llévesela y vaya a la iglesia, y ai, junto al altar de mi padre San Cayetano, está el

retablo de mi padre San Miguel con el Diablo a los pies..... Póngasela a Lucifer, que ése sí le recibe su flor. ¡Vaya póngasela corriendo, que allá la está esperando!

Por este registro sí no había entonado el Maestro, y los niños estaban aterrados. ¡Y qué bonito estaba diciendo esas cosas: sin ponerse bravo ni nada, sino como el Curita cuando echaba las prédicas!

Perjuicia, entre tanto, con la cara apoyada en un brazo, y éste contra la pared, seguía sollozando.

El Tullido suspende un instante su filípica, y luego, dirigiéndose de nuevo a la muchacha, le dice:

¿Qué es que no se mueve? No le digo que el Diablo l' est'esperando? Y usted no debe hacerlo aguardar: las niñas endiabladas, como usted, deben ir todos los días a hacerle la visita. ¿No ve que él es el que las manda?

— ¡Por la Virgen, Maestrico! — grita *Perjuicia* desesperada, tirándose de rodillas — no me mande p'onde el Diablo, no me mande, que yo no soy endiablada..... ¡No me mande, no me mande.....! ¡Yo no lo vuelvo a hacer, no lo vuelvo a hacer, Maestrico de mi vida! Yo le obedezco a usted todito lo que me diga..... Yo no vuelvo a ser juguetona ni necia..... Pégueme si quiere; déme rejo.

— No, yo no le pego; no se afane. ¿Para qué le voy a pegar? ¿No ve que usted no está sino pa darle gusto al Diablo?

— Al Diablo no, Maestrico — plañe *Perjuicia*. — ¡Yo no lo vuelvo a hacer; no, ¡por Dios!

Y sigue de rodillas, y de rodillas se va hacia atrás y se viene hacia adelante, y se mesa el pelo y se estriega los ojos, convulsa, desesperada.

El Maestro, recordando que el Cura lo ha motejado de falto de entereza, sigue en su propósito, aunque se le vuelva cuesta arriba al ver cuál se pone la muchacha.

Levántese de ese suelo — le manda en tono más severo que antes —, y déjese de hacer papeles, que yo no le creo.

Y dirigiéndose a una muñeca de las más *gorgojas* que se estaba acurrucadita en un rincón, le dice cariñoso:

Vaya usted, hija, tráigame a su casa una florecita pal Niño.

— ¿En casa, caso hay bonitas? — replicó el ángel con un mohín de lástima de lo más encantador.

— Eso no le hace, mijita. Tráigame de las que haiga.

Felicitísima con la distinción, corre a cumplir su cometido.

Carmen, sintiendo que a su pena se agrega algo como un ultraje, y, concentrando toda su amargura, toda su humillación en un chillido muy largo, se arrastra de hinojos hasta la camilla del Maestro, y, hundiendo la cara en los tendidos, sigue sollozando.

La niña, coloradita y jadeante, torna a poco con una rosa amarilla, de esas que llaman de muerto, y dice:

No había sino de esto que güele muy maluco.

— Está muy linda,— replica el Tullido, recibéndole aquella pobre flor, — y aunque no estuviera: el Niño Dios la recibe con mucho agrado, porque ésta sí viene de manos puras y virtosas. Tome, Cleto, póngasela.

Dejara de ser mujer Carmen Aguirre si, a pesar de su quebranto, no hubiera levantado la cabeza para ver la flor. Tan luego como el Niño la tiene en su manecita, se alza la cuitada y exclama:

¡Quítesela, por Dios, Maestrico, que eso está muy feo y jiede mucho.

— Está muy preciosa..... y el Niño no la va a güeler.

Ella, entonces, se retira a su puesto a llorar en silencio sus tristezas.

El Tullido, como para borrar la impresión que esta escena produjo, como para aturdirse él mismo mandó:

¡Ea, pues, muchachos, una leyenda bien sabrosa!

Y la gran chillería se arma.

Cuando se iba calmando gritó, una muchacha:

¡Maestro, Carmela está con el ahogo!

Y, en efecto, Carmela parecía en lo supremo del ataque: levantaba la cabeza y abría tamaña boca para poder respirar, dando unos acecidos y produciendo unas hervezones y unos levantamientos de pecho, que inspiraba compasión.

Si está con el mal, váyase pa la casa — le dijo el Maestro, echando el resto de valor, porque ya se le quería figurar que se había desmedido en el castigo.

Perjuicia, haciendo todo el alarde posible de enfermedad, se tocó con el pañolón como una viuda, no dejando fuera sino la punta de la nariz. Le pareció muy del caso un patatús horrible; pero por más que lo provocaba y lo fingía, el patatús no se quiso presentar, por lo cual hubo de contentarse con salir agarrándose de la pared y de las puertas: ¡estaba tan desfallecida!

Por haber enfermado de las glándulas, dejó de asistir *Perjuicio* por tres días a la escuela, pasados los cuales compareció en ella muy satisfecho y campante. Llegada la hora de pontificar en la arena, se apercibió para ello el monitor insigne; pero..... ¡cepos quedos! — el Maestro le dice:

Opa, hijo, no se mueva de su puesto.

Y, revolviendo la vista por toda la clase, añade:

Salga usted, Cleto, a enseñar en la arena. Usted es el monitor de hoy pen delante.

¿Viste a un general cuando lo degradan? Lo que éste puede sentir es nada, comparado con lo que sintió Toto Herrera. El, el hijo de don Juan, el más valiente de toda la escuela, suplantado por ese bobo, por ese pobretón de Cleto Villa. ¿Cómo no se abría la tierra y se tragaba todo el sitio? Caía cada lágrima por los cachetes de *Perjuicio* como arveja.

VI

¡No hay qué hacer con el progreso! Es un Micifús artero, perseverante, que espera el momento preciso, el cuarto de hora de los pueblos, para echarles el zarpazo.

Tal pensaba, más o menos, don Juan Herrera cuando discurría, que era a toda hora, sobre el incomparable adelanto de aquella población. Con él opinaban todos sus convecinos: para ellos no parecía el progreso cosa indefinida, toda vez que habían puesto punto final al de su pueblo: de allí no se podía pasar, era el *non plus ultra*. En realidad de verdad, aquella aldea había conseguido en veinte años lo que en muchísimos no lograra. ¡Qué de cosas sucedidas en tan corto tiempo! El asalto fué por este orden: una vía comercial que rompió el aislamiento de esa comarca; creación de escuelas oficiales; minas y fincas que se montaron y que, dándole valor a las tierras y ocupación a los brazos, atraieron no pocos inmigrantes; tejares que supeditaron la paja; tapias que derogaron los bahareques; un cabildo *chorrudo* que echó agua y levantó pila; y, por último, una enormidad de suceso, un colmo que casi deja pasmado a don Juan y a sus turulatos convecinos; una Legislatura munífica que erigió aquella parroquia en cabecera de circuito.

«¡Ah, el Circuito!» — Y don Juan abría aquella boca, y abría aquellos ojos, y abría aquellas patas. Ese Circuito que llevó tantos hombres sapientísimos, que estableció el foro, que

elevó el pueblo a la categoría de ciudad, que postergó, que puso bajo su planta aquellas aldeas limítrofes tan antipáticas, tan aborrecidas. ¡Qué triunfos, qué glorias! Todo allí asumió un carácter eminentemente ciudadano: el jipijapa del Cura fué reemplazado por la teja clásica, y, no contento con la vieja iglesia, no se quedó hasta crear una junta e iniciar los trabajos de un nuevo templo; las grandes damas pasaron de la alpargata a la babucha de cordobán; mermaron un veinte por ciento zuecos y bayetones; establecióse zapatería; pusieron letreros en tres o cuatro tiendas; pintáronse como ocho casas; se empapelaron la del Alcalde y la de don Juan Herrera, y tuvieron bombas y mesa central; doña Nicolasa no volvió a admitir pañales en sus balcones, con ser que Toto le había llenado la casa de *Perjuiciécitos*, pues iba ya para diez años que se había casado con Carmela.

Todo esto era nada comparado con la instrucción: a más de las escuelas oficiales, abriéronse dos colegios para hombres y para mujeres, y no se oía sino «plantel de educación» por aquí, «plantel de educación» por allá. El de señoritas era un sueño; hasta las casaderas, y aun papandujas y quedadas fueron a abreviar sus espíritus en aquella fuente de sabiduría.

Estamos en Noviembre. La ciudad se reviste de todas sus galas para concurrir a la «fiesta suprema de la civilización». La comunidad vestida heterogéneamente al gusto de cada alumna, atraviesa la plaza, al son de *La Garibaldina* que tocan dos clarinetes, un bajo y la retumbante tambora del maestro Feliciano; precede aquel mujerío sabiondo doña Cornelia Bedoya de Pulgarín, la pedagoga ilustre; síguelo la embelesada turba-multa. En la nave central están en rueda todos los taburetes del pueblo, el gran tablero de vaqueta embetunado y la ostentosa mesa de los «réplicas y catedráticos», paramentada con las colchas de damasco de misiá Nicolasa. Lo más granado de la ciudad ha acudido; aun vibran los últimos bolillazos de Feliciano, cuando misiá Cornelia toca la campanilla y dice: «Se va a dar principio al *apto.*» Hace una señal con los ojos, y, de en medio de la comunidad, sale una muchacha, chirriando los *guasintones*.

¡Cuán hermosa e interesante! Viste un ornamento de merino

azul de cielo, escotado y de manga troncha; áurea soga de filigrana le da tres vueltas en el cuello, le pende por delante y se coge en una cadera con un prendedor de águila; recógele una redecilla la enorme castaña; cuatro cachumbos le cuelgan a cada lado; luce zarcillos de lámpara griega, y, en el copete, un ramo de flores de mano de varios colores. ¡Qué esplendor! Es Ester Solina Herrera, la seca-leche de misiá Nicolasa, el mimo de don Juan. De pie, cerca a una mesa donde están las planas y los dibujos, estira en redondo la mano, relumbrante de pedrerías, y dice:

«Señores: El magnífico espectáculo que hoy tenéis la satisfacción de presenciar, es de las fiestas más espléndidas que se celebran en las naciones civilizadas, porque es la que hace la educación en la bella y elegante carrera del saber. Pues bien; señores, educad vuestras hijas y ellas serán felices.....»

Esta arenga, obra maestra del doctor Forero, el famoso abogado de la «ciudad», iba electrizando la muchedumbre; mas de repente aquello no fué ya electricidad: fue el pasmo. No era para menos: el discurso aquel tenía su paso, su escena culminante; ello fue que de pronto dice Ester Solina: «Valdréme aquí de las palabras de María», y se postra de hinojos, y cruza los brazos, y echa toda la «Maunífica», desde el «engrandece» hasta el «por los siglos». El cura *chocoliaba*; se sonaba don Juan por disimular los pucheros; misiá Nicolasa palidecía de emoción ante la belleza y el saber de su pimpollo.

Siguió luego el exámen de francés. El fiscal, que era el profesor, abre un texto de Ollendorff, y le dice a una niña:

Bueno, señorita Tangarife, sírvase usted verterme al francés las frases que yo le vaya diciendo en español.

Tosió y dijo:

¿Tiene usted miedo?

La señorita Tangarife, a pesar de sus rubores, pronunció muy claro:

¿*Abé bu per?*

¡Los ojos que abrió aquella gente.....! A *Perjuicia* le acomete tal risa que no tuvo más remedio que romper por donde pudo, con la boca taponada con el pañuelo, y salirse al atrio a desahogar el ataque. Tres o cuatro viejas, contagiadas, la siguen,

y detrás una porción de muchachos y noveleros. El fiscal cambiaba de colores; don Juan estaba en ascuas con su nuera.

«La cabra siempre tira al monte», se decía el viejo, y eso que quería mucho a *Perjuicia*; con una de esas querencias por reacción que son las más intensas.

Porque fue mucho lo que se opuso al casamiento de Toto, muchísimo más misiá Nicolasa: no podían concebir cómo sangre de Herreras y Reboyedos fuera a mezclarse con la de aquella zambita, hija de un borracho y de una mujer *tan de todo el maíz* como Encarnación. Pero el mozo, que a cuentas debía descender de algún aragonés, metió cabeza, y, quieras que no, los españoles de sus padres tuvieron que tragarse «la Aguirrona», que decía misiá Nicolasa.

Mas como la muchacha no era *ninguna pintada en la pared*, y como siempre fué de la humana condición eso de pasar de un extremo a otro, Carmen Aguirre, con todo su ñapanguismo, con todo y el mote de *Perjuicia*, se les impuso al fin y al cabo con su carácter insinuante, con su corazón bondadoso y, más que todo, con el amor a su marido y con el estricto cumplimiento de sus deberes de esposa y de madre; y a tanto alcanzó en el corazón de sus suegros, que, a pretexto de que Toto tenía que ausentarse con frecuencia, como minero que era, determinaron de común acuerdo traérsela a su casa; en la que Carmen vino a ser como un centro que recibía, para devolverlo con creces, el cariño todo de la familia.

«¡Qué matrona!» — repetía don Juan, este espejo de los optimistas. — «¡Es hasta bonita este diantre de *Perjuicia!*»

Pero así y todo, le echó su buena reprimenda por la carcajada y el desorden aquellos: «¡Haber interrumpido con esa montañerada aquella manifestación suprema del progreso!»

el calor en antes no apreciado de afecto y de ternura que le daban sus alumnos — hijos suyos por el espíritu. ¿Si Dios querría también anularle las facultades del alma, después de haberle anulado las del cuerpo? ¿Si sería él uno como cadáver insepulto? ¿Si sería eso la existencia?

¿Y Vicenta? Vicenta, la santa viejecita, en vez de un consuelo en su desgracia, vino a ser para El Tullido como un remordimiento. Sí, porque aquella mujer, toda abnegación y cariño, no le apagaba la sed de ternura que le abrasaba el alma en aquel desierto de su vida.

La anciana había dejado el calor del fogón y pasaba los días junto a la cama de «su viejito», remendando los pobres guiñapos o hilando los nevados copos que le diera la caridad de Encarnación. La pobre viejecilla se arrecía de frío en aquella sala húmeda, donde soplaban los cierzos de esas alturas andinas.

Solitarios como la tristeza, silenciosos como la virtud, se acurrucaban los dos esposos todo el día, y el otro, y el siguiente. El pan de la caridad que a nadie falta en nuestras aldeas ¿quién sino *Perjuicia* debía traerlo?

En cuanto la rapaza, en medio de su aturdimiento, pudo darse cuenta de la situación de su Maestro, ocurriósele en su inventiva, salir ella misma a recoger el condumio para el par de viejecitos. Agobiada por enorme cesto, no había casa adonde no se llegara con su muletilla. «La limosma p'al tullidito»; y en esta costumbre perseveró la muchacha hasta casarse. De ahí en adelante, sostuvo ella misma al Tullido a sus propias expensas. Hizo más: recabó de Toto y de su suegro que le reedificasen al infeliz Maestro la vieja casa, que ya se venía abajo. Las oraciones, ese hermoso regalo con que la pobreza recompensa al rico que la socorre, las elevaban a tarde y a mañana el par de ancianos por su bienhechora.

Sin embargo, la nostalgia de niñez, esa necesidad que arrecia con los años, que se hace apremiante en la senectud, seguía experimentándola, sin definírsela, aquel viejo sin hijos, aquel maestro sin discípulos. Seguía cada vez más abrasadora, la sed de aquel desierto; vino el espejismo: soñaba despierto con los *Perjuicios*, con Cleto Villa, con los *gorgojos*, con la chusma de rapazuelos que antes lo enloquecieran.

VII

Víctima de él — que no hay progreso que no los haga — fue desde luego el infeliz Tullido.

Siempre había creído el pobre que con la invalidez vitalicia y sus consecuencias, lo tenía Dios más que probado. Pero cuando vió subrogada su escuela por las gratuitas y para él acabadas del Gobierno; cuando presintió el mendrugo arrojado por la caridad y surgió en su conciencia la idea de que era un hombre inútil, un parásito obligado de la savia ajena, vino para aquella alma triste el Getsemaní de sus dolores.

¡Qué amargura la de ese caliz inagotable! La fe que henchía aquel corazón sencillo, se conturbó en la crisis. Ansias de morir le asaltaron. Morir no para unirse a su Dios, sino para dejar aquella vida miserable, onerosa a una pobre anciana que él había envuelto y precipitado en su desgracia, y a un pueblo a quien él debía sustento, consideraciones, tal vez prestigio. Tiempo hacía que su organismo, anulado por el sufrimiento, para nada entraba en la dicha de vivir; tiempo hacía que aquel ser humano se había dado cuenta y razón de que su parte animal era como un sarcasmo de naturaleza, como una prueba inaudita de la Providencia. Por eso la vida la refería toda al espíritu, al corazón. Pero he aquí que de repente, por un hecho tan común como inopinado, aquella actividad se encontró sin objeto en qué emplearse. Con la desbandada de la escuela, con la lobreguez de su casa, acabóse para él ese campo que cultivar;

En ese ser, ajeno a las luchas y a los placeres de la vida, privado de los goces del amor y de la paternidad, inerte, deformado, sin vida corpórea, el espíritu, tanto más activo cuanto obraba solo en aquella ruina humana, tenía que perder la noción de la realidad, del vivir, para vagar por las regiones del delirio. La monomanía de afecto a la niñez, lenta, vacilante en un principio, fué acentuándose poderosa, dominante — chochez o locura, nadie supo definirlo.

Es lo cierto que aquel Niño Jesús, a quien siempre había querido tanto y tributado el culto ferviente y tierno del cristiano a su Dios, a su Dios que quiso humanarse en la niñez desvalida, vino a ser para aquel loco, no una imagen, ni siquiera la representación del más grande misterio de su religión, sino una criatura en carne y hueso, sangre de su sangre: su hijo, su unigénito, Dimitas Arias, el ser más hermoso de la creación.

Fuó bajado de su altar y despojado de su ropajes e insignias, para ser luego envuelto, como en el portal de Belén, en los pobres harapos de la cama del Tullido. Lo arrullaba con los cantos de las madres a sus niños, y se quedaba dormido, abrazado a la prenda de su corazón, para despertar, sobresaltado, con este grito: «¡Me lo mata! ¡Me lo mató ese Aguirre!»

Vino la enseñanza: Dimitas deletreaba, Dimitas escribía en la arena, leyó después de corrida e hizo planas que ni soñadas. Locura extraña, delicada en su misma extravagancia: nunca se le ocurrió que su hijo necesitase de alimento: nada para el cuerpo, todo para el espíritu. Vestíale a veces sus galas episcopales y le ponía en la manita, no la flor de otro tiempo, sino el báculo, que no era otro que el chuzo de macana, aquel chuzo formidable. Entonces, Dimitas era el Obispo Gómez Plata, que venía a confirmar a todos los niños del Sitio. Con su Ilustrísima rezaba el rosario, y daba tiempo a que él le contestase las avemarías. ¡Qué dulces debían resonar en el alma de aquel loco las oraciones en boca de su hijo, ese varón preclaro de la Iglesia! Y siempre los sobresaltos por los peligros que corría su niño; por las asechanzas de Aguirre.

La señá Vicenta, esa alma de Dios ocho veces bienaventurada, no era para acobardarse demasiado con las locuras de su marido, ni menos aún para definir las y apreciarlas. Bien se

le alcanzaba que esta chochez era hartó extraña en un hombre que ella había considerado siempre tan sabio y tan religioso. Así y todo, no podía menos de reír al oírle tantos disparates.

La noticia de las «ideas» del Maestro corrió por todo el pueblo desde el principio, y muchas personas fueron a verle, con achaque de llevarle algún socorro, para satisfacer solamente la groserota novelería «¡..... cito!» — les decía la señá Vicenta a los visitantes. — Y agregaba paso: «El, siempre está distraído, el pobre Tullidito. Tan siquiera no está furioso.»

Cuando los grandes certámenes, estaba el Maestro Dimas en el apogeo de su locura.

Perjuicia iba a verlo a menudo, y salía cada vez más impresionada con sus extravagancias y más compadecida de su demencia.

VIII

Se acercaba la gran festividad del orbe cristiano, la fiesta por excelencia de los hogares antioqueños: aquella que, con su idílica sencillez y santa poesía, obliga a la familia a congregarse, atrae a los miembros ausentes, hace pagar el tributo de lágrimas a los muertos queridos y cultiva los afectos más puros del corazón. Ni en la casa más pobre de estas montañas deja de celebrarse. En nuestras aldeas, los mendigos imploran, no ya el bocado de pan, sino la moneda para hacer en su choza los platos obligados de Nochebuena. Y es que nuestro pueblo no ve en esta festividad una costumbre tradicional y religiosa únicamente, que ve un deber ineludible de cristiano: en el fongón donde no se hace «la nochebuena» se revuelca el Diablo, y toda la casa queda contaminada.

En la de don Juan Herrera había comenzado el brete desde la antevíspera. Aquella cocina era un embolismo, un caos de cedazos y coladores, de pailas y de cazuelas, de trastos y de cacharros de toda especie. Las señoras de la casa se multiplican: cuelan, ciernen, amasan, baten. Aquí chirrían los buñuelos; allá revienta la natilla; acullá se cuaja el manjar blanco. Corre el bolillo sobre la pasta de hojuelas; el mecedor no cesa entre el hirviente oleaje; forma copos de espuma la superficie del almíbar; en esta piedra muelen la yuca y la arracacha; en aquélla, la canela y la nuez moscada; en artesas y platonos blanquean los quesitos y las cuajadas; campan la manteca y la mantequi-

lla en hojas y cacerolas; saltan los huevos en cascadas amarillas. Se sofoca ésta desmenuzando; atiza aquélla por todas partes; unas mandan, otras piden. Los chicos todo lo husmean, todo lo tocan, de todo se antojan, de todo comen. Cuál se ofrece para traer los azahares, cuál para soplar la forja, cuál para acarrear la vajilla. Los grandes entran, indagan, salen, tornan a entrar, tornan a salir, y, ahora buñuelo, luego raspado, cuando llega la hora del banquete está toda aquella gente más para agüitas de apio que para manjares.

Perjuicia corre con la distribución: las delicadezas y filigranas para el Cura, para el señor Fiscal; los buñuelos ingentes para los Zutanitas y Menganitas; la enorme batea de natilla de quesito y la cuyabrona de buñuelos de cargazón para los presos de la cárcel; en fin, la ración para el pobre, el plato que bendice la abundancia del rico. Al Tullido, como era de rigor, le reservaba de todo con opulencia y largueza.

Todos los afanes anticipados de la *Perjuicia* eran para tener libre el día siguiente, a fin de fabricar, en compañía de Cleto Villa y de algunos chicos, el pesebre del Tullido. Desde niña había sido una de las más asiduas a estas deliciosas faenas, en las que tomaban parte, especialmente para acarrear los materiales, casi todos los muchachos de la escuela, razón por la cual el tal pesebre era clásico en el pueblo. *Perjuicia* no dejó ni un año de ayudar en la empresa, a pesar de sus obligaciones de señora de casa y de madre de familia.

Ella y Cleto se proponían aquel año hacer una maravilla; y no sólo por sentimiento de piedad y por diversión, sino porque ambos a dos habían mandado la novena al Niño, para que le quitara al Tullido «las ideas».

Desde las siete de la noche, la casa del Tullido era un hervidero con la gente que entraba y que salía.

¡Nunca en el pueblo se vió prodigio como aquél! Ocupa todo el testero de los santos. La puerta del cuarto de señá Vicenta quedó casi cegada, con sólo una abertura por donde la viejecita podía pasar de lado raspándose y magullándose. Hasta el vértice de aquella pajiza techumbre llegan las guaduas que se cruzan en arcos ojivales; más abajo se entrelazan los chusques, formando tupida, erizada bóveda de verdura; cuelgan de las

vigas racimos dorados de plátano guineo, gajos descomunales y artificiosos de naranjas y enormes ramos de espigas rojas de cardo y de flor de uvito; ringleras de palomas de cuerpo de cera negra y de cola y alas de papel plegado en forma de abanico medio abierto, se mecen al extremo de hebras sutiles; la naranjuela, ese recurso decorativo de tierra fría, se columpia en gargantillas desde las vigas, pende en festones por las paredes, se apiña en mazorcas sobre la tabla de los santos, y en todas partes alegre con su púrpura y su tersura metálica; decora el nicho de mi padre San Roque grandioso arco de género blanco, abullonado en bombas regulares, separadas por lazadas de madejas de lana de los colores más escandalosos; la Virgen de Valvanera, la de la Cueva, todos los santos, quedan sepultados bajo el tapiz espeso de colchón de pobre y colchón de rico, y sobre él resalta ostentoso un zodiaco de amarillas flores de muerto. Bajo este solio, un terruño antioqueño de asperezas, de esarpas prodigiosas. En la cumbre de un picacho se yergue, cual si fuera la apoteosis de nuestra democracia, una negra gigantesca de cera con tamaña batea de buñuelos en la cabeza. Búrlase con olímpica sonrisa de una ciudad lili-putiense que le queda al frente, en el borde de vertiginoso precipicio: es Belén de Judá. Sus magníficos palacios de cartón recortado, sus grandiosas basílicas de tabla de pino se le antojan monumentos levantados al monstruo de la tiranía y al mito tenebroso del fanatismo. Por las gargantas, por los desfilaros, por las hondonadas se apelmaza el capote color de rosa, el de verdor pálido; los líquenes blancos que semejan esponjas, los mechones de musgo oscuro y afelpado, la oreja y la barba de palo. Plumajes de guacamaya y de cardenal, de toche y de gallos de monte alfombran los ribazos y se tornasolan en las pendientes. En la base frontal de la obra de Cleto Villa y de *Perjuicia* se entretajan helechos, cardos, parásitas y todos los prodigios de nuestras selvas. En el centro, el santantórum: un sudadero de junco por techumbre; por columnas, dos popos forrados en el mismo papel que tapiza la sala de don Juan; a lado y lado, como guardianes del recinto, sendos reyes de espadas recortados primorosamente por la fina tijera de *Perjuicia*; detrás de ellos, dos caracoles marinos, ornato

de las mesas de misiá Nicolasa; un pañuelo de seda verde vela el misterio. En candeleros de barro dispersos acá y allá, en alcayatas clavadas a las paredes, en tres arañones de palo que cuelgan de las vigas, arde como una gloria todo el sebo que labró Encarnación.

Todo era allí alegría y bullicio. Sólo el Tullido permanecía indiferente en esta función que él mismo había motivado. Recostado en su camilla que ostentaba las galas de renovación estrechaba en sus brazos, en místico silencio, a su Dimitas.

Los pesebristas, entre tanto, se hallaban en mil apuros y secreteos. Consultada la señá Vicenta, les dijo: «No tienen pa qué: él no lo afloja. Si no consiguen otro, se pierde este pesebre tan precioso. Ni se lo propongan porque se enfada.»

Esto que tal oye la *Perjuicia*, llama a Cleto Villa «a palabra y perdón», y salen ambos muy apurados calle arriba. «¿Conseguir niño en noche como aquélla? ¡Un milagro! Y aquí de los recursos de *Perjuicia*. La que inventó el mataculín en redondo y *el botadito*, mal podría desmentirse en esta circunstancia suprema. Fuése a su despensa, hizo bajar una de las turegas de maíz que colgaban de una viga, y luego, con la mejor mazorca y algunos trapajos viejos, formó un muñeco: cátrate a Dimitas. Llegóse a poco al lugar del conflicto, sentóse junto a la camilla y principió a hacerle mil carantoñas y zalamerías a su Maestro. Cuando menos lo pensó Cleto Villa, *Perjuicia* le metía por debajo de la ruana al Dimitas verdadero, en tanto que, volviéndose al Tullido, le decía con mucho cariño:

No vaya a destapar a Dimitas, que puede darle ceguera con tanto velerío.

— Aquí lo tengo empuñado en el rincón — murmuró el pobre loco con transporte, estrechando la mazorca.

A poco principiaron la novena. Mucho hubiera gozado el Maestro con la *leyenda* de *Perjuicia*: aquel tono gemebundo y atragantado, las voces disparatadas, el irrespeto a los signos de puntuación, hacían de aquella novena, leída con tanto fervor, una de esas plegarias que suben al cielo «en olor de suavidad».

¿Le concedería Dios lo que pedía? Tal vez sí: cuando, al acabar una jornada, hizo pausa, oyó, y lo oyeron todos, que

El Tullido roncaba: dormía tan poco últimamente, que esto le auguraba mucho bueno a la peticionaria.

A poco de haber terminado la novena, declaró Cleto que iban a ser las doce — las doce de aquella noche en que florece en la tierra la yerbabuena y se postra la Virgen de rodillas en el cielo, — y todos se prosternaron a rezar el *Gloria in excelsis Deo* leído por *Perjuicia* en el *Eucologio Romano*; luego, por medio de una jaculatoria que allí mismo improvisó, formuló ella su petición y todos guardaron silencio para hacerla.

Aun no se han levantado los fieles, cuando el velo verde se descorre, y el Niño Jesús, en traje episcopal, con el mundo en la diestra y un platico de natilla en la siniestra, aparece, esplendente, glorioso, sobre el disco inflamado del sol. Edíson del grande invento fué Cleto Villa: un papel engrasado y detrás una candileja.

Hubo un paréntesis de jolgorio admirativo; siguió luego el rosario, y lentamente fueron retirándose los concurrentes.

Sólo han quedado los *Perjuicios*, Cleto Villa y uno que otro admirador. Apagada la luminaria, se acerca *Perjuicia* al Tullido y le dice con ese tono infantil y chancero con que trataba a todos los pobres y desgraciados.

Ole, Tullidito ¿quiere que comamos nochebuena?

— No lo molestés, — le dice su marido, — dejálo dormir en sana paz.

Sentáronse todos a desacalorarse para la salida, y El Tullido, con el habla tartajosa, medio borrada, de los dormidos, murmuró:

«Ven, mi Niño amado.
Ven, no tardes tanto.»

«..... cito! — exclama la señá Vicenta — le está rezando a su Dimitas.....»

A la madrugada siguiente, cuando la anciana fué a llevarle el desayuno, lo encontró muerto abrazado a la mazorca.

EL ÁNIMA SOLA

(TRADUCCIÓN LIBRE DEL PUEBLO)

I

En aquel tiempo, como dicen los Santos Evangelios, hubo una estirpe que llenó el universo con su fama. Su nobleza fué la más alta y esclarecida; sus hombres todos, héroes y conquistadores; riquísimos sus feudos y sus regalías. Mas la muerte, envidiosa de esta raza, sólo dejó un vástago para propagarla. Con los títulos y privilegios que en él recayeron, vino a ser el castellano más poderoso de su época. Los reyes mismos le agasajaban, porque le temían.

En su ansia de perpetuarse, de restaurar la grandeza del apellido, pedía a Dios hijos varones por decenas. Como no se los diese, bajó a dígitos y, por último, a la unidad. Pero Dios, o no estaba por excelsitudes de la tierra o quería mortificarle: a cada espera enviábale una hembra, cuando no dos.

Entre la ilusión y el desengaño, llegó el caballero a la vejez; y su tercera esposa, sus trece hijas y la muchedumbre de vasallos le pagaban el desaire. Sus crueldades aterraban la comarca; en los calabozos gemía toda una multitud de desgraciados; de las horcas del castillo colgaban los siervos en racimos. Al clamor de tantas almas, fué Dios servido de otorgarle al magnate un heredero. Pagado, resarcido de todo se consideró con el regalo: padecía hijo de gigantes, y era tan hermoso y perfecto que a nada en el mundo podía compararse. Pesóse el recién nacido, y diez veces su peso fué mandado, en oro, a varios templos y santuarios. Su Sacreal Majestad vino en

persona a sacarle de pila; repartiéronse ducados entre el pueblo, cual si fuese jura de soberano; celebráronse fiestas por ocho días, y numerosos mensajeros llevaron la nueva a ciudades y castillos. *Timbre de gloria* se nombró al heredero.

Rejuveneció el castellano con la dicha: de sombrero y sanguinario, tornóse regocijado y compasivo. Bajó a sus pecheros los impuestos; envió sus mesnadas en defensa de la cristiandad; dos galeras, costeadas a sus expensas, purgaban los mares de infieles; y las limosnas salían de sus arcas como de manantiales insecables. Colmó a las hijas y a la esposa, especialmente, de atenciones y finezas; hizo alianza con muchos caballeros, y grandes agasajos en su castillo.

Señores y vasallos, amigos y extraños competían en cariño al vástago precioso que trajo a la comarca tantas bendiciones. Timbre de Gloria confirmaba día por día el nombre que le dieron; en su persona pareció concentrarse el lustre y la grandeza de sus antepasados. Es castillo, enantes tedioso y solitario, convirtiólo el infante en animada corte de placeres y discreteos. Tenía a perpetuidad un cuerpo de físicos que le velaban por turno, para extirpar, en cuanto asomase, el amago de la enfermedad; y todo por lujo solamente, porque Timbre de Gloria era la misma salud. Académicas laicas y clericales lo instruían en matemática, humanidades y ciencias teológicas. Habilísimos maestros en artes bélicas, musicales y venatorias fueron llamados de lejanas tierras, para adiestrarlo en tan caballerescos ramos.

No en balde: a los dieciséis años daba quince y raya a unos y otros. Abismados se quedan los frailes con las hondas cuestiones que a menudo les propone, con los silogismos, en la más castiza latinidad, de que se vale a cada paso. No menos se pasman los matemáticos, al ver como caben y se relacionan en tan juvenil cabeza lo mismo los ápices del número y de la fórmula que las abstracciones del plano y del sólido. Ninguno como Timbre para garbear en el potro más indómito; ninguno como él en el manejo dealcones; ninguno, para disparar venablos y ballestas. A su flecha no se escapan los pajaritos del cielo, y en cuanto echa la jauría por delante, no hay alimaña segura, a ver porque no se enmadriguera en el mismo centro

de la tierra. Traslada a grandes distancias pesos enormes, como si fueran copos de algodón; para trepar y dar saltos, sólo las corzas lo rivalizan; en canto y danza, parece hijo de Apolo y de Terpsícore; tañe, como él solo, desde el pastoril caramillo hasta la cítara del poeta; y en cuanto a desatarse en improvisadas endechas, al compás de un laúd, es para el doncel lo mismo que conversar.

Como, ya en esa edad, tuviera una fiereza, unas lozanías y una beldad que ponían pálida y convulsa a cuanta hembra le mirase, quiso el padre darle estado, a fin de que le dejara, antes de marchar a la guerra, un par de nietos, por lo menos. Tras de largo discurrir y excogitar, atúvose a la fama, y eligió a *Flor de Lis*, hija de un poderoso castellano y tenida en el Reino por la más bella y recatada.

Distante muchas jornadas del castillo de Timbre de Gloria estaba el de la hermosa; a él se encaminaron padre e hijo, cargados de riquísimos presentes, con gran séquito de escuderos y servidumbre. No bien hizo la petición el caballero cuando le fué concedida; y al avistarse los prometidos, ambos a dos estuvieron a punto de desmayarse: tan hermosos y seductores se hallaron uno a otro, de tal modo traspasados por puntas de amor. Concertáronse las bodas con el plazo perentorio de los preparativos, y, después de tres días de espléndidos festejos, partieron los peticionarios.

Tamaño acontecimiento trascendió hasta los reinos limítrofes: apenas si cabría en el mundo pareja más hermosa, más ilustre, y novios el uno para el otro más apropiados. Timbre de Gloria estaba como loco: aun a las fieras del monte, hasta a los mismos muros del castillo quería comunicarles su ventura; enajenábase con la ausencia: eternidad se le volvía la rapidez vertiginosa con que se gestionaban los aprestos y diligencias del matrimonio.

Más que con los garzones de su clase, le ligaban vínculos de tierna amistad con su maestro predilecto, el licenciado Reinaldo, varón doctísimo y preclaro, en quien cifró el mancebo cuanta fe y seguridad cupo entre amigos. El tal se hallaba, últimamente, en la corte, y Timbre de Gloria acudió en su

busca, para hacerle partícipe de cuanto le acontecía y esparcirse con él en deliciosas confidencias.

Nunca tal hiciera. Grande atención prestó el licenciado al desbordante relato del doncel; y luego, con aire y tono de quien posee un secreto por nadie sospechado, dejóse decir estas palabras:

— Hermosa como el sol es tu prometida, amigo mío. Rica-hembra más celebrada no conozco; pero....

— ¿Pero qué, maestro?

— ¡Pero! — volvió a decir el licenciado.

Y a que se explicase no fueron parte ni el ruego, ni las promesas, ni las lágrimas de su discípulo. Separóse de Reinaldo con el corazón emponzoñado. Ese *pero* que nada definía, que nada concretaba, tuvo para él, en la boca autorizada de su maestro y amigo, la sugestión terrible de lo desconocido.

¿Qué sería? ¿Qué no sería? ¿Un alerta, acaso? ¿Un pronóstico? ¿Cuántas y cuáles consecuencias tendría eso en su destino? ¡Imposible adivinarlo! Mas, fuese esto, aquello o lo de más allá, no le cabía duda que era algo grave, tal vez vergonzoso, que, en su inexperiencia de niño, no le era dado sospechar siquiera.

Sólo así se explicaba la obstinación de su maestro en aclarar el asunto; de otra suerte no concebía aquel *pero* en boca por la que hablaban la prudencia y la sabiduría.

Labrándole, corroyéndole la palabra cada vez más, llegó al castillo tan tembloroso y desencajado, que todos a unauviéronlo por próximo a espirar. Corrieron los escuderos, corrió el padre, corrió la madre, corrieron las hermanas; bajáronlo del corcel como un difunto y lo llevaron en vilo hasta su lecho. A la gritería y confusión, cobró alientos el mancebo; más fué para arrojarse desatentado y ponerse de hinojos a las plantas de su padre. En tal guisa sacó la tizona y, con voces doloridas y entrecortadas, dijo así:

— Padre y señor: tomad mi propio acero y quitadme la vida; no la merezco ni la quiero. No la merezco, porque tengo de faltar al honor; no la quiero, porque no hay bajo el cielo hombre más desgraciado que vuestro hijo.

— ¡Loco!..... ¡Mi hijo está loco! — prorrumpió el castellano, presa del espanto.

— No estoy loco, padre y señor — replica Timbre de Gloria, con acento seguro y reposado. — Hoy más que nunca estoy en mis cabales; pero ni vos ni nadie en el mundo será poderoso a que yo tome por mujer a Flor de Lis. ¡Por mis padres que me escuchan, por el Dios que está en los cielos, juro que sólo en pedazos me llevan al altar y que no tomaré por esposa a otra mujer! De antemano me declaro reo de muerte, y os pido, padre mío, cumpláis la sentencia. Tomad mi espada..... No vaciléis un punto.

— Alzate, hijo mío, envaina el acero, que estás loco.

— Tratadme como a tal, si así lo creéis; pero mi juramento es irrevocable.

Dijo y salió.

Creyóse en el castillo que, sobre la locura del hijo, vendría la muerte del padre: tan espantosa fué la apoplejía que le acometió. Pero estaba de Dios que escapase de ésa. No por ello amainó Timbre de Gloria. Ni su madre ni nadie pudo arrancarle las razones que le asistían para tamaños desafueros.

Días después, llamólo el caballero a su presencia, y le ordenó: Trepa a la torre del homenaje y, con tu propia espada, borra el lema y la heráldica de nuestro blasón.

Ardua fuera la empresa para otro. En el lado más visible del altanero torreón, sobre la serie paralela de saeteras, campaba, labrado en piedra de sillería, el enorme escudo. Su divisa en latín y en grandes caracteres podía leerse a muchísima distancia. Traducida al romance, rezaba, más o menos: *Primero la muerte que el deshonor.*

Apresuróse el mancebo a cumplir su cometido. Colgó de las almenas una escala a manera de trapecio, deslizóse por ella como un acróbata, sacó la espada y principió. Había para rato. Trabajó desde el alba hasta la noche. Nada le detuvo: ni la dureza de la piedra, ni lo disparatado del instrumento, ni la violencia de la posición. Pasaban días y días, y el doncel siempre colgado. Ni una palabra le dirigió su padre en tanto tiempo. Si creyó al principio que con el recurso de la borradura cedería

el obstinado, ya lo dudaba. En su cólera, no sabía a qué castigo apelar.

Llegó un día en que de la gloriosa y complicada heráldica no quedó ni vestigio en el escudo. Fué Timbre de Gloria a su padre y le dijo: Venid a ver si he cumplido vuestras órdenes.

Y fué el padre y vió.

Mandó al garzón se vistiera los arreos y las galas de caballero y tornase a su presencia; mandó a sus escuderos le trajesen las cadenas y los grillos más pesados que hubiera en los calabozos, la pellica más vieja que encontrasen en la cabaña de los pastores y las tijeras con que esquilaban las ovejas.

Doncel y escuderos tornaron a un tiempo; ellos, temblando de espanto; él, sereno e impasible.

Mándale el padre ponerse de rodillas y, en cuanto lo hace, córtale a tajos la cabellera de arcángel; júntala en manojo, y cual si fuera rayo de su cólera, lo lanza hasta el corral. Cógele por el cuello y lo levanta, tómale la espada, pártela en dos contra la rodilla y arroja los pedazos a un foso; despójalo de la espuela y las insignias, y, a dos manos, frenético, insano, le arranca, le desgarrá, le hace añicos recamas, sedas y holandas. En viéndole desnudo, le echa encima las repugnantes pieles; cíñele luego los hierros remachándose los él mismo con su propia mano. Apártase unos pasos, no bien termina; brama de ira y, entre acecidos y temblores, le dispara estas palabras: ¡Maldito sea el día en que te engendré! ¡Malditas las entrañas que te concibieron! ¡Aparta de mi vista, hijo desnaturalizado! ¡Vete a acabar tu vida, enterrado a pan y agua, en el sótano más hondo del castillo! ¡Púdrase tu cuerpo, hierva de gusanos antes de morirte, abísmese tu alma en los infiernos y caiga sobre tí la maldición de tu padre!

Repitió el eco las palabras, obscurecióse el cielo, corrió el espanto en la comarca; y Timbre de Gloria, escoltado por sus propios escuderos, marchó a la condena.

Un pergamino, escrito por el capellán del castillo y firmado por una cruz — que era todo el autógrafo del castellano — fué remitido al padre de Flor de Lis. Por tal documento se le hacía saber la locura del mancebo y el fracaso consiguiente de las bodas.

De allí a poco, dió el anciano en sacrílega demencia. No la mano, sino el pie puso en el rostro del capellán; acabó a golpes de hacha con cuanta imagen de santo había en el castillo; en suspendió de la horca la estatua de San Miguel, patrón glorioso de su raza; convirtió la capilla en perrera, y las venerandas reliquias de mártires, que de siglos atrás guardaba la familia como tesoro preciosísimo, fueron arrojadas al muladar.

Tras el furor, le sobrevino lamentable atonía; entróle frío en el tuétano, y murió, impenitente, blasfemo, espantoso.

La infortunada viuda quiso, al menos, desenterrar al maldonado. Bajó hasta la mazmorra y, a la luz de las antorchas con que dos pajes le alumbraban, vió al hijo de sus entrañas revolcado en su propia sangre, aplastada la cabeza como una masa informe.

No sobrevivió la infeliz a tanta desventura. Sus hijas e hijastras, unas quedaron locas, otras fatuas y tontas las restantes. Los siervos se alzaron a mayores; y sobre los inmensos dominios y riquezas de tan ilustre raza cernióse la rapiña.

Flor de Lis, entre tanto, se agostaba como azucena roída por el gusano. Viuda moralmente, muerta para el mundo y con el alma enferma, metióse religiosa en orden de estrecha regla.

Tan tétricos sucesos fueron asunto de una balada gemebunda, con que los dulces y errantes trovadores disipaban el tedio de los magnates y hacía llorar a las castellanas, en las sombrías veladas del invierno.

II

Ni una vez, ni una, se acusó a sí propio el licenciado de la tragedia del castillo. A raíz del *pero*, tembló por su cabeza, temiendo que el garzón le divulgase; con la muerte del castellano respiró. Para el corazón de ángel que le quiso con ternura y le colmó de favores; que llevó, sin venderle, sin maldecir de su nombre, la espina envenenada, no tuvo luego el victimario ni el perfume de un recuerdo.

Pasó el tiempo, y hasta la misma balada se olvidó.

Viento favorable había elevado al licenciado. Prez y honra le dieron sus talentos, su saber, los altos puestos que ocupó y los grandes personajes que frecuentaba. A mayor abundamiento, un su tío, arcediano opulentísimo, lo instituyó su único heredero.

No obstante todo esto, y a los cincuenta años en que frisaba, permanecía célibe.

Embebido hallábase una noche el insigne Reinaldo en la maraña de ruidosa litis, de que era parte, y, a tiempo que pasaba de *Las Pandectas* a *El Digesto* y de los fueros a las pragmáticas, oyó que Timbre de Gloria, con voz triste y suplicante, le dijo al oído: ¿Pero qué, maestro?

Soplo helado de ultratumba le recorrió las vértebras, le erizó los pelos, y lo dejó en la silla como petrificado. Allí quedara, si un trueno horrible que conmovió los cimientos de la tierra, no lo botase del sillón y lo volviese a la vida. Tiróse

en el lecho como un sonámbulo, y la conciencia, muda hasta entonces, le habló.

A la mañana siguiente, se postraba, bañado en llanto, retorcido de dolor, ante un sacerdote. De todo le absolvió.... menos del *pero*. Vuela al obispo, y tampoco: es delito reservado al Papa, al Papa únicamente. ¿Qué hace?

Sale y publica su falta por calles y por plazas; corre a sus arcas, vacía las talegas y reparte el oro entre los pobres, va a un escribano y cede lo demás a templos y hospitales. Nada se reserva. Viste luego el sayal de peregrino; coge un báculo y emprende, a pie descalzo, camino de Roma. Implora donde llega el mendrugo de pan; duerme en despoblado sobre asperezas y cantiles; golpéase el pecho con piedras puntiagudas. Demacrado, macilento, el cuerpo una sola llaga, toca a las puertas de la Ciudad Eterna, treinta y tres meses después. Merced a los buenos oficios de unos monjes, llega hasta su Santidad.

Oyóle el Vicario de Cristo y le dijo: Enorme es tu delito, hijo mío, enorme ha de ser tu penitencia. Mucho has expiado hasta ahora; pero ese mucho es a tu falta lo que una gota de agua al mar. Parte ahora mismo y, siguiendo siempre hacia Oriente, peregrina hasta que mueras. Tomarás, por todo sustento, tres bocados cuotidianos de pan negro y tres veces la porción de agua que te quepa en la cuenca de tu mano. Sólo dos horas dormirás, y éstas al medio día y siempre sobre piedras y a la intemperie, lo mismo en invierno que en verano. Adonde quiera que llegues, solicita por los muertos del día, y vela tu solo al que la suerte te depare. Si no le hay, vela este esqueleto, que has de llevar siempre contigo, sobre la espalda, pegado a tus carnes bajo el sayal de lana. Te ceñirás tibias y peronés a la cintura, como un cilicio; cúbitos y radios, al cuello, como un corael. Toma esta caldereta que contiene el agua inagotable del perdón, y esta rama inmarcesible de olivo. Llévalos siempre ocultos y da con ellos paz a cuantos muertos velares. Si cumples esto, hijo mío, hasta tu muerte, estarás en vía de salvación.

Ciñóse allí mismo el esqueleto, tomó la vacía y el hisopo..... y a andar, a andar.

¿A dónde no fué? Recorrió mares y continentes, metrópolis

sabias y populosas; discurrió por aldeas y cortijos, por comarcas ásperas y desiertas; probó el pan de todas las naciones, bebió el agua de todos los ríos y aspiró el aire de todos los climas; conoció los ritos fúnebres de todas las religiones; veló muertos de todas las razas y oyó lamentarlos en todas las lenguas.

Siempre hacia Oriente, hacia Oriente, llegó al caer de una tarde melancólica a la ciudad nativa.

Tlan! tlan! talán!, gemían las campanas, enloquecidas de dolor; seguían otras y luego otras, y los lamentos del bronce llenaban el ámbito, y el eco los repetía más tristes cada vez. Respirábase en la metrópoli ambiente de orfandad; discurría el gentío con aire de pesadumbre, y por entre el clamoreo de las campanas, oíase como un concierto de sollozos.

Avanzó el peregrino ciudad adentro. En todas partes, hombres y mujeres, niños y ancianos, agotaban el mismo tema, en llorosos grupos. Por palabras y frases tomadas aquí y allá, vino en conocimiento del suceso: la madre *Esclava del Cordero* había muerto en olor de santidad y en uso perfecto de sus facultades, a la edad de ciento quince años. La ciudad toda pedía su canonización.

Por los andenes de una plaza, seguido de muchos sacerdotes, venía el obispo. Arrodillóse el peregrino en los portales de un edificio para recibir la bendición. El aire ascético y penitente del romero; su barba centenaria, que al estar él de hinojos, barría por el suelo; los surcos que el llanto había labrado en sus mejillas; la extraña corcova que le formaba el esqueleto, llamaron sobremanera la atención de Su Ilustrísima. Detúvose un instante; y el peregrino, con humildad y unción que conmovieron hondamente al prelado, besóle el anillo y le pidió permiso para velar la religiosa. Hízole seguir hasta palacio Su Señoría, y de ahí a poco envió a las monjas orden terminante de dejar sola la muerta, de cerrar la iglesia inmediatamente y de enviarle las llaves.

Con el último toque de ánimas entraba el peregrino en el antiguo templo. La presencia de Dios y el misterio de la muerte sentíanse en el augusto silencio del recinto. Luctuosos paños pendían de las bóvedas en oscilantes pabellones; velado estaba el altar como en cuaresma. Sobre él, sangriento y lastimoso,

en cruz enorme de marfil, se destacaba un Cristo de Viernes Santo; como astro distante y solitario, alumbraba apenas la lámpara del Sacramento. En la amplia nave central alzábase, negro e imponente, el catafalco de la muerta; seis blandones reflejaban sus luces en las guarniciones y lágrimas de plata de las fúnebres colgaduras. Postróse boca abajo el peregrino y oró un corto espacio; se arrastró, luego, de rodillas hasta el centro, y dió sobre el féretro los treinta y tres asperges de costumbre. Apenas terminados, cae el sudario, y, alta, rígida, con majestad hierática, se alza la monja y dice:

Bien haces en hisoparme, peregrino. El agua santa de la misericordia cae sobre los muertos como rocío del cielo. Te esperaba. Por permisión divina, tengo de revelarte grandes cosas. Toma un escabel y siéntate; gira en torno la mirada y dime lo que veas.

Y su voz, argentina y dulcísima, se modulaba en inflexiones de suprema tristeza. Obedeció, subyugado, el peregrino. Velo impenetrable cubrió la lámpara del tabernáculo; apagáronse a un golpe los blandones; tiniebla pavorosa, como de interior de tumba, envolvió el templo.

— ¿Qué ves, hermano mío? — preguntó la religiosa.

Guardó silencio el peregrino, como absortado, y al cabo habló así:

— Hermana..... Grandioso, incomparable espectáculo se ofrece a mis sentidos. Lumbre intensísima, para mí desconocida, inunda cuanto veo. Lejos de cegarme, mi visual alcanza y precisa a distancias incalculables. Oigo, y mi audición percibe la armonía del concierto y distingue, a la vez, el más vago y leve rumorcillo. Todo lo entiendo y lo defino, por obra de intuición sobrehumana. En todo estoy a un mismo tiempo, cual si tuviera el don de ubicuidad. Ni cordilleras ni nevados limitan el infinito horizonte. Si esto fuere espectáculo del mundo, el globo de la tierra ha debido abrir su planisferio, sin perder por ello sus innúmeras sinuosidades. Colocado estoy en el centro, sobre una eminencia, punto preciso de vista para abarcarlo todo.

— ¿Y qué ves desde allí, peregrino?

— Veo magníficas basílicas de severa, desconocida archi-

tectura, que hundan en el cielo sus agujas; santuarios que brillan en las cumbres como bloques de nieve incommovible; dilatados monasterios que blanquean en mitad de las llanuras; villas que en torno de aquéllos se agrupan, cual si buscasen su sombra. Veo, en desiertas altiplanicies, lazaretos más extensos y hermosos que los palacios de los reyes. Veo infinidad de bajeles de mil formas, que surcan todos los mares, que anclan en todos los puertos, que llevan en sus velas y en sus mástiles la Cruz de Jesucristo. ¡Ah!... La divina enseña por todas partes! Osténtanla en sus coronas y en sus cetros monarcas poderosos que pasan ante mí en incontable procesión; osténtanla en sus tiaras la serie de pontífices que más allá contemplo; en sus mitras, esotra de prelados que divisó a lo lejos; en sus casullas, legión innumerable de sacerdotes.

— ¿Y qué más?

— ¡Siempre la Cruz, hermana mía; por cientos, a millares, como campo de mieses! En cada cruz, un cuerpo suspendido: son mujeres de ideal belleza. Aspero saco, erizado por dentro de sutiles puntas, encubre sus encantos y se clava en sus carnes; se distienden sus miembros, medio dislocados; crujen sus huesos; pies y manos se atrinchan contra el leño por cordeles de esparto; corona semejante a la de Cristo ciñe sus cabezas; corre la sangre por sus frentes; de sus poros salta el sudor de la fatiga y del suplicio. No mueren: se atormentan. Como la santa de Pazzis quieren la vida para padecer; y cada una de aquellas mártires es descolgada por sus hermanas, antes de que la tortura la haya hecho sucumbir; otra la substituye, y a ésta la siguiente, por que no esté nunca desierta la Cruz del Redentor. Son *Las Crucificadas*. Limpias como la nieve al descender del cielo, se ofrecen en lento, perpetuo holocausto por los crímenes del mundo. Por que la víctima sea más preciosa; por sacrificar lo que más amaron las hijas de los hombres, sólo hermosura reciben en su seno.

Deténgome, ahora, ante otro cuadro no menos indecible. Son como aves blancas que vagan sin cesar. Se arremolinan en bandadas; se dispersan como pétalos de rosa que se deshojase en el aire; giran, febricitantes de amor, para posarse luego dondequiera que agonicen los mortales. Vuelan de los apesta-

dos a los leprosos, del lazareto al cobertizo del campo, donde perece el aislado. Caídas del cielo, surgen en los siniestros y catástrofes. A través del nublado de la metralla y el vapor de sangre de los combates, entre las nubes de polvo y los escombros del terremoto, sobre las aguas furiosas que inundan los pueblos, entre las llamas del incendio, en toda desgracia, en toda muerte, flota y tremola, como enseña de paz, el velo cándido que las envuelve. Son *Las Cazadoras de Almas*. Se diezma, se aclara la bandada. No importa. Por soplar en el oído del moribundo el nombre de Jesús, perecen ciento; ciento, porque bese el labio contraído la imagen de Jesús; y por disputar una alma a Satanás, en su hora suprema de asalto, parecieran todas.

Me pasmo, ahora, ante un prodigio que no soñaron los genios de la tierra. Es un lienzo. El alma del pintor debió de subir al cielo y tornar aquí bajo para reproducirlo. Arriba, sobre iris y divinos resplandores, corona el Eterno a María por Reina del Empíreo; espíritus angélicos y bienaventurados se prosternan, la glorifican y la aclaman; la inmensidad de cabezas forma horizontes. Abajo, entre incendios de gloria, miro el Cordero; los coros de Vírgenes entonan en rededor el himno de la pureza.....

¡Ah, otro cuadro, y otros, y millares! Todos del cielo. Pintando están centenares de artistas. Es escuela al par que oblación. Trabajan de rodillas, por su Dios y para su Dios, poseídos de fiebre glorificadora. A cada pincelada alzan los ojos al cielo y transfiguran: piden inspiración al padre de la Belleza y le ofrecen a un tiempo sus trabajos. Son *Los Artistas sin mancha*.

Quedóse de pronto silencioso, como abismado en la contemplación.

— ¿Por qué callas, peregrino?

— El gozo me roba el alma, hermana mía, y temo que mi vista se engañe. Estoy en Jerusalén. Sobre la cúpula de Omar se eleva, victoriosa, triunfante, perfilada en el cielo, abiertos los brazos, protegiendo al mundo, la Cruz de Jesucristo. Se eleva sobre los encumbrados minaretes pintados de arrebol, sobre las torres cuadradas y las cúbicas habitaciones, en los

desiguales muros y en las puertas de la Ciudad Santa. Infinidad de templos católicos se yerguen en su recinto; yérguense en las escarpadas alturas del Moria; en el Valle de Sión, en la cima del Monte Olivete. Arquitectura y estatuaria cristianas, de arte prolijo y hondo simbolismo, cubre de mármoles preciosos las pendientes del Gólgota. Las campanas repican gloriosas en todos los templos; vibra el júbilo en las ondas del Siloe y del Cedrón, en las cumbres del Monte del Escándalo; regocíjense en sus sepulcros las cenizas de David y de Josafat. Muchedumbre de fieles se desborda en la que fué mezquita de Omar; resuena el órgano como intérprete de tanto corazón; por el dombo anchuroso suben las preces entre gasas de incienso. Sobre el altar de David, en custodia magna, donde cuajó el Oriente sus tesoros y el arte sus maravillas, está expuesta la Majestad de Dios. El púlpito de ébano y marfil, orgullo de Noradino, ocúpalo un prelado. Su rostro hermoso se contrae por la inspiración, flamean deslumbrantes sus pupilas, fuego divino arrebató su verbo en raudales de elocuencia. Celebra al santo de la fiesta, al Emperador de Oriente que rescató definitivamente y para siempre el sepulcro de Jesús, los lugares donde se vertió la Sangre Redentora y se instituyó la Eucaristía; al espanto del paganismo que extendió el nombre de Dios por todo el Asia, por las regiones enantes misteriosas de Nubia y Abisinia, por cuantas islas constelan el Océano..... ¡Veó al santo, lo estoy viendo!..... Es el mismo.....

— Basta ya, peregrino (dijo la religiosa siempre en pie. Tornó aquél a las tinieblas y revivieron lámpara y blandones). Basta ya. Cuanto has contemplado es mínima parte del gran todo. Eso, que tanto te enajena, está sólo en la mente de Dios, que lo mismo abarca lo que ha sucedido que lo que debió suceder. Nada de esto ha pasado aquí en la tierra, bien lo comprendes. Hubiera pasado, peregrino; mas una simple palabra bastó a impedirlo: fué tu *pero*. Yo soy aquella Flor de Lis, de otro tiempo; de mi unión con Timbre de Gloria hubiera resultado, por descendencia, la muchedumbre de héroes, de genios, de conquistadores y de santos; el cúmulo de grandes hechos, de instituciones, de obras inmortales y de glorias que acabas de contemplar. Esa lumbre para ti desconocida, fuera

la glorificación de Dios acá en la tierra. El santo que has visto y oído celebrar, fuera mi nieto. Timbre de Gloria I, Majestad cristiana de todo el Oriente. Mide ahora las consecuencias de tu falta. Quitaste una honra; echaste sobre un hombre inocente la maldición de su padre; extinguiste una raza; arrojaste dos almas al infierno; privaste a la tierra de infinitos bienes y al cielo de infinitos santos; impediste la salvación de millones de almas, el reinado y la glorificación de Dios; te interpusiste entre El y sus criaturas. Esto hiciste, licenciado Reinaldo. Un siglo ha, precisamente, que, en este mismo templo en que estamos, imploraste perdón por tu delito. Perdonado estás. Un siglo llevas de expiación: vas a terminarla en esta vida y a principiarla en la otra. El día supremo del juicio universal saldrá tu alma del fuego que purifica, para ser juzgada la última. También a la pecadora que te habla se le esperan tres siglos de esa llama. Pecó mucho: esposa de Cristo, necesitó noventa años para arrancar de su corazón el amor a un muerto, a un suicida. Mas el Dios de las clemencias concedióle ciento quince años de vida terrenal, para que llorase sus culpas, como te ha dado a tí ciento cincuenta. Encargada estoy en este instante de la justicia divina.

¡De rodillas, peregrino, que vas a comparecer ante el Supremo Juez!

Baja del féretro la monja, acércase al licenciado y con la débil diestra le arranca la lengua de raíz.

Al día siguiente, los alguaciles reales llevaban un reo a la vergüenza. Al acercarse a la picota de piedra, vieron encima una lengua humana que aun palpitaba. Van a quitarla y fuerza misteriosa los rechaza. Ni entonces ni después pudo nadie acercarse. Cernióse el espanto en esa piedra, como sobre lugar de maldición; de ella huyeron las aves y las brisas; en torno de esa lengua hízose el vacío, que ni el aire impuro quiso contaminarse. Ahí está: ni el agua la reblandece, ni la calcina el resistero, elemento alguno la destiñe. Ahí está, sangrienta, palpitante, indestructible como la calumnia.

Y vosotras, hijas sencillas de mis montañas, rezad por el alma del licenciado. En los grandes días de perdón, cuando se despuebla el purgatorio, allá se queda esa alma solitaria.

Si vuestras preces no acortan el plazo irrevocable, amenguan, al menos, el fuego blanco de la purificación. En alta noche, cuando el viento se queje en las ventanas y gima en las techumbres, cuando los perros aúllen de tristeza, rezad por el *Anima sola*.

SAN ANTONITO

Aguedita Paz era una criatura entregada a Dios y a su santo servicio. Monja fracasada, por estar ya pasadita de edad cuando le vinieron los hervores monásticos, quiso hacer de su casa un simulacro de convento, en el sentido decorativo de la palabra; de su vida algo como un apostolado, y toda, toda ella se dió a los asuntos de iglesia y sacristía, a la conquista de almas, a la mayor honra y gloria de Dios, mucho a aconsejar a quien lo hubiese o no menester, ya que no tanto a eso de socorrer pobres y visitar enfermos.

De su casita para la iglesia y de la iglesia para su casita se le iba un día, y otro, y otro, entre gestiones y santas intriguillas de fábrica, componendas de altares, remontas y zurcidos de la indumentaria eclesiástica, *toilette* de santos, barrer y exornar todo paraje que se relacionase con el culto.

En tales devaneos y campañas llegó a engranarse en íntimas relaciones y compañerismo con Damiancito Rada, mocosuelo muy pobre, muy devoto y monaguillo mayor en procesiones y ceremonias. En quien vino a cifrar la buena señora un cariño tierno a la vez que extravagante, harto raro por cierto en gentes célibes y devotas. Damiancito era su brazo derecho y su paño de lágrimas: él la ayudaba en barridos y sacudidas, en el lavatorio y lustre de candelabros e incensarios; él se pintaba solo para manejar albas y doblar corporales y demás trapos eucarísticos; a su cargo estaba el acarreo de flores, musgos y forrajes para el altar, y era primer ayudante y asesor en los grandes días de repicar recio, cuando se derretía por esos altares mucha cera y esperma, y se colgaban por esos muros y palamentas

tantas coronas de flores, tantísimos paramentones de colores.

Sobre tan buenas partes, era Damiancito sumamente rezandero y edificante, comulgador insigne, aplicado como él solo dentro y fuera de la escuela, de carácter sumiso, dulzarrón y recatado; enemigo de los juegos estruendosos de la chiquillería, y muy dado a enfrascarse en *La Monja Santa, Práctica de Amor a Jesucristo* y en otros libros no menos piadosos y embelecadores.

Prendas tan peregrinas como edificantes, fueron poderosas a que Aguedita, merced a sus videncias e inspiraciones, llegase a adivinar en Damián Rada no un curita de misa y olla, sino un doctor de la iglesia, mitrado cuando menos, que en tiempos no muy lejanos había de refulgir cual astro de sabiduría y santidad para honra y glorificación de Dios.

Lo malo de la cosa era la pobreza e infelicidad de los padres del predestinado y la no mucha abundancia de su protectora. Mas no era ella para renunciar a tan sublimes ideales: esa miseria era la red con que el Patas quería estorbar el vuelo de aquella alma que había de remontarse serena, serena, como una palomita, hasta su Dios; pues no, no lograría el Patas sus intentos. Y discurriendo, discurriendo cómo rompería la diabólica maraña, dióse a adiestrar a Damiancito en tejidos de red y *crochet*; y tan inteligente resultó el discípulo, que al cabo de pocos meses puso en cantarilla un ropón con muchas ramazones y arabescos que eran un primor, labrado por las delicadas manos de Damián.

☛ Catorce pesos, billete sobre billete, resultaron de la invención.

Tras ésta vino otra, y luego la tercera, las cuales le produjeron obra de tres condores. Tales ganancias abrieronle a Aguedita tamaña agalla. Fuése al cura y le pidió permiso para hacer un bazar a beneficio de Damián. Concedióselo el párroco, y armada de tal concesión y de su mucha elocuencia y seducciones, encontró apoyo en todo el señorío del pueblo. El éxito fué un sueño que casi trastornó a la buena señora, con ser que era muy cuerda: ¡sesenta y tres pesos!

El prestigio de tal dineral; la fama de las virtudes de Damián,

que ya por ese entonces llenaba los ámbitos de la parroquia; la fealdad casi ascética y decididamente eclesiástica del beneficiado formáronle aureola, especialmente entre el mujerío y gentes piadosas. «El curita de Aguedita» llamábalo todo el mundo, y en mucho tiempo no se habló de otra cosa que de sus virtudes, austeridades y penitencias. El curita ayunaba témporas y cuaresmas antes que su Santa Madre Iglesia se lo ordenase, pues apenas entraba por los quince, y no así, atracándose con el mediodía y comiendo a cada rato, como se estila ogaño, sino con una frugalidad eminentemente franciscana, y se dieron veces en que el ayuno fuera al traspaso cerrado. El curita de Aguedita se iba por esas mangas en busca de las soledades, para hablar con su Dios y echarle unos párrafos de *Imitación de Cristo*, obra que a estas andanzas y aislamientos siempre llevaba consigo. Unas leñadoras contaban haberle visto metido entre una barranca, arrodillado y compungido, dándose golpes de pecho con una mano de moler. Quién aseguraba que en un paraje muy remoto y umbrío había hecho una cruz de sauce y que en ella se crucificaba horas enteras a cuero pelado, y nadie lo dudaba, pues Damián volvía siempre ojeroso, macilento, de los éxtasis y crucifixiones. En fin, que Damiancito vino a ser el santo de la parroquia, el pararrayos que libraba a tanta gente mala de las cóleras divinas. A las señoras limosneras se les hizo preciso que su óbolo pasara por las manos de Damián, y todas a una le pedían que las metiese en parte en sus santas oraciones. Y como el perfume de las virtudes y el olor de santidad siempre tuvieron tanta magia, Damián, con ser un bicho raquíptico, arrugado y enteco, aviejado y paliducho de rostro, muy rodillijunto y patiabierta, muy contraído de pecho y maletón, con una figurilla que más parecía de feto que de muchacho, resultó hasta bonito e interesante. Ya no fué curita, fué «San Antoñito». San Antoñito le nombraban y por San Antoñito entendía. «¡Tan queridito!» — decían las señoras cuando lo veían salir de la iglesia, con su paso tan menudito, sus codos tan remendados, su par de parches en las posas, pero tan aseadito y decoroso. — ¡Tan bello ese modo de rezar con sus ojos cerrados! La unción de esa criatura es una cosa que edifica! ¡Esa sonrisa de humildad y

mansedumbre. Si hasta en el caminado se le ve la santidad!»

Una vez adquiridos los dineros, no se durmió Aguedita en las pajas. Avistóse con los padres del muchacho, arreglóle el ajuar; comulgó con él en una misa que habían mandado a la Santísima Trinidad para el buen éxito de la empresa; dióle los últimos perfiles y consejos, y una mañana muy fría de Enero vióse salir a San Antoñito, de panceburro nuevo, caballero en la mulita vieja de señó Arciniegas, casi perdido entre los zamarros del Mayordomo de Fábrica, escoltado por un rescataste que le llevaba la maleta y a quien venía consignado. Aguedita, muy emparentada con varias señoras acaudaladas de Medellín, había gestionado de antemano a fin de recomendar a su protegido; así fué que cuando éste llegó a la casa de asistencia y hospedaje de las señoras Del Pino halló campo abierto y viento favorable.

La seducción del santo influyó al punto, y las señoras Del Pino, doña Pacha y Fulgencita, quedaron luego a cuál más pagada de su recomendado. El maestro Arenas, el sastre del Seminario, fué llamado inmediatamente para que le tomase las medidas al presunto seminarista y le hiciesse una sotana y un manteo a todo esmero y baratura, y un terno de lanilla carmelita para las grandes ocasiones y trasiegos callejeros. Ellas le consiguieron la banda, el tricornio y los zapatos; y doña Pacha se apersonó en el Seminario para recomendar ante el Rector a Damián. Pero, ¡oh desgracia!, no pudo conseguir la beca: todas estaban comprometidas y sobraba la mar de candidatos. No por eso amilanóse doña Pacha: a su vuelta del Seminario entró a la Catedral e imploró los auxilios del Espíritu Santo para que la iluminase en conflicto semejante. Y la iluminó. Fué el caso que se le ocurrió avistarse con doña Rebeca Hines-trosa de Gardeazábal, dama viuda, riquísima y piadosa, a quien pintó la necesidad y de quien recabó almuerzo y comida para el santico. Felicísima, radiante, voló doña Pacha a su casa, y en un dos por tres habilitó de celdilla para el seminarista un cuartucho de trebejos que había por allá junto a la puerta falsa; y aunque pobres, se propuso darle ropa limpia, alumbrado, merienda y desayuno.

Juan de Dios Barco, uno de los huéspedes, el más mimado

de las señoras por su acendrado cristianismo, as en el Apostolado de la Oración y malilla en los asuntos de San Vicente, regalóle al muchacho algo de su ropa en muy buen estado y un par de botines, que le vinieron holgadillos y un tanto sacados y movedizos de jarrete. Juancho le consiguió con mucha rebaja los textos y útiles en la Librería Católica, y cárame a Periquito hecho fraile.

No habían transcurrido tres meses, y ya Damiancito era dueño del corazón de sus patronas, y propietario en el de los pupilos y en el de cuanto huésped arribaba a aquella casa de asistencia tan popular en Medellín. Eso era un contagio.

Lo que más encantaba a las señoras era aquella parejura de genio; aquella sonrisa, mueca celeste, que ni aun en el sueño despintaba a Damiancito; aquella cosa allá, indefinible, de ángel raquíptico y enfermizo que hasta a esos dientes podridos y disparejos daba un destello de algo ebúrneo, nacarino; aquel filtrarse la luz del alma por los ojos, por los poros de ese muchacho tan feo al par que tan hermoso. A tanto alcanzó el hombre que a las Señoras se les hizo un ser necesario. Gradualmente, merced a instancias que a las patronas les brotaban desde la fibra más cariñosa del alma, Damiancito se fué quedando, ya a almorzar, ya a comer en casa; y llegó día en que se le envió recado a la señora de Gardeazábal que ellas se quedaban definitivamente con el encanto.

— Lo que más me pela del muchachito — decía doña Pacha, — es ese poco metimiento, esa moderación con nosotras y con los mayores. ¿No te has fijado, Fulgencia, que si no le hablamos, él no es capaz de dirigirnos la palabra por su cuenta?

— ¡No digás eso, Pacha, esa aplicación de ese niño! ¡Y ese juicio que parece de viejo! ¡Y esa vocación para el sacerdocio! Y esa modestia: ni siquiera por curiosidad ha alzado a ver a Candelaria.

Era la tal una muchacha criada por las Señoras en mucho recato, señorío y temor de Dios. Sin sacarla de su esfera y condición, mimábanla cual a propia hija; y como no era mal parecida y en casas como aquella nunca faltan asechanzas,

las señoras, si bien miraban a la chica como un vergel cerrado, no la perdían de vista ni un instante.

Informada doña Pacha de las habilidades del pupilo como franjista y tejedor, púsolo a la obra, y pronto varias señoras ricas y encopetadas, le encargaron antimacasares y cubiertas de muebles. Corrida la noticia, por los *reclames* de Fulgencia, se le pidió un cubrecama para una novia..... ¡Oh!, en aquello sí vieron las señoras los dedos de un ángel. Sobre aquella red sutil e inmaculada cual telaraña de la gloria, albeaban con sus pétalos ideales, manojos de azucenas, y volaban como almas de vírgenes unas mariposas aseñoradas, de una gravedad coqueta y desconocida. No tuvo que intervenir la lavandera: de los dedos milagrosos salió aquel ampo de pureza a velar el lecho de la desposada.

Del importe del cubrecama sacóle Juancho un flux de muy buen paño, un calzado hecho sobre medidas y un tirolés de profunda hendidura y ala muy graciosa. Entusiasmada doña Fulgencia con tantísima percha, hízole de un retal de blusa mujeril que le quedaba en bandera una corbata de moño, a la que, por sugestión acaso, imprimió la figura arrobadora de las mariposas supradichas. Etéreo, como una revelación de los mundos celestiales, quedó Damiancito con los atavíos; y cual si ellos influyesen en los vuelos de su espíritu sacerdotal, iba creciendo, al par que en majeza y galanura, en las sapiencias y reconditeces de la latinidad. Agachado en su mesita cojitranca, vertía del latín al romance y del romance al latín ahora a Cornelio Nepote y tal cual miaja de Cicerón, ahora a San Juan de la Cruz, cuya serenidad hispánica remansaba en unos hiperbatones dignos de Horacio Flaco. Probablemente Damiancito sería con el tiempo un Caro número 2.

La cabecera de su casta camita era un puro pegote de cromos y medallas, de registros y estampitas, a cuál más religioso. Allí Nuestra Señora del Perpetuo, con su rostro flacucho tan parecido al del seminarista; allí Martín de Porras, que armado de su escoba representa la negrería del Cielo; allí Bernardette, de rodillas ante la blanca aparición; allí copones entre nubes, ramos de uvas y gavillas de espigas; y el escapula-

rio del Sagrado Corazón, de alto relieve, destacaba sus chorrones de sangre sobre el blanco disco de franela.

Doña Pacha, a vueltas de sus entusiasmos con las virtudes y angelismo del curita, y en fuerza acaso de su misma religiosidad, estuvo a pique de caer en una cisma: muchísimo admiraba a los sacerdotes y, sobre todo, al Rector del Seminario; pero no le pasaba, ni envuelto en hostias, eso de que no se le diese beca a un ser como Damián, a ese pobrecito desheredado de los bienes terrenos, tan millonario en las riquezas eternas. El Rector sabría mucho; tanto, si no más que el Obispo; pero ni él ni su Ilustrísima le habían estudiado, ni mucho menos comprendido. Claro. De haberlo hecho, desbecaran al más pintado, a trueque de colocar a Damiancito. La iglesia antioqueña iba a tener un San Tomasito de Aquino, si acaso Damián no se moría, porque el muchacho no parecía cosa para este mundo.

Mientras que doña Pacha fantaseaba sobre las excelsitudes morales de Damián, Fulgencita se daba a mimarle el cuerpo endeble que aprisionaba aquella alma apenas comparable al cubrecama consabido. Chocolate sin harina, de lo más concentrado y espumoso, aquel chocolate con que las hermanas se regodeaban en sus horas de sibaritismo, le era servido en una jícara tamaña como esquilón. Lo más selecto de los comistrajés, las grosuras domingueras con que regalaban a sus comensales, iban a dar en raciones frailescas a la tripa del seminarista, que gradualmente se iba anchando, anchando. Y para aquella cama que antes fuera dura tarima de costurero, hubo blandicies por colchones y almohadas, y almidonadas blancuras semanales por sábanas y fundas, y flojedades cariñosas por la colcha grabada, de candideces blandas y flecos desmadejados y acariciadores. La madre más tierna no repasa ni revisa los indumentos interiores de su unigénito cual lo hiciera Fulgencita con aquellas camisas, con aquellas medias y con aquella otra pieza que no pueden nombrar las *misses*. Y aunque la señora era un tanto asquenta y poco amiga de entenderse con ropas ajenas, fuesen limpias o sucias, no le pasó ni remotamente al manejar los trapitos del seminarista ni un ápice de repugnancia. Qué le iba a pasar; si antes se le antojaba, al manejarlas, que sentía el olor de pureza que deben exhalar los suaves plumones de los ángeles.

Famosa dobladora de tabacos, hacía unos largos y aseñorados, que eran para que Damiancito los fumase a solas en sus breves instantes de vagar.

Doña Pacha, en su misma adhesión al santico, se alarmaba a menudo con los mimos y ajonjeos de Fulgencia, pareciéndole un tanto sensuales y anti-ascéticos tales refinamientos y tabaqueos. Pero su hermana le replicaba, sosteniéndole que un niño tan estudioso y consagrado necesitaba muy buen alimento; que sin salud no podía haber sacerdotes, y que a alma tan sana no podían malearla las insignificancias de unos cuatro bocados más sabrosos que la bazofia ordinaria y cotidiana, ni mucho menos el humo de un cigarro; y que así como esa alma se alimentaba de las dulzuras celestiales, también el pobre cuerpo que la envolvía podía gustar algo dulce y sabroso, máxime cuando Damiancito le ofrecía a Dios todos sus goces puros e inocentes.

Después del rosario con misterios, en que Damián hacía el coro, todo él ojicerrado, todo él recogido, todo extático, de hinojos sobre la áspera estera antioqueña que cubría el suelo, después de este largo coloquio con el Señor y su Santa Madre, cuando ya las patronas habían despachado sus quehaceres y ocupaciones de prima noche, solía Damián leerles algún libro místico, del padre Fáber por lo regular. Y aquella vocecilla gangosa, que se desquebrajaba al salir por aquella dentadura desportillada, daba el tono, el acento, el carácter místico de oratoria sagrada. Leyendo *Belén*, el poema de la Santa Infancia, libro en que Fáber puso su corazón, Damián ponía una cara, unos ojos, una mueca que a Fulgencia se le antojaban trasfiguración o cosa así. Más de una lágrima se le saltó a la buena señora en esas leyendas.

Así pasó el primer año, y, como era de esperarse, el resultado de los exámenes fue estupendo; y tanto el desconsuelo de las Señoras al pensar que Damiancito iba a separárseles durante las vacaciones, que él mismo *motu proprio* determinó no irse a su pueblo y quedarse en la ciudad, a fin de repasar los cursos ya hechos y prepararse para los siguientes. Y cumplió el programa con todos sus puntos y comas: entre textos y encajes, entre redes y cuadernos, rezando a ratos, meditando

con frecuencia, pasó los asuetos; y sólo salía a la calle a las diligencias y compras que a las Señoras se les ocurrían, y tal cual vez a paseos vespertinos a las afueras más solitarias de la ciudad, y eso porque las Señoras a ello le obligaban.

Pasó el año siguiente; pero no pasó, que antes se acrecentaba más y más, el prestigio, la sabiduría, la virtud sublime de aquel santo precoz. No pasó tampoco la inquina santa de doña Pacha al Rector del Seminario: que cada día le sancochaba la injusticia y el espíritu de favoritismo que aun en los mismos seminarios cundía e imperaba.

Como a fines de ese año, a tiempo que los exámenes terminaban, se les hubiese ocurrido a los padres de Damián venir a visitarlo a Medellín, y como Aguedita estuviera de viaje a los ejercicios de Diciembre, concertaron las patronas, previa licencia paterna, que tampoco en esta vez fuese Damián a pasar las vacaciones a su pueblo. Tal resolución les vino a las Señoras no tanto por la falta que Damián iba a hacerles, cuanto y más por la extremada pobreza, por la miseria que revelaban aquellos viejecitos, un par de campesinos de lo más sencillo e inocente, para quienes la manutención de su hijo iba a ser, si bien por pocos días, un gravamen harto pesado y agobiador. Damián, este ser obediente y sometido, a todo dijo amén con la mansedumbre de un cordero. Y sus padres, después de bendecirle, partieron llorando de reconocimiento a aquellas patronas tan bondadosas, a mi Dios que les había dado aquel hijo.

¡Ellos, unos pobrecitos montañeros, unos ñoes, unos muertos de hambre, taitas de un curita! Ni podían creerlo. Si su Divina Majestad fuese servida de dejarlos vivir hasta verlo cantar misa o alzar con sus manos la hostia, el cuerpo y sangre de mi Señor Jesucristo! Muy pobrecitos eran, muy infelices; pero cuanto tenían, la tierrita, la vaca, la media roza, las cuatro matas de la huerta, de todo saldrían, si necesario fuera, a trueque de ver a Damiancito hecho cura. ¿Pues Aguedita? El cuajo se le ensanchaba de celeste regocijo, la glorificación de Dios le rebullía por dentro al pensar en aquel sacerdote, casi hechura suya. Y la parroquia misma, al sentirse patria

de Damián, sentía ya vibrar por sus aires el soplo de la gloria, el hálito de la santidad: sentíase la Padua chiquita.

No cedía doña Pacha en su idea de la beca. Con la tenacidad de las almas bondadosas y fervientes, buscaba y buscaba la ocasión; y la encontró. Ello fué que un día, por allá en los Julios siguientes, apareció por la casa, como llovida del cielo y en calidad de huésped, doña Débora Cordobés, señora briosa y espiritual, paisana y próxima parienta del Rector del Seminario. Saber doña Pacha lo del parentesco y encargarse a doña Débora de la intriga, todo fué uno. Prestóse ella con entusiasmo, prometiéndole conseguir del Rector cuanto pidiese. Ese mismo día solicitó por el teléfono una entrevista con su ilustre allegado; y al Seminario fué a dar a la siguiente mañana.

Doña Pacha se quedó atragantándose de Te-Deums y Magnificats, hecha una acción de gracias; corrió Fulgencita a arreglar la maleta y todos los bártulos del curita, no sin *chocolear* un poquillo por la separación de este niño que era como el respeto y la veneración de la casa. Pasaban horas, y doña Débora no parecía. El que vino fué Damián, con sus libros bajo el brazo, siempre tan parejo y tan sonreído.

Doña Pacha quería sorprenderlo con la nueva, reservándose para cuando todo estuviera definitivamente arreglado, pero Fulgencita no pudo contenerse, y le dió algunas puntadas. Y era tal la ternura de esa alma, tanto su reconocimiento, tanta su gratitud a las patronas, que, en medio de su dicha, Fulgencita le notó cierta angustia, tal vez la pena de dejarlas. Como fuese a salir, quiso detenerlo Fulgencita; pero no le fué dado al pobrecito quedarse, porque tenía que ir a la Plaza de Mercado a llevar una carta a un arriero, una carta muy interesante para Aguedita.

El que sale, y doña Débora que entra. Viene inflamada por el calor y el apresuramiento. En cuanto la sienten las Del Pino se le abocan, la interrogan, quieren sacarle de un tirón la gran noticia. Siéntase doña Débora en un diván exclamando:

— Déjenme descansar, y les cuento.

Se le acercan, la rodean, la asedian. No respiran. Medio repuesta un punto, dice la mensajera:

— ¡Mis queridas, se las comió el santico! Hablé con Ulpia-

nito. Hace más de dos años que no ha vuelto al Seminario..... Ulpianito ni se acordaba de él.

— ¡Imposible! ¡Imposible!—exclaman a dúo las dos señoras.

— No ha vuelto. Ni un día. Ulpianito ha averiguado con el Vicerrector, con los Pasantes, con los Profesores todos del Seminario. Ninguno lo ha visto. El portero, cuando oyó las averiguaciones, contó que ese muchacho estaba entregado a la vagamundería. Por ai dizque lo ha visto en malos pasos. Según cuentas, hasta donde los protestantes dizque ha estado.....

— Esa es una equivocación, misía Débora — prorrumpe Fulgencita con fuego.

— Eso es para no darle la beca — exclama doña Pacha, sulfurada. — ¿Quién sabe en qué enredo habrán metido a ese pobre angelito?

— Sí, Pacha — asevera Fulgencita. — A misía Débora la han engañado. Nosotras somos testigas de los adelantos de ese niño; él mismo nos ha mostrado los certificados de cada mes y las calificaciones de los certámenes.

— Pues no entiendo, mis señoras, o Ulpiano me ha engañado — dice doña Débora, ofuscada, casi vacilando.

Juan de Dios Barco aparece.

— ¡Oiga, Juancho, por Dios! — exclama Fulgencita en cuanto le echa el ojo encima. — Camine, oiga estas brujerías. Cuénteles, misía Débora.

Resume ella en tres palabras; protesta Juancho; se afirman las Patronas; dase por vencida doña Débora.

— Esta no es conmigo — vocifera doña Pacha, corriendo al teléfono.

Tilín....., tilín.....

— Central..... ¡Rector del Seminario!.....

Tilín....., tilín.....

Y principian. No oye, no entiende, se enreda, se involucra, *se tupe*; da la bocina a Juancho y escucha temblorosa. La sierpe que se le enrosca a Núñez de Arce *le pasa rumbando*. Da las gracias Juancho, se despide, cuelga la bocina y aísla.

Y aquella cara anodina, agermanada, de zuavo de Cristo, se vuelve a las Señoras, y con aquella voz de inmutable simpleza dice:

— ¡Nos co-mió el se-bo el pen-de-je-te!

Se derrumba Fulgencia sobre un asiento. Siente que se desmorona, que se deshiela moralmente. No se asfixia porque la caldera estalla en un sollozo.

— ¡No llores, Fulgencia — vocifera doña Pacha, con voz enronquecida y temblona — déjame estar!

Alzase Fulgencia y ase a la hermana por los molledos.

— ¡No le vaya a decir nada, mi querida! ¡Pobrecito!

Rúmbala doña Pacha de tremenda manotada.

— ¡Que no le diga! ¡Que no le diga! ¡Que venga aquí ese pasmado!.....¡Jesuíta! ¡Hipócrita!

— ¡No, por Dios, Pacha!.....

— ¡De mí no se burla ni el Obispo! ¡Vagamundo! ¡Perdido! Engañar a unas tristes viejas; robarles el pan que podían haberle dado a un pobre que lo necesitara. ¡Ah, malvado, comulgador sacrílego! ¡Inventor de certificados y de certámenes!..... ¡Hasta protestante será!

— Vea, mi queridita, no le vaya a decir nada a ese pobre. Déjelo siquiera que almuerce.

Y cada lágrima le caía congelada por la arrugada mejilla.

Intervienen doña Débora y Juancho. Suplican.

— ¡Bueno! — decide al fin doña Pacha, levantando el dedo. — Jartálo de almuerzo hasta que reviente. Pero eso sí, chocolate del de nosotras sí no le das a ese sinvergüenza. Que beba agua dulce o que se largue sin sobremesa.

Y erguida, agrandada por la indignación, corre a servir el almuerzo.

Fulgencita alza a mirar, como implorando auxilio, la imagen de San José, su santo predilecto.

A poco llega el santico, más humilde, con su sonrisilla seráfica un poquito más acentuada.

— Camine a almorzar, Damiancito,—le dice doña Fulgencia, como en un trémulo de ternura y de amargura.

Sentóse la criatura y de todo comió, con mastiqueo nervioso, y no alzó a mirar a Fulgencia, ni aun cuando ésta le sirvió la inusitada taza de agua de panela.

Con el último trago le ofrece doña Fulgencia un manojito

de tabacos, como lo hacía con frecuencia. Recíbelos San Antónito, enciende y vase a su cuarto.

Doña Pacha, terminada la faena del almuerzo, fué a buscar al protestante. Entra a la pieza y no lo encuentra, ni la maleta, ni el tendido de la cama.

Por la noche llaman a Candelaria al rezo y no responde; búscanla y no parece: corren a su cuarto, hallan abierto y vacío el baúl..... Todo lo entienden.

A la mañana siguiente, cuando Fulgencita arreglaba el cuarto del malvado, encontró una alpargata inmunda de las que él usaba; y al recogerla cayó de sus ojos, como el perdón divino sobre el crimen, una lágrima nítida, diáfana, entrañable.

INDICE

	<u>Pág.</u>
El Padre Casafús	1
Blanca	80
En la diestra de Dios Padre	113
Dimitas Arias	137
El ánima sola	185
San Antoñito	203

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100057176

